

La obra que usted tiene en sus manos es una magnífica respuesta al sentimiento universal de tener buen ánimo y encontrar que la vida, a pesar de todo, es hermosa y puede tornarse más radiante cada día. Son diez amenos capítulos donde se repasan los principios básicos que añaden felicidad a la existencia.



158 - CHAp - c.28



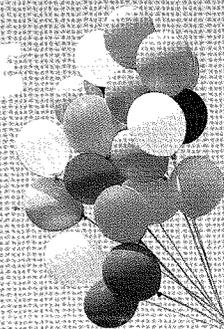
006917V

¡QUÉ LINDA ES LA VIDA!

158
CHAp
c.28

A PESAR DE
TODO...

¡QUÉ
LINDA
ES LA
VIDA!



ENRIQUE
CHAIJ

A pesar de todo,

**¡QUÉ LINDA ES LA
VIDA!**

ENRIQUE CHAJ

Escritor y ex orador y director de los programas “Una Luz
en el Camino” y “Encuentro con la vida”

ASOCIACIÓN CASA EDITORA SUDAMERICANA

Av. San Martín 4555, B1604CDG

Florida Oeste, Buenos Aires, República Argentina

A pesar de todo... ¡Qué linda es la vida!
Enrique Chajj

Diseño del interior y de la tapa: Leandro Blasco
Ilustración de la tapa: Shutterstock

Libro de edición argentina
IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Cuarta edición
MMXII - 2M

Es propiedad. © 2003 Asociación Casa Editora Sudamericana.
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-567-913-9

Chajj, Enrique
A pesar de todo... ¡Qué linda es la vida! - 4ª ed. - Florida : Asociación Casa Editora
Sudamericana, 2012.
192 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-567-913-9

1. Superación personal. I. Título.
CDD 158.1

Se terminó de imprimir el 12 de marzo de 2012 en talleres propios (Av.
San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto,
imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea
electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo
del editor.

Prefacio

Dondequiera vamos, nos encontramos con personas desconformes, cargadas de problemas y enfermas de melancolía. Pareciera que cada vez quedarán menos corazones alegres en el mundo. Y aunque son muchos los que se esfuerzan por sonreír, a cuántos de ellos les brota apenas una expresión de gris indiferencia. En la intimidad de su ser, muchos viven el drama de aquella señora que decía a su médico: “Por favor, doctor, déme algo para levantar el ánimo. No sé qué me pasa, pero siempre estoy deprimida. Necesito sentirme más contenta”.

La obra que usted tiene en sus manos es una magnífica respuesta a este sentimiento humano tan universal. En sus páginas, de estilo ameno y coloquial, usted descubrirá cómo “a pesar de todo” la vida es hermosa y puede volverse más radiante cada día. A lo largo de sus diez capítulos, cargados de anécdotas e incidentes, este libro le brindará sobrada oportunidad para repasar los principios básicos que añaden felicidad a la vida. Tanto el alma abatida como el espíritu alegre disfrutarán de esta lectura.

Buena parte de esta obra contiene diversos temas del conocido programa radiofónico **Una Luz en el Camino**, cuyo fundador y director es el Dr. Enrique Chajj, la voz recibida con deleite por millones de oyentes. Leer aquí su palabra escrita será como escucharlo a través del éter con su caracte-

A medida que usted avance en la lectura de estas páginas, espontáneamente examinará su vida interior en actitud de autoanálisis. Y, a no dudar, tal actitud reflexiva le proporcionará un alto beneficio espiritual. Al mismo tiempo, le abrirá las puertas a una convivencia más armoniosa dentro y fuera de su hogar.

Cuando estas y las muchas otras palabras del autor salieron al aire, los oyentes escribieron, en respuesta: "Toda nuestra familia goza de mayor felicidad por escuchar este espacio". "Sus palabras cotidianas fortalecen mi espíritu y me ayudan a comenzar mejor el día". "Desde que lo escucho soy otra persona". Y palabras semejantes a éstas han expresado los lectores de las ediciones anteriores de esta obra.

Confiamos que usted se sumará a este unánime testimonio. Y que además añadirá: "Es cierto, A PESAR DE TODO... ¡QUÉ LINDA ES LA VIDA!" Tal es el sincero deseo del autor y de

LOS EDITORES

Índice

1. LA BELLEZA DE LA VIDA 7

¿Motivos para quejarnos? — Aceptación propia — Sin aburrimiento — Cómo vencer el cansancio — "Mire hacia el sol".

2. CUANDO HAY ARMONÍA EN EL HOGAR 17

"Ahora lo quiero" — El apoyo de la familia — La tercera mano — Sin rivalidad — La palabra suave — Necesidad de aliento — Elogio sincero — Equilibrio — El valor de la tolerancia — "Me separé de mi mujer" — El fruto de la infidelidad — Economía doméstica — "Mi hijo rompe zapatos" — Sed de amor paterno — El buen hijo - La gran necesidad.

3. EN SANA CONVIVENCIA CON EL PRÓJIMO 47

Aprecio — Comprensión — Cortesía — La maravilla del perdón — La Regla de Oro — La segunda milla — La retribución del amor — Nuestro prójimo — Vencerá — Se salvó a sí mismo — El poder del afecto — Un gesto de simpatía.

4. CON UNA MENTE MADURA Y EQUILIBRADA 69

La necesidad de la envidia — La derrota de la amargura — El optimismo — Libres de preocupaciones - El control de las emociones — El dominio de la mente — ¡Vivir! — La salud física y mental - Madurez.

5. CUANDO REINA LA ALEGRÍA 85

Felicidad, ese grato estado del corazón - "Mantenga la sonrisa" — En busca de la alegría — Recetas erradas — Un camino seguro — La fuente del gozo y la paz - La prueba de la alegría.

6. CON ESTAS FÓRMULAS DE ÉXITO 99

No hacia abajo — Vivir es renovarse — Superación constante — La grandeza de lo pequeño — Sin tiempo para llorar — Perseverancia — Fórmula contra el desaliento — La carga se aliviana — El factor decisivo — Junto al guía.

7. AUN EN MEDIO DEL DOLOR 117

Sordera fecunda — Cielo sin sol — ¡Lepra bendita! — “Sufrió, pero aprendí” — Dureza productiva - ¿Castigo o lección? — Después de la oscuridad — Una vía de salida — Salvados de la muerte — La indeseada — ¿Tres caminos, o uno? - Cambio de pregunta.

8. LIBRE DE MALOS HÁBITOS 141

“Es el único vicio que tengo” — La botella que fue rota — “De algo hay que morir” — Voluntad para vencer — “Una sola vez” — Arrancarlo antes de que crezca — El error de Zulema — Para que no vuelva a repetirse.

9. NO ESTAMOS SOLOS 157

Nuestro gran sostén — Socorro oportuno — “Invócame” — La fuerza para vivir — “Mi papá es el maquinista”.

10. TENGO UN AMIGO 169

Quiero presentarle a mi amigo — Puedo hablar con él — Él habla conmigo — El valor práctico de su Palabra — El Amigo que ayuda — Nuestras manos; sus manos — Dio su vida — Nos promete una vida mejor — Prolongación de vida — Vivir con futuro — La mejor elección.

1

La belleza de la vida

... Cada jornada se vuelve un canto de alegría, cada obstáculo una oportunidad para triunfar, y cada ventaja material una expresión de gratitud al Creador.

Ya he perdido las ganas de vivir. Todo es tristeza para mí”. Así se expresaba una señora que acababa de perder a su marido, y cuyo hijo único era inválido. Sin embargo, una de sus amigas le dijo a esta mujer: “No debes desesperar. Todavía hay esperanza; conserva el buen ánimo”. Años más tarde, el hijo inválido sanaba y contraía matrimonio con una buena muchacha. Luego llegaron los nietos. Y, con ellos, la felicidad se reinstalaba en el corazón de la atribulada mujer.

¿Qué había ocurrido en su vida? Primero, lo veía todo negro y destilaba un continuo pesar. Después, aprendió a valorar lo que tenía —su hijo, su salud, sus nietos, su trabajo y su fe—, y se transformó su actitud mental. Descubrió que existen razones valederas para sobreponerse al dolor y para gozar con las pequeñas y las grandes bellezas de la vida.

Traslademos la experiencia de esta mujer a la nuestra. ¿Tenemos hoy salud, trabajo, alimento, vestido y albergue hogareño? Entonces, ¿no hemos de sentirnos satisfechos y agradecidos por ello? Con frecuencia pretendemos disfrutar de grandes alegrías —que quizá nunca llegan—, mientras pasamos por alto las pequeñas satisfacciones diarias que, bien tomadas, pueden alentar nuestro espíritu.

Esa espumosa nube blanca que matiza el azul del cielo, esa avecilla canora que se acerca a nuestra ventana, esa suave sinfonía de luz de cada amanecer, esa lluvia serena que humedece y fecunda la tierra, esa flor perfumada que adorna el jardín, ese niño que irrumpe en el mundo con su llanto vital, ese hijo que va creciendo y triunfando, ese gesto cálido del amigo leal, esa estimulante expresión de ternura conyugal, esa alentadora palabra de consejo paterno, esa sonrisa sincera que podemos dar y recibir. . . Todo esto y muchísimo más, valorado como un regalo del Altísimo, ¿no es un modo de embellecer la existencia y hacerla digna de vivirse con un canto en el corazón?

Veamos en el presente capítulo de qué modo, y tan frecuentemente, solemos malograr nuestra felicidad, cuando con un espíritu positivo es posible disfrutar de dicha interior.

¿Motivos para quejarnos?

Don Pedro, hombre que pasaba el medio siglo de vida, ese día había tenido varios contratiempos en su trabajo. La jornada había sido agotadora, y él había expresado sus repetidas quejas ante su patrón y sus compañeros.

Al regresar a su casa, en el vehículo en que viajaba, vio a una jovencita atractiva de cabellos dorados. Parecía tan alegre y vivaz. . . Pero cuando se puso de pie para descender del vehículo, la niña no pudo disimular que le faltaba una pierna y que usaba muletas. Sin embargo, mientras descendía, ¡sonreía! Entonces don Pedro se dijo para sí: “Y pensar que hoy me he pasado el día quejando, aun teniendo las dos piernas sanas”.

Más tarde, nuestro hombre se acercó a un quiosco para comprar algunas golosinas, y el muchachito que las vendía le pareció encantador. Tan contento lo vio, que se quedó conversando con él. Cuando se despedía, el chico le dijo: “Gracias por sus palabras, señor. Usted sabe, yo soy ciego”. Entonces, don Pedro musitó con emoción estas palabras: “Dios mío, perdona todas mis quejas. Yo veo bien con los dos ojos, y este niño está contento sin ver nada”.

Cuando ya se acercaba a su casa, observó a un grupo de niños que jugaban con mucho entusiasmo. Y a pocos metros de ellos había un chico que simplemente miraba cómo jugaban los demás. A nuestro hombre se le ocurrió preguntarle por qué no jugaba con sus compañeros. Pero el niño lo miró con gesto suplicante, sin decir palabra alguna. El pobrecito era sordo. Tras un saludo cariñoso, don Pedro siguió su camino, diciendo: “Señor, gracias porque puedo oír. Ayúdame a dominar mi espíritu quejoso”.

¿No le ha ocurrido a usted algo parecido alguna vez? Nos quejamos porque tenemos demasiado trabajo, o porque perdimos el que teníamos, o porque no nos alcanza el sueldo o porque los problemas nos golpean de todos lados. ¿A qué se debe que solemos quejarnos tanto? Quizá porque nos detenemos a pensar en algunos objetos y cosas que nos faltan, sin

recordar el enorme capital que poseemos si tan solo podemos caminar, ver, oír y hablar.

Si hasta hoy estuvimos quejándonos contra lo que suponíamos que era nuestra “mala suerte”, ¿por qué no cambiar nuestra disposición mental y el tenor de nuestras palabras?

Y ahora preguntémonos: Para embellecer mi vida, yo, que tengo ambas piernas, ¿cómo las uso? ¿Me llevan siempre a los mejores lugares? Yo, que tengo ojos para ver, ¿sé observar lo edificante y constructivo? ¿Tengo una mirada de simpatía hacia los demás? Yo, que puedo oír y hablar, ¿qué cosas escucho y qué palabras pronuncio? ¿Abro mi boca solo para decir lo que es correcto y amable?

Aceptación propia

Cuenta una fábula que había una vez, en la región boreal, un pequeño témpano de hielo que estaba muy descontento con su vida, especialmente porque había conversado con algunas focas que le contaron acerca de las bellezas del sur, donde el mar resplandece bajo la gloria del sol. Pero un viejo témpano, que lo oyó murmurar, le dijo: “Hijo, nuestro destino es permanecer aquí, y debemos estar contentos con las circunstancias y el paisaje que nos rodean”.

Sin embargo, el pequeño témpano no siguió el consejo del mayor. Así que cierto día se separó de sus compañeros y emprendió viaje al sur. “Ahora sí conoceré el mundo”, pensó. Pero lo primero que le ocurrió fue el choque contra un barco, en la oscuridad. Y mientras sufría el dolor del golpe en medio

de olas encrespadas, recordó cuánto más tranquila era la vida en su antiguo hogar. Al continuar su riesgosa aventura, un día el sol lo miró desde las alturas y el pobre témpano comenzó a llorar y a llorar.

El calor del sol lo derritió por completo y desapareció en el océano.

En el mar de la vida humana, ¡cuántos seres se parecen a éate témpano insatisfecho! Siempre disconformes con lo que son y lo que tienen, viven codiciando las aparentes ventajas del prójimo, sin recordar que ellos mismos poseen condiciones que, bien desarrolladas, podrían abrirles la puerta de la alegría y del éxito. Incluso, abundan aquellos que dejan sin cultivar su personalidad y sus propios talentos, y se ponen a imitar servilmente a otros, vendiendo así su propia individualidad. Y, a la postre los tales deben reconocer que no han llegado a ser ni una cosa ni la otra, sencillamente porque no supieron ser lo que debían ser.

¡Cuán importante es **aceptarse** a uno mismo, y **ser** uno mismo! De otro modo, ¿cómo podríamos vivir satisfechos y desarrollar los dones y capacidades inherentes a nosotros mismos? Por humildes que seamos, todos tenemos buenas posibilidades de desarrollarnos y de alcanzar una medida aceptable de bienestar y de íntima satisfacción.

Sin aburrimiento

El escritor Arturo Clarke afirma que a menos que el hombre desarrolle una capacidad para vivir mejor, los seres humanos del siglo XXI padecerán de "un aburrimiento total". El mismo autor pronostica, además, que en el siglo próximo los hogares funcionarán con computadoras, los alimentos serán fabricados de materiales tales como el carbón y el petróleo, y el cultivo de los mares será algo normal.

El paso del tiempo se encargará de mostrarnos si estas predicciones tendrán cumplimiento o no. Pero lo que Clarke afirma acerca del aumento del aburrimiento parece ser algo más real y seguro, ya que ahora mismo encontramos por doquier a gente insatisfecha, sin ganas de vivir. Seres humanos aburridos, enfermos de rutina y monotonía, porque no saben qué hacer, para dónde ir ni qué finalidad tiene su vida.

Pareciera que a medida que aumentan las comodidades tecnológicas, menos grata se hiciera la vida. O como dijo el conocido sociólogo Vanee Packard: "Cada día progresamos un poco más, pero cada día somos un poco menos felices". ¿No es esta una verdadera paradoja?

Hoy, cuando al parecer la vida se nos ha hecho más fácil, cuesta mucho más vivir con un poco de alegría y tranquilidad. Todo lo que ocurre a nuestro alrededor nos aturde y nos preocupa. Y a veces el único modo que encontramos para salir de semejante tormento es volvernos fríos, apáticos, indiferentes. Y así, refugiados en nuestro propio yo, llegamos a sentirnos aburridos. Nada nos alegra ni nos entristece. Todo es gris. Todo es igual. Y no pocas veces, para salir de esa monotonía interior, el hombre recurre a los placeres excitantes,

a la aventura o al vicio, para descubrir siempre lo mismo: un tremendo vacío interior.

Pero cuando el hombre remonta vuelo con las alas de la fe y busca la dirección de Dios, el vacío da paso a la plenitud del alma, Dios mismo se convierte en el gran refugio de la vida y se acaba para siempre todo vestigio de aburrimiento. Cada jomada se vuelve un canto de alegría, cada obstáculo, una oportunidad para triunfar, y cada ventaja material una expresión de gratitud al Creador.

Cómo vencer el cansancio

¿No nos llama la atención descubrir casi cada día que muchos a nuestro lado viven cansados? Personas que, arrastradas por el ritmo de la vida moderna, carecen de fuerza y vitalidad; tal vez demasiado atareadas para encontrar un poco de reposo o para disfrutar de un momento de felicidad.

Y como consecuencia de este cansancio, la vida se les convierte en una carga difícil de llevar, una experiencia de dolor con cierta mezcla de resignación. Pero semejante estado físico y anímico no termina allí. También afecta al prójimo, a la familia, al amigo. Más de un problema conyugal y más de una discusión en el trabajo derivan de la fatiga y de la irritabilidad que esta produce.

¿Por qué esta clase de cansancio se ha generalizado tanto en nuestros días? ¿No es acaso porque queremos ir más allá de nuestras posibilidades reales? Deseamos tener más, comprar más, aparentar más. Y con la pretensión de procurarnos

una vida *más cómoda*, debemos trabajar y luchar tanto que finalmente la vida se nos hace *incómoda*, llena de compromisos y de frivolidades. Y cuando queremos reaccionar, nos damos cuenta de que hemos ido demasiado lejos, que ya no podemos cambiar nuestro nivel de vida, que ya no podemos sacrificar ninguna de nuestras ventajas materiales. Es entonces cuando nos sentimos asfixiados por la vida misma.

Así deteriora y consume la fatiga física. Pero ¿qué diremos del cansancio del espíritu? Es el alma vencida, agobiada de tanto luchar. Es la conciencia culpable que roba la paz interior. Es el corazón dolorido, incrédulo y solitario, que gime por un poco de comprensión. Y este cansancio espiritual incide tanto sobre el cuerpo que a menudo termina enfermándolo.

¿Existe alguna clase de remedio para este doble mal, del cuerpo y del alma? Una actitud mental apropiada puede cambiar totalmente el cuadro. ¿Por qué amar más el dinero que la vida? ¿Por qué someter el cuerpo a una presión excesiva? ¿Por qué buscar la holgura material a riesgo de perder la salud y la tranquilidad? En un sencillo orden de prioridades, todo hombre sensato colocaría en primer lugar su bienestar físico y espiritual, antes que las vanidades y las ambiciones que desgastan la existencia.

Todos podemos sentirnos satisfechos obrando según nuestras fuerzas reales, y no más allá de ellas. Todos podemos experimentar el descanso del alma —sin angustia ni opresión interior— respondiendo a la invitación divina: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (S. Mateo 11:28).

“Mire hacia el sol”

El catedrático alemán Hans Stirn ha declarado que “los trabajadores descontentos enferman con mayor frecuencia y por más tiempo que los satisfechos”. Llegó a esta conclusión después de analizar el comportamiento de trescientos obreros y empleados. Y en su estudio llegó a constatar que la presión de la competencia, los disgustos con los compañeros, las perspectivas de un ascenso y otros factores similares provocaban problemas de salud en los trabajadores. Según él, ciertas enfermedades del sistema circulatorio y del aparato digestivo eran de origen psíquico, a consecuencia de los factores mencionados.

Ciertamente, el descontento conspira contra nuestra salud y nuestra felicidad. Quien está molesto en su trabajo, en su hogar o entre sus amigos, aumenta considerablemente la posibilidad de contraer enfermedades de diversa índole. Quien trabaje siempre preocupado, temiendo la competencia o manteniendo relaciones tirantes con sus compañeros, debería saber que con tal actitud jamás prosperará en su trabajo ni mucho menos, gozará de buena salud y alegría.

¿Cuál es entonces el camino a seguir cuando vemos que nuestro ánimo comienza a volverse negativo y contrariado? El mejor rumbo que podemos tomar es obligarnos a nosotros mismos a pensar en las bellezas de la vida, y luego colocarnos por encima del ambiente hostil que pueda rodearnos.

Si tenemos salud, una buena familia y un trabajo medianamente remunerado, ¿para qué amargarnos, aunque haya quienes lancen sus dardos contra nosotros? Si aprendemos a vivir sabiamente, descubriremos que siempre existen buenas

razones para disfrutar de la vida. Alguien ha dicho: ***“Mire hacia el sol, y las sombras caerán siempre detrás de usted”***. Y esta verdad física es aplicable al terreno de lo espiritual. Mirando al sol del optimismo y de la confianza en Dios, todas nuestras sombras quedan detrás.

A pesar de los hechos negativos que nos circundan; a pesar de los motivos que originan nuestras quejas; a pesar de nuestros errores, sinsabores y cansancios temporarios, ***la vida es hermosa*** y podemos hacerla radiante. A pesar de la lucha diaria, de las ingratitudes y las incomprensiones; a pesar de las estrecheces y de los más variados problemas que debemos afrontar, ***la vida seguirá siendo cautivante y luminosa*** mientras avancemos mirando a Dios. Entonces las sombras de todos los pesares caerán derrotadas detrás de nosotros, y en tono de triunfo podremos decir: A pesar de todo. . . ¡QUÉ LINDA ES LA VIDA!

2

Quando hay armonía en el hogar

El afecto leal es fuente de estímulo y felicidad en el matrimonio.

La amistad entre padres e hijos constituye una riqueza mayor que todos los bienes materiales que se puedan acumular en el hogar.

De los antiguos días del Imperio Medopersa nos llega el siguiente incidente. En uno de sus grandes triunfos, el rey persa Ciro venció a Tigranes, rey de Armenia, a quien tomó como prisionero junto con su esposa. Sin embargo, haciendo gala de gran consideración, Ciro trató con bondad a la pareja real y hasta compartió con ella la misma mesa. Cierta día, a la hora de la comida, Ciro le preguntó a Tigranes qué daría a cambio de la libertad de su esposa, a lo que el rey armenio respondió: “De no haber perdido mi reino en la guerra, se lo daría por mi mujer; pero

como no me queda otra cosa que mi vida, la ofrezco gustoso por la libertad de ella”. La historia cuenta que Ciro se sintió tan conmovido por esa demostración de amor conyugal, que decidió librar a ambos.

El amor les dio la libertad. Y, salvando los siglos transcurridos desde entonces, hasta hoy el verdadero amor entre los esposos les asegura libertad: los libra de mil dificultades. Cuando el matrimonio se encuentra enfermo por falta de afecto, la pareja vive esclavizada por las tensiones, las reyertas y la tristeza causada por las desavenencias conyugales. Pero cuando el matrimonio se desenvuelve en un clima de amor profundo, surge por sí sola la libertad que hace feliz a la pareja. Los esposos viven libres de sospechas mutuas y de agonías mentales, libres de malos tratos y de infidelidad conyugal. ¡De cuántos males se libra un matrimonio o un hogar cuando existe amor genuino entre los esposos!

Tiempo atrás, un hombre me contaba el espinoso drama de su hogar. Todo era insoportable y horrible. Desde los insultos más ofensivos hasta los castigos físicos, todo lo inmoral y repudiable era la cuota diaria del trato conyugal entre ese hombre y su mujer. Vivían juntos sin saber cómo ni para qué, sin amor, ni respeto, ni felicidad. ¿Será posible que existan hogares de esta clase sobre la tierra? ¿Puede alguien tomarse el derecho de arruinar la vida de su cónyuge y de sus hijos, simplemente porque su falta de amor lo vuelve frío, cruel y egoísta?

El rey Tigranes estaba dispuesto a dar su vida por su esposa, como resultado del amor que le tenía. Y usted y yo, ¿qué estamos dispuestos a sacrificar por nuestro cónyuge? ¿Es el nuestro un amor abnegado y desprendido, en favor de ese ser con quien hemos unido nuestra vida? ¡Cuántos matrimonios

llenos de problemas podrían gozar de dicha y armonía, si tan sólo cultivaran un amor tierno, fiel y comprensivo!

Pero ¿pueden dos esposos vivir en plenitud de amor y hacer feliz a toda su familia si no solicitan la ayuda de lo Alto? ¿Puede el amor verdadero florecer en el corazón de los hombres si se deja de lado al Creador del amor y del matrimonio?

“Ahora lo quiero”

Una señora entró furiosa, cierto día, al consultorio del psicólogo, el Dr. Jorge Crane, y le confió que odiaba a su marido y que quería separarse de él. Además, añadió la mujer: “¡Quiero hacerle el mayor daño posible!” “En ese caso —le aconsejó entonces el Dr. Crane— le recomiendo que comience abrumándolo con atenciones y cariño. Y cuando Ud. llegue a serle indispensable y él piense que Ud. lo ama profundamente, entonces pida la separación. Esa será la mejor forma de herirlo”.

Meses más tarde, la señora regresó al consultorio para decirle al psicólogo que había seguido al pie de la letra su consejo. “Bueno, ¡cuánto me alegro! —dijo el Dr. Crane—. Ahora es el momento de separarse de su marido”. “¿Separación? —exclamó la mujer—, ¡de ninguna manera! Ahora estoy más enamorada que nunca de mi esposo”.

El destacado profesional había tenido éxito con su consejo. Al recetar el amor como remedio para ese matrimonio enfermo, logró salvar la unidad de todo el hogar. Pero el afecto sincero y sostenido no solo sirve para curar las desavenencias

conyugales, sino especialmente para evitarlas, a fin de asegurar la felicidad de la pareja. Cierta esposa le decía hace poco a su mujer: "A menudo pienso qué hubiese sido de mi vida sin ti, y no puedo menos que sentirme feliz por estos años que hemos vivido juntos". De más está decir que tales palabras de amor y reconocimiento fueron el mejor regalo para el corazón de esa esposa.

Tanto de palabra como mediante las acciones cotidianas, los esposos deben regar la planta del amor conyugal, so pena de verlo marchitar y secarse definitivamente. Es curioso que a veces los esposos rieguen con mayor solicitud la modesta plantita del balcón o el rosal del jardín, que el amor que los ha unido en matrimonio. Y en tal caso, ¿deberíamos luego extrañarnos de que surjan entre ellos desavenencias, tiranteces y reyertas? No, porque la ausencia de amor siempre produce desinteligencias entre los hombres. Y esto es particularmente cierto dentro del estrecho círculo del matrimonio y el hogar.

Señor, ¿cómo anda su afecto con respecto a su esposa? ¿Estará ella feliz porque se siente rodeada del amor fiel y sincero que usted le demuestra? ¿Tiene usted hacia su esposa atenciones especiales, que le brinden estímulo como reina del hogar? La felicidad matrimonial y hogareña está compuesta de actos pequeños, de sencillas expresiones de cariño. ¿Sabe usted prodigarse de esta manera hacia su esposa y sus hijos?

Y usted, señora, ¿acepta con alegría las manifestaciones de afecto de su esposo? ¿Sabe también ser afectuosa con él? Cuando una mujer es realmente cariñosa con su marido, es casi seguro que él también lo será con ella.

El apoyo de la familia

¿Hasta qué medida valoramos el hogar que poseemos? ¿Comprendemos lo que significa para nuestra vida el afecto de nuestro cónyuge y de nuestros hijos? Y frente a cualquier problema que debemos soportar, ¿nos damos cuenta de que podemos resolverlo más fácilmente con el apoyo y la comprensión de nuestros seres amados?

Cierta comerciante llegó una noche abrumado a su casa. Apenas entró en la sala, se echó en el sofá y hundió con desesperación su cabeza entre las manos. "¿Qué te sucede?", le preguntó su esposa. "Acabo de declararme en quiebra; lo he perdido todo y hemos quedado en la ruina", le contestó su marido. A lo que su valiente esposa le dijo: "Todo no se ha perdido, porque te quedo yo y te queda tu familia, que estamos dispuestos a soportar la prueba contigo". Y su hija mayor, que escuchaba desde la habitación contigua, añadió: "También te quedo yo, para ayudarte". Al momento se acercó su anciana madre, quien le recordó: "Hijo, no todo está perdido. Todavía tienes salud, tienes una buena compañera e hijos cariñosos que estarán a tu lado. Y, además, podrás tener la protección de Dios, si la pides con sinceridad".

Cuando el hombre escuchó todas estas afectuosas palabras de aliento, quedó profundamente emocionado, y dijo: "Que Dios me perdone, porque yo creía que lo había perdido todo, y todavía me queda lo mejor".

¡Cuán grande es el valor de un hogar bien constituido! ¿Qué refugio mejor que este para hacer frente a los peores contratiempos? Cuando la familia está unida por los lazos de un amor estable, el dolor, la adversidad o la prueba se hacen

menos punzantes y se pueden vencer con mayor facilidad. La comprensión y el fiel compañerismo de una esposa vigorizan el espíritu del marido. El afecto leal de un esposo estimula y hace feliz a su mujer. La amistad entre padres e hijos ofrece al hogar una riqueza mayor que todos los bienes materiales que se puedan acumular en la casa.

¿Valora usted el hogar que tiene? ¿Se lo dice a sus seres queridos, para alegría de ellos? Si estamos conscientes de que nuestro hogar es un regalo precioso de Dios, ¿no haremos el mayor esfuerzo posible para conservarlo con armonía y unidad? Nuestro hogar merece lo mejor. Y lo mejor es el amor que podamos cultivar en él, y la bendición divina que podamos recibir del Altísimo.

La tercera mano

¿Ha sentido alguna vez el deseo de tener tres manos, en lugar de dos? Quizás esto le haya ocurrido a usted, señora, en algún momento de excesivo trabajo dentro del hogar. Era tanto lo que tenía que hacer, que sus dos manos eran insuficientes para realizar todos los trabajos domésticos. ¡Cuán útil puede ser una "tercera mano" para aliviar las cargas del hogar!

Esa mañana, el marido, un tanto apresurado, le pidió a su esposa que le sirviera el desayuno. Momentos antes le había pedido otras atenciones. Mientras tanto, los hijos también estaban llamando a su madre desde el dormitorio. De manera que la señora, requerida por todos al mismo tiempo, le dijo a su esposo: "Espera un minuto, porque solo tengo dos

manos". Durante toda esa mañana, en su oficina, el marido quedó pensando en las palabras de su mujer: "Solo tengo dos manos". Pero además pensó en todo el trajín de su esposa: lavar, cocinar, planchar, limpiar, atender a los tres hijos. Y se dijo para sí: "Eso es demasiado para dos manos. De hoy en adelante trataré de ser una *tercera mano* para ella".

Tiempo más tarde, este buen marido comentaba: "Desde aquel día yo soy la tercera mano de mi mujer. La ayudo en todo lo que me es posible. Y así la vida se ha vuelto más feliz para ella y para mí".

¿No ha advertido usted también que a su mujer le vendría muy bien una tercera mano? No la mano de una sirvienta, ni aun la de los hijos solamente, sino la suya propia, la que usted podría brindar como compañero y amigo de su esposa. ¡Cuánto más agradable y llevadera se vuelve la vida conyugal cuando los esposos se ayudan entre sí! Él, aliviando los trabajos de su mujer y prestándole todo el apoyo que merece. Y ella, haciendo otro tanto, para convertirse en verdadera colaboradora de su marido.

Si deseamos que surjan desavenencias conyugales en nuestro hogar, comencemos por negarle toda colaboración a nuestra esposa. Entonces la veremos afligida, sobrecargada y quejosa. Pero si anhelamos que la dicha domine el clima familiar, será menester que los esposos renuncien a sus preferencias particulares y se ayuden mutuamente en la conducción del hogar. Y esa ayuda debe brindarse por amor, y no por obligación o con mala disposición.

Pero, sobre todo, las dos manos de una mujer y las dos de su marido pueden multiplicar su labor y ser aptas para construir la felicidad, si ambos confían en Dios y le ruegan su diaria bendición. ¿Está usted aferrándose de esa Tercera Mano que nunca falla, porque es la mano de Dios?

Sin rivalidad

Según una fábula de Cecilia Borjas, cierta vez discutían, en una panadería el azúcar y la sal, pretendiendo cada una de ellas ser más importante y más preferida que la otra. Entretanto, llegó un cliente y pidió galletas con sal. Al rato llegó otro, para comprar masitas dulces con crema. Y la discusión seguía, porque la sal no quería ser menos que el azúcar, ni el azúcar menos que la sal. Hasta que por fin intervino el pastelero y fabricó unas ricas empanadas, que dieron mucho que hablar. Por fuera eran dulces, pero por dentro eran saladas; y ambos sabores juntos fueron un halago para el paladar. La autora termina sus versos diciendo:

“Sabed que el mérito nunca de otro mérito es rival. Si uno vale por sí solo, ¡juntos valen mucho más!”

La moraleja de esta curiosa fábula es aplicable a muchos órdenes de la vida. Pero es en el hogar donde deberá tener especial aplicación, si se desea mantener la armonía de toda la familia. Cuando los esposos discuten como el azúcar y la sal de la fábula, y uno de ellos quiere tener dominio sobre el otro, lejos de “poner las cosas en su lugar”, lo único que consiguen es echar a perder la felicidad conyugal.

Los esposos que comprenden el verdadero propósito del matrimonio jamás se pondrán a competir entre sí, porque recordarán que han unido sus vidas para complementarse con amor, y no para rivalizar con espíritu de egoísmo. Tanto el marido debe valorar los méritos de su mujer, como esta las virtudes de aquel. Y no se trata de ver quién de los dos es más capaz, sino de cómo cada uno de ellos puede ofrecer lo mejor de sí para la felicidad del otro.

En el matrimonio, o se actúa en todo de común acuerdo, o tarde o temprano cada una de las partes tomará su propio camino. Por eso resulta tan necesario que los esposos se sigan valorando mutuamente, sin incurrir en desprecios que vayan minando la unidad conyugal. Después del casamiento, cuando marido y mujer comienzan a conocerse mucho mejor, puede ser que suija en ellos un grado de desilusión. Quizás él descubra que ella no es tan prolija y ordenada como parecía. Y tal vez ella descubra que él no es el muchacho tierno y comprensivo que era durante el noviazgo. Pero aun esta especie de desencanto jamás debería dar origen a discusiones amargas o a reproches desconsiderados que ahonden el desencuentro.

Y si existiera alguna diferencia que arreglar o algún defecto que superar, en tal caso, ¿no deberían sentarse los esposos para hablar con cariño y madurez, en busca de la solución? Además, pidiendo cada día la sabiduría divina los esposos, tanto como los hijos y el hogar en general, podrán gozar de armonía y de plena felicidad. El hogar donde mora Dios no conoce de naufragios ni derrotas.

La palabra suave

Don Mariano parecía hacer de los gritos su lenguaje favorito. Cualquier desacuerdo en su familia, aun la menor disparidad de opinión con sus hijos, bastaba para que el hombre levantara el volumen de su voz y ahuyentara la paz de su hogar. Veinte años antes, cuando se casaron, tanto él como su esposa eran personas serenas.

Pero, con el correr del tiempo, don Mariano fue volviéndose irritable y descontrolado en su lenguaje. Y lo que es peor, su delicada esposa, para defenderse frente a semejante actitud, poco a poco fue adoptando el mismo vicio de su marido. Como consecuencia, en esa casa menudeaban las tormentas y las discusiones conyugales. Y cuando los esposos recuperaban la tranquilidad, debían pasar horas, y a veces días, antes de que volvieran a tratarse con total normalidad.

Más de una vez sus propios hijos adolescentes debían soportar ese mismo trato injusto y colérico. ¿Cuál era, entonces, la atmósfera que se respiraba en ese hogar? Ira, resentimiento, temor y falta de alegría. En suma, un sitio que estaba lejos de ser el lugar más dulce de la tierra.

Es evidente que el descontrol en las palabras habla de un descontrol en los sentimientos. Porque cuando uno siente respeto hacia el ser amado, y procura dispensarle afecto y comprensión, jamás le gritará con términos hirientes. Más bien, utilizará palabras suaves y agradables, que contribuyan a crear un ambiente de armonía, donde padres e hijos se sientan a gusto conviviendo amistosamente. El nerviosismo y las exigencias de la vida moderna a menudo nos hacen perder la paciencia. Y fácilmente nos volvemos intolerantes con el vecino, con el amigo o con el compañero de trabajo. Pero cuando esta actitud se manifiesta en el hogar, los resultados son la destrucción de la unidad y la paz familiar.

¿Suele usted dialogar a gritos con su mujer? ¿Pretende educar a sus hijos con gritos y amenazas? Si deseamos mantener la calma de nuestro hogar, hay dos cosas muy efectivas que podemos hacer: la primera, evitar toda discusión amarga; y la segunda, guardar silencio cuando alguno de la casa levanta la voz y ofende con su palabra. Si no le echamos leña,

el fuego pronto se apagará. Los Escritos Sagrados nos exhortan a pronunciar “dichos suaves” y palabra “sazonada con sal”. Además, se nos dice: “Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación”. “Deja la ira, y desecha el enojo; no te excites en manera alguna” (Proverbios 16:24; Colosenses 4:6; Efesios 4:29; Salmo 37:8).

¿Nos cuesta dominar nuestra lengua y nuestros sentimientos? Pidamos entonces la ayuda de Dios, y él nos hará suaves y bondadosos para asegurar la felicidad de nuestro hogar.

Necesidad de aliento

El jefe de la familia regresó a su casa después de un día de arduo trabajo. Y tras saludar a su esposa y a sus hijos, se sentó junto a la mesa del comedor. Pero con el primer movimiento de su mano notó que sobre la lustrada madera de la mesa había un poco de polvillo del ambiente. “¡Cómo! ¿No limpiaste los muebles hoy?”, le preguntó un tanto molesto a su esposa. Y ella, que también había tenido un día bastante atareado, le respondió con cierto desagrado: “Justamente hoy que no tuve tiempo, me haces notar que no limpié los muebles. Pero todos los otros días, cuando están limpios, ni se te ocurre mencionarlo”.

Ese corto intercambio de palabras bastó para que ambos esposos tuvieran esa noche una cena bastante desagradable. Sin embargo, especialmente el marido, ese día aprendió una lección que jamás olvidaría en el trato con su esposa. De allí en adelante no solo vería las pequeñas fallas de su mujer, sino

decir, alentando la parte positiva del niño se logra mucho más en él que reprochándole sus errores o defectos.

Especialmente los niños parecerían estar hambrientos de afecto y alabanza. Así lo demuestra el caso de aquel niño cuya conducta dejaba bastante que desear, razón por la cual la madre debía reprenderlo casi a cada momento. Pero un día el niño se portó muy bien; no había hecho una sola cosa mala. Y cuando esa noche la madre lo acostó, antes de retirarse de la habitación oyó que su hijo se puso a llorar. Y entre sollozos preguntó: "Mamá, ¿acaso hoy no me porté bien en todo?" Para ese niño solo había reproches, sin ninguna palabra de elogio.

¿Para cuándo queremos reservar los elogios hacia nuestros seres amados? ¿Para cuándo se vayan de este mundo, y entonces ya no tengan ningún efecto, por más obsequiosos que seamos? No se trata de exagerar ni de alabar a la persona misma, sino sus **actos** dignos de alabanza. ¡Cuán agradable se torna la vida del hogar cuando los esposos se alientan mutuamente mediante palabras de encomio y de reconocimiento! Y los hijos, cuánto mejor se crían cuando —junto con la censura oportuna— también reciben el elogio amante de sus padres.

Equilibrio

Vamos a referirnos a usted, señora supertrabajadora. A usted que disfruta de buena salud y que, deseosa de mantener su casa siempre limpia y en orden, pasa buena parte del día lavando, fregando y ordenando. Usted tiene su casa hecha un primor. Todo está pulcro y brillante, desde la loza hasta los

pisos, y también los muebles y cada objeto que adorna la casa. Y desde luego, usted está orgullosa con semejante presentación. Pero ¿a qué precio ha conseguido todo eso? Veámoslo con total honradez.

Nada se hace solo en este mundo. De manera que el mantener así su casa le absorbe largas horas cada día, tantas que a veces no le quedan ganas ni tiempo para hacer otra cosa. Su esposo le pide que lo acompañe a cierto lugar, y usted responde que está cansada. Los domingos la familia quiere salir de paseo, pero usted prefiere quedar en casa, porque tiene tanto que hacer. . . Sus hijos se acercan a usted para pedirle algo o simplemente para conversar, pero usted alega que no tiene tiempo. Y así, poco a poco, usted, que tanto hace en favor de su hogar, sin advertirlo, está minando la paz y la unidad de su querida familia. Usted con frecuencia está nerviosa y un poco descontenta, porque se esfuerza tanto en limpiar, y los demás ensucian y casi no valoran su trabajo.

¿Sabe, señora, que en el hogar no todo consiste en limpiar y ordenar? Por otro lado, si usted desea conservar impecable su casa y, con ese afán de hacerlo todo bien, no enseña a sus hijos a ayudarla, usted se perjudica a sí misma y también a ellos. Además, si no permite que su familia se mueva con libertad por temor a que le ensucien los pisos o los muebles, de este modo se convierte en la desdichada tiranuela de su hogar, que tampoco deja vivir felices a los demás.

Sí, señora, trabaje, pero con equilibrio. Veá que su tarea, lo mismo que sus actitudes, contribuyan a la felicidad de la familia. Tómese tiempo para gozar de la compañía de su esposo y de sus hijos. Evite el vivir siempre cansada y nerviosa. Usted tiene derecho a disfrutar de tranquilidad. Y si la casa no está perfecta, paciencia. Su felicidad es más importante que la pulcritud.

Recuerde que su casa no es una sala de exposición, sino el nido donde se mueven seres humanos necesitados de afecto y comprensión.

Como ama de casa, usted necesita también cultivar su espíritu. Necesita desarrollar la fe y convivir con Dios. Y, en la medida en que usted sea fiel al Todopoderoso, podrá compartir esa bendición con sus hijos, por el logro de una familia feliz.

El valor de la tolerancia

La joven esposa se había casado con las mejores ilusiones. En la hora de la boda, sintió que un mar de dicha inundaba su corazón. Sin embargo, un mes más tarde esa misma mujer abandonaba a su marido y regresaba a la casa de sus padres. Y su exclamación fue: "Nunca pensé que él sería tan grosero y desconsiderado. No puedo seguir viviendo a su lado". Frente a esta ruptura matrimonial, surge la pregunta: ¿Acaso estos esposos no se conocían antes del casamiento? ¿Durante cuánto tiempo fueron novios? La realidad nos dice que se conocían muy poco, porque tuvieron un noviazgo de apenas cuatro meses. De manera que comenzaron a conocerse un poco mejor cuando ya era tarde. ¿No habría sido más prudente prolongar un poco más el período del noviazgo?

El fracaso de este matrimonio nos conduce a dos importantes conclusiones. La primera, que una pareja de novios debe conocerse suficientemente bien antes del casamiento, porque de lo contrario corren el riesgo de equivocarse y malograr todo su futuro. Un paso tan trascendente como es la unión de

dos vidas y la formación de un hogar no puede darse apresuradamente. Requiere sensatez, conocimiento y serenidad.

La segunda conclusión que brota del caso expuesto es que un matrimonio no debe romperse ante el primer desencuentro. Pueden existir hechos muy graves que aconsejen la disolución o la separación del matrimonio. Pero, en general, el camino del amor, del respeto y de la mutua tolerancia es el modo mejor de preservar la unidad conyugal. Regresar a la casa de papá y mamá es una mala solución, que habla de cobardía y de inmadurez, a menos que se hayan agotado todos los recursos posibles para mantener intacto el hogar.

Cierto hombre divorciado acudió a una agencia matrimonial que tenía una máquina electrónica para elegir compañera. Llenó una tarjeta con sus datos, gustos y preferencias, y esperó confiado el resultado. ¡Tremenda fue su sorpresa cuando la máquina le dio el nombre de su antigua esposa, quien poco antes también había acudido a la misma agencia! El aparato indicaba enfáticamente que "esa era la mujer ideal para él". ¿Resultado? Se trataron nuevamente, y comprobaron que la máquina tenía razón.

Señor, ¿encuentra usted defectos en su esposa? ¿Hay en ella algunos rasgos que no le agradan? ¿No ha pensado, entonces, que usted es la persona indicada para ayudar a su mujer? Y usted, señora, ¿cómo se comporta ante las debilidades de su marido? ¿Lo ama, a pesar de todo? Cuando los esposos se quieren de veras, y buscan con fe la diaria bendición de Dios, esa unión no podrá romperse porque estará protegida por el mismo Dador de la vida,

“Me separé de mi mujer”

El matrimonio se está tomando cada vez con mayor ligereza. Surge una reyerta, se produce una fricción acentuada en la pareja, y no es raro que ambos contrayentes comiencen a pensar que se han equivocado al casarse. De allí en más, apesadumbrados y sin aliento, es fácil que los esposos se pongan a imaginar una posible separación. Pero, en un momento tal, cuando aumenta la tensión conyugal, ¿no es mejor pensar en otra clase de solución?

Un esposo que se apresuró en romper su matrimonio, cierto día escribió lo siguiente: “Yo creía que tendría ventajas en vivir solo. Pero desde que rae separé de mi mujer, he tenido que soportar el pesado silencio de la soledad y de la casa vacía. No hay nadie que se interese por uno. Nadie se preocupa de que uno se sienta bien o mal, de que esté vivo o muerto. Los amigos no pueden llenar el vacío que se produce por la ausencia de la esposa”. Quizá palabras muy parecidas a estas podrían también ser dichas por cualquier mujer que se haya separado de su marido. Por lo tanto, ¿no es más sensato aprender a convivir con felicidad en el matrimonio, aun cuando puedan surgir algunas desavenencias y desacuerdos entre los esposos?

Lo que, en el fondo, más lastima en la vida conyugal es la ausencia de comprensión y de aliento mutuo. Por eso, muchos son los esposos que dicen con tono de queja: “Mi mujer no me comprende. No sabe ponerse en mi lugar. Todo lo que escucho de ella son reclamos y rezongos”. Y por su lado, abundan también las esposas que confiesan: “Mi marido cree que soy de hierro. Trabajo todo el día, dentro y fuera de mi hogar, pero él jamás tiene una palabra afectuosa o de estímulo

lo para mí”. ¿Puede una pareja vivir unida y feliz, mientras ambos tengan tales sentimientos?

Una autora cristiana se expresa así: “Aunque se susciten dificultades, congojas y desalientos, no abriguen jamás ni el marido ni la mujer el pensamiento de que su unión es un error o una decepción. Resuelva cada uno de ellos ser para el otro cuanto le sea posible. Sigán teniendo el uno para con el otro los miramientos que se tenían al principio”. Y la misma pluma termina diciendo: “Aliéntense el uno al otro en las luchas de la vida. Procure cada uno favorecer la felicidad del otro. Haya entre ellos amor mutuo y sopórtense uno a otro. Entonces el casamiento, en lugar de ser la terminación del amor, será más bien su verdadero comienzo” (E. G. de White).

Llegar a este ideal puede requerir paciencia y gran capacidad de adaptación. Aun puede demandar años de experiencia matrimonial. Pero el factor que más contribuirá a la unidad y a la dicha del matrimonio será la fe en Dios y el amor a él.

El fruto de la infidelidad

El adulterio todavía sigue atrayendo a muchos hombres y mujeres de la tierra. Sin embargo, contra lo que podría pensar el alma libertina, un matrimonio bien establecido siempre es más atrayente y brinda mayor felicidad que cualquier forma de infidelidad conyugal. ¿Hemos conversado alguna vez con un esposo o una esposa infiel? En tal caso, ¿qué impresión hemos recogido?

He aquí el caso verídico de un hombre casado. Después de haber tenido amores clandestinos un buen tiempo, ahora vive con los nervios destrozados. Y en su actual estado de debilidad física y mental, ha expresado el deseo de volver a su legítima esposa. Pero le resulta casi imposible. Ha entrado en relaciones adúlteras de tal naturaleza que se encuentra atrapado por una serie de ataduras y compromisos que no sabe cómo superar.

Perseguido por su amante, arruinado en su salud y anulado para cumplir su trabajo, este hombre ahora se arrepiente tardíamente de los malos pasos que comenzó a dar años atrás. En aquel entonces creyó que gozaría de esa vida doble, que la pasaría mejor, que recibiría más amor, y que su esposa y sus hijos no se enterarían. Pero ¡cuán mal le resultaron sus cálculos! El placer carnal se le convirtió en amargura de alma. Y ahora su alteración emocional y su sentimiento de culpa no lo dejan vivir en paz. Su imagen de buen padre ha desaparecido para siempre. Y curiosamente, aunque su esposa lo ha perdonado, este hombre arrepentido quiere salir de la ciénaga donde se encuentra aprisionado, pero no puede.

No es cosa simple jugar con el sexo. Y si no, ¿cómo podríamos explicar el caso de aquella mujer que de soltera se entregaba libremente en los brazos de cualquier hombre? Luego se casó y formó un buen hogar. Pero ahora, aun teniendo dos hijos y un esposo fiel, esa misma mujer se siente fuertemente tentada a volver a su vicio del pasado. Y pensar que usted, señor o señora, creyó que ese acto de infidelidad matrimonial iba a ser único. Pero ahora, ese primer paso de traición conyugal, seguido de muchos otros en la misma dirección, ha producido la ruina de su vida y el dolor de su familia.

¿Sabe usted cómo comienza el adulterio? Apenas con un

pensamiento de codicia y concupiscencia. Por eso, el camino de la prevención consiste en controlar los pensamientos y en desarrollar cada día el verdadero amor conyugal. Y si existiera alguna desarmonía o desavenencia entre marido y mujer, ¿no es mejor superarla con amor y el diálogo franco, antes que buscar el triste escapismo del adulterio? Cuando existe amor genuino hacia el cónyuge y hacia Dios, ¿no le parece que el matrimonio se convierte en una experiencia de paz y de felicidad?

Economía doméstica

Manejar el dinero sabiamente siempre fue un problema para el hombre. Veamos qué les ocurre a los padres conscientes que, sin tener grandes ingresos, deben alimentar y vestir a toda su familia hasta fin de mes. Miran su dinero una y otra vez y, por más que procuran hacerlo durar, no terminan de entender cómo se ha gastado tan rápidamente.

Muchas de las tensiones y las discusiones entre los esposos tienen su origen en el aspecto económico del hogar. Quizás el marido trabaja arduamente todo el mes para ganar su salario, y su familia se lo gasta en tres semanas. Resultado: los últimos días de cada mes se hacen difíciles y angustiosos. Entonces vienen las acusaciones. Él señala a su mujer como gastadora sin juicio. Y, a su vez, ella le pide a su marido que no gaste tanto en vicios. “Si solamente dejaras de fumar —le dice para terminar—, nuestro dinero alcanzaría mucho más”. Y después de estos mutuos reproches, un silencio incómodo reina en toda la casa.

A usted, que le interesa hacer rendir al máximo su sueldo, ¿le agradaría repasar algunos principios de economía doméstica? Aquí van algunos:

Evite los gastos superfluos. No compre lo que no necesita, ni mucho menos compre por vanidad. No sea esclavo de la sociedad de consumo.

Tenga un presupuesto mensual o semanal de gastos, y ajústese a él hasta donde pueda. De lo contrario, siempre vivirá endeudado. Recuerde que nadie puede gastar más de lo que gana.

Practique el orden y la organización en su casa. Cada familia es una pequeña empresa, capaz de hacer valiosas economías si cada uno es ordenado y organizado en todos sus hábitos.

Deje de lado los vicios, tales como el tabaquismo, el alcoholismo y otros. Haga cuentas, y verá cómo los vicios deterioran el bolsillo y la salud.

No viva por comparación. No mire ni haga la competencia a su vecino. Lo que él gaste y derroche es cosa totalmente suya. Usted compre con criterio propio.

Sea cuidadoso con su ropa. Trátela bien, tanto al usarla como al lavarla y plancharla. En esto hay una valiosa fuente de economía.

Gócese con una administración doméstica compartida. Ambos esposos deberían saber cómo se invierte el dinero, y de común acuerdo deberían hacer las compras mayores. El diálogo en esta materia contribuirá a la felicidad conyugal y al bienestar de toda la familia.

Si se tomaran en cuenta estos principios, muchos hogares dejarían de pasar necesidad, y otros gozarían de franca tranquilidad económica. Además, estos mismos principios deben ser inculcados en los hijos. Y, por sobre todo, debería pedirse la ayuda de lo Alto para saber practicarlos. Es admirable cómo aun en este terreno Dios puede ayudar a la familia, porque él no quiere que ninguno de sus hijos padezca necesidad.

“Mi hijo rompe zapatos”

Cierta madre se quejaba de que su hijo gastaba y rompía los zapatos demasiado rápido. Un par de zapatos no le duraba más que un mes o dos. De manera que su mamá estaba molesta, siempre se quejaba por este defecto de su hijo. Un día le dijo a otra madre: “No puedo aguantar más a este muchacho. Me hace gastar un dineral en calzado”. Pero la otra señora le respondió: “Dele gracias a Dios porque siquiera rompe zapatos”. “¿Por qué me dice eso?”, preguntó. “Porque mi hijo es paralítico —contestó emocionada la mujer—. Ojalá gastara tantos pares de zapatos como el suyo, a cambio de que estuviera bien de salud”.

¿Está usted preocupada por alguna cualidad negativa de su hijo? ¿Se expresa usted en tono de queja y de amargura? En tal caso, ¿cree que eso podría ayudar a él o siquiera a usted misma? Si su hijo goza de buena salud y, a pesar de los defectos que pueda tener, se desenvuelve normalmente en la vida, dé gracias a Dios por ello. Viva satisfecha y encauce sus esfuerzos en educar sin quejas a su hijo. Cualquier niño o

joven se desalienta y se rebela contra sus padres cuando solo escucha de ellos palabras de censura y reprensión. Acaso, ¿no es más estimulante una palabra de aprobación?

Por otro lado, si nuestros hijos tienen defectos, ¿no será que los han heredado de nosotros? Entonces, ¿por qué culparlos tanto? Más bien deberíamos ayudarlos para que puedan superar sus debilidades y llegar a ser hombres y mujeres plenamente desarrollados. La actitud más sensata frente a las flaquezas de nuestros hijos consiste en aceptarlos tales como son y en mostrarles nuestra confianza de que pueden mejorar cada día. Y cuando les brindamos todo nuestro apoyo y consejo, todavía hay algo más que podemos hacer por ellos: pedirle a Dios que los guíe y bendiga en su formación.

Señor, fortalece y bendice hoy a nuestros hijos; ayúdalos a crecer con fe en ti y en sí mismos. Haznos buenos padres para ellos: rectos, comprensivos, sabios y cristianos; de una conducta digna de ser imitada.

Sed de amor paterno

He aquí la carta sincera que tiempo atrás escribía un joven adolescente, después de haber permanecido varias semanas internado en un hospital: "Mi padre es un hombre bueno y trabajador, que nunca descuida a su familia. Se enorgullece de haber dado a sus hijos la mejor educación posible. Pero

aunque se sacrifica por nosotros y dice que nos ama, jamás nos demuestra su cariño".

Y el muchacho sigue diciendo: "Cuando enfermé y estuve internado en el hospital, los padres venían los domingos a visitar a sus hijos, y mi papá también me visitaba. Pero me llamaba la atención que los otros padres siempre besaban a sus hijos al llegar y al despedirse de ellos. En cambio, mi papá jamás me daba un beso. Mi mamá falleció años atrás. Y desde entonces, ¡cómo añoro sus caricias y sus besos! Pero un domingo de tarde, cuando terminaba la hora de las visitas, no pude contenerme más. Cuando mi papá se estaba por ir, lo abracé del cuello y le dije: 'Papá, ¡dame un beso!' " Y el joven termina su relato diciendo: "Entonces mi papá, como despertando de un profundo sueño, me abrazó con fervor y me besó. Ese fue el primero y también el último beso que recuerdo haber recibido de mi padre".

La abierta confesión de este adolescente revela hasta qué medida los hijos viven hambrientos del amor de sus padres. Sí, no es suficiente educar a los hijos en un buen colegio o hacerles regalos y otras atenciones bondadosas. El hijo también debe saber que su padre y su madre lo aman; debe sentir la caricia suave y el beso cariñoso de sus padres. ¡Cuántos son los niños que se sienten inseguros y los jóvenes que viven desorientados por carecer de la protección afectiva que deberían recibir en el hogar! ¡Cuántos otros viven tristes y solitarios por la misma razón! ¿Es extraño que más tarde esos hijos tengan problemas de conducta y se muestren fríos y hostiles con los demás?

Observemos el comportamiento y las reacciones de nuestros hijos, y veamos si no estarán necesitando más de nuestro amor paterno; de ese amor que despierta confianza, que produce amistad, que forma el carácter del hijo. En otras pala-

bras, que lo hace sentir protegido, acompañado y dichoso.

Pero el verdadero amor también sabe corregir, aconsejar y dar un buen ejemplo. Con semejante forma de criar a los hijos, se asegura el éxito futuro de ellos y se eliminan mil problemas del hogar. Aumenta el amor entre los esposos y se consolida la unidad familiar.

El buen hijo

Un muchacho con poca instrucción, pero de gran corazón, comentaba hace poco que desde niño había tenido que trabajar duramente para ayudar a sus padres. Por ese motivo no había podido asistir a la escuela secundaria. Como único hijo varón de la familia, aceptó desde pequeño la responsabilidad de ayudar económicamente a sus padres, ya que ellos no gozaban de buena salud. Y mientras el muchacho contaba su historia de pobreza y sacrificio, no había, sin embargo, en sus palabras ninguna señal de amargura. De él sí se podía decir que era, y que es, un buen hijo.

¿Qué es y cómo se comporta realmente un buen hijo? No-temos los siguientes aspectos.

El buen hijo ama a sus padres. Sabe comprenderlos y respetarlos. No se muestra indiferente ni caprichoso. Tampoco se avergüenza estando al lado de sus padres. Por el contrario, se goza siendo amigo de ellos.

Honra el nombre de sus progenitores. Adondequiera que va, con quienquiera que se relaciona, sabe mantener en alto la buena reputación de su familia. Nunca habla mal de sus

padres, y mucho menos delante de los extraños.

Es obediente. No se rebela contra su padres ni les levanta la voz, ni tampoco se hace rogar cuando ellos le piden un favor. Además, no permite que sus padres lo hagan todo, mientras él permanece ocioso. Y como es obediente, el buen hijo no espera recibir continuamente órdenes, sino que, más bien, pregunta: “¿Te puedo ayudar en algo, papá?” “¿Qué otra cosa hay que hacer, mamá?”

Produce satisfacción al corazón de sus padres. Les da la alegría del triunfo en sus estudios, en su trabajo y en todo lo que hace. Jamás les hace pasar malos momentos ni tampoco les causa dolores de cabeza. Porque el buen hijo se goza viendo felices a sus padres.

Es también un buen hermano. No pelea con sus hermanos mayores ni se abusa de los menores. Tampoco se deja arrastrar por el mal ejemplo de alguno de sus hermanos descarriados.

Ama a Dios y tiene fe en él. Vale decir, como buen hijo de sus padres, es también buen hijo de Dios. Mientras más depende del Altísimo, mejor se comporta y más útil se muestra en la sociedad.

¿Estamos haciendo lo mejor posible para que nuestros hijos sean de esta clase? Y como hijos, ¿poseemos las características mencionadas?

La gran necesidad

Cierta vez Napoleón Bonaparte declaró que la mayor necesidad de su país era la de contar con *madres*. En su desesperación por disponer de mayor número de soldados, el Gran Corso quería que hubiera más madres que dieran a luz más hijos, para luego enviarlos al frente de batalla. Y en nuestros días, aunque por motivos muy diferentes, podríamos asegurar que la gran necesidad del mundo sigue siendo la misma: *la de madres*, que sepan cumplir cabalmente su papel de forjadoras del hogar y del carácter de sus hijos.

“Mi hijo siempre vuelve a casa entre la una y las dos de la mañana”, le decía una señora a una vecina suya. “¿Y por qué regresa tan tarde?”, preguntó esta, bastante extrañada. La señora respondió: “Lo que pasa es que al nene le gusta estar con sus amigos charlando y jugando”. Pero el “nene” tenía 19 años de edad. Y ese “nene”, ¿no tenía nada que hacer al día siguiente, que podía acostarse tan tarde cada noche? ¿No trabajaba ni estudiaba? Por otro lado, si regresaba tan tarde al hogar, ¿qué clase de vida familiar cultivaba con sus padres, o estos con él? Además, esos padres, ¿sabían exactamente qué hacía su hijo adolescente en esas horas de la noche?

¿Sabe usted dónde se encuentra y qué hace su hijo en cada momento del día? ¿Conoce usted a sus amigos? ¿Sabe usted realmente cómo le está yendo a su hijo en la escuela o en el colegio? Si usted ignora estos hechos, no debería sorprenderse luego si ese mismo hijo tomara un rumbo equivocado y fuera arrastrado por malas compañías. Ningún niño, ningún joven se echa a perder de un día para otro. Son las pequeñas negligencias, la falta de disciplina y la ausencia de buen ejemplo en el hogar *a lo largo del tiempo* los factores que destruyen la vida de un hijo.

Pero ¡cuán diferente puede ser la suerte de un hijo cuando sus padres le proporcionan afecto, amistad, disciplina, orientación y el ejemplo de una conducta de bien! El hijo necesita y desea que sus padres lo corrijan, le marquen horarios y se interesen vivamente en todos los detalles de su vida juvenil. Proceder de otro modo es dejar al hijo en soledad, sometido a las peligrosas influencias del mal.

Hoy se necesitan padres y madres que sepan ser amigos y consejeros de sus hijos; que sepan despertar en ellos el amor a la pureza, el amor a la patria y el amor supremo a Dios. Padres que conviertan la casa en un pequeño santuario donde palpite y se inculque la fe. Padres cuya conducta valga la pena admirar e imitar. Padres, en fin, que destilen un amor apacible, prudente y constante para iluminar el sendero de sus hijos. ¿Qué hogar podría fracasar y qué hijo podría sucumbir con padres de esta clase?

3

En sana convivencia con el prójimo

“Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos” (la Regla de Oro de Jesucristo).

Entre las muchas escenas dramáticas vividas durante los días de la Segunda Guerra Mundial, se registra el caso de un ataque nocturno por sorpresa que debía efectuar un avión de los aliados con el grupo de paracaidistas que iban a bordo. En un momento dado, el comandante ordenó lanzarse al vacío y abrir los paracaídas. El primero que debía cumplir la orden era un soldado que estaba sumamente nervioso, de manera que le rogó al compañero que lo seguía que se tirara primero.

Este segundo soldado —de nombre Walter— estaba confiado. Así que sin vacilar, y queriendo infundirle ánimo a su compañero, se lanzó al vacío. A los pocos segundos, mientras se abría su paracaídas, el ruido de una terrible explosión casi

le hizo perder el sentido. ¿Qué había ocurrido? El avión había sido alcanzado por el fuego enemigo, provocando la muerte de todos sus ocupantes. El único que alcanzó a salvarse fue Walter, simplemente por haber tenido un gesto amable hacia su compañero. Estuvo dispuesto a hacer un favor —tirarse primero—, y su bondad le salvó la vida.

Aun en tiempo de guerra vale la pena hacer favores. Y en los días de paz, con cuánta mayor razón. Haya nerviosismo o escasez de tiempo y dinero, siempre pueden hacerse esos pequeños favores que nada cuestan, pero que ayudan a quienes los hacen. El poder servir o ayudar a alguien, ¿no es acaso una oportunidad que nos brinda la Providencia para aliviar la necesidad de nuestro hermano? La noble actitud del soldado Walter, con el beneficio que logró, invita a la reflexión y a la imitación.

¡Cuántos podrían evitar enfermedades en su propia vida, o retardar el día de su muerte, si fueran más amables, considerados y serviciales con su prójimo! Dejarían de envenenarse pensando en sí mismos. Quizá se librarían de muchas neurosis, y aprenderían a disfrutar más de la vida al ocuparse un poco más en la felicidad de sus semejantes.

¿No le parece que si hoy podemos servir a alguien, deberíamos hacerlo con alegría y de todo corazón?

Aprecio

¿No se ha encontrado usted alguna vez con una persona agria y enojada, a la cual ha podido cambiar con una corta conversación, por el solo hecho de haberla tratado con amabilidad? O por lo menos, si no ha cambiado a otros, quizás otros lo hayan cambiado a usted, por su modo suave y cordial de tratarlo.

Cuántos de los esposos no vacilaríamos en reconocer que el trato amante de nuestra esposa nos hecho más buenos y más humanos. Entre los jóvenes, también se observa frecuentemente esta influencia del modo agradable de ser. Muchos novios y amigos son capaces de enternecerse en poco tiempo, gracias a que alguien ha comenzado a profesarles amor. Y este principio es igualmente válido para todas las relaciones que mantengamos con nuestro prójimo.

Dijo William James: “El más profundo impulso de la naturaleza humana es el deseo de ser apreciado”. Esta es la razón por la cual toda persona reacciona tan favorablemente cuando se le dispensa bondad y consideración. Cuán importante es entonces tener en cuenta esta modalidad en nuestra vida de relación: tratar con aprecio genuino a toda persona. Y los resultados no se harán esperar.

Pero ¿qué es manifestar aprecio? Es eliminar todo espíritu de crítica y desconfianza, al vincularnos con los demás. Es ponerse en el lugar del otro. Es saber hablar, pero también saber callar. Es saber elogiar lo que sea digno de ser elogiado. Es manifestar una disposición de servir. Y hacerlo todo como no dándole importancia. Quien domine así el verdadero arte de agradar, descubrirá que la gente no es tan mala como parece,

porque por cada acto de bondad que sembramos recibiremos otro semejante de los demás.

Comúnmente tendemos a pensar y a preocuparnos solo con lo nuestro, y con ese egocentrismo solemos tratarnos los unos a los otros. Encerrados en nuestro yo, caemos en un remolino que nos hunde y nos devora. Esta condición finalmente quiebra nuestra felicidad interior y nos deja sumidos en la soledad, incomunicados con la belleza de la vida.

Cuán necesario es cultivar el amor, el sentido de fraternidad y de sensibilidad humana. Carecer de este espíritu es vivir muriendo, sin dar frutos dignos de cristianos. En cambio, poseer esta noble cualidad del alma significa hacer el bien y gozar de la vida.

Comprensión

Una muchacha estaba terminando su primer día de trabajo como mesera en un restaurante de la gran ciudad. El día había sido caluroso y agotador. Con los pies doloridos y el cuerpo cansado, la muchacha ya casi no tenía fuerzas para seguir llevando las pesadas bandejas. Y mientras atendía a una familia con varios niños que cambiaban a cada momento de parecer acerca de qué postre iban a pedir, la muchacha estaba a punto de estallar.

Pero en ese momento, el padre de la familia le dijo bondadosamente: “Señorita, le agradecemos su paciencia y la buena atención que nos está brindando”. Y esas pocas palabras, dichas con una sonrisa, tuvieron la virtud de cambiar el

ánimo de la empleada, al punto de que ella, misma dijo más tarde: “La palabra de comprensión y la sonrisa de ese señor hicieron desaparecer todo mi cansancio”.

He aquí el poder mágico de una buena palabra dicha en el momento oportuno a un corazón necesitado. ¿Solemos estar conscientes de este gran valor que tiene la palabra sana y afectuosa? Por lo general, somos tan irreflexivos que dejamos que la lengua se mueva sin criterio alguno, y a veces sin que contenga uná sola idea sensata y edificante. Por eso se aconseja con razón: “Antes de poner la lengua en movimiento, ponga el cerebro en funcionamiento”. Es realmente imposible que nuestras palabras comuniquen bondad a otros, si no están gobernadas por una mente saturada de bondad. Porque ¿qué son las palabras sino la expresión de nuestros pensamientos?

Casi cada día nos encontramos con alguna persona preocupada, abatida, cansada, enferma o necesitada de simpatía. Y a esa persona, conocida o extraña, cuánto bien podríamos hacerle con decirle apenas unas pocas palabras de aliento y comprensión. No un discurso, ni mucho menos un reproche, sino una simple expresión de sensibilidad humana que ofrezca un rayo de afecto y de amistad.

Quizás esa persona necesitada sea nuestra propia madre, nuestro padre, nuestra esposa, alguno de nuestros hijos, o tal vez un vecino o uno de nuestros compañeros de trabajo. Pero, sea quien fuere, ¿vamos a quedar callados, cuando dos palabras de ánimo y de cariño podrían hacer tanto bien? Imitando al cliente de nuestro relato, sintamos en este día la inmensa alegría de pronunciar palabras que sean medicina para el alma de nuestro prójimo.

Cortesía

Cierta personalidad de relieve continental, un día, subió a un transporte público y quedó extrañado de la exquisita cortesía que demostró tener el conductor del vehículo al venderle el boleto. Y su asombro fue todavía mayor cuando vio que todos los pasajeros se comportaban de la misma manera. Por fin, queriendo conocer el motivo que lo impulsaba a ser tan atento, se dirigió al hombre y le dijo: "Dispense mi curiosidad, pero me gustaría saber la causa por la cual usted emplea maneras tan gentiles con el público". Y el conductor le contestó: "Pues, verá usted hace unos cinco años leí en un periódico que alguien había legado una fortuna a un extraño, por el único hecho de ser cortés. Desde entonces comencé a tratar a los pasajeros de la mejor manera posible. Y lo curioso es que ello me produce ahora tanta satisfacción que ya no me importa heredar o no una fortuna".

La gracia de la cortesía es tan rara en nuestros días que pocos son los que están experimentando en carne propia la gran satisfacción que produce cuando se la cultiva desinteresadamente. Muchos olvidan cuánto distingue a una persona la posesión de esta virtud. Aun entre los que hablan de amor y de bondad, esta fina cualidad del espíritu está escaseando más y más.

La cortesía no es simplemente cultivar buenos modales o respetar las reglas de urbanidad. En este terreno alguien podría pasar por un verdadero caballero, pero interiormente seguir careciendo de la sincera consideración hacia los demás. Porque eso es cortesía: tener una consideración tan auténtica hacia todos que fluya espontáneamente, no importa dónde o con quién estemos. Es cortesía ayudar a un ciego a cruzar una calle, o

llevarle un bolso a una débil anciana. Será cortesía ser amable con la dama primorosa que nos presente un amigo, pero será una cortesía aún más valiosa la que tengamos con nuestra esposa, con nuestra madre o nuestra hermana dentro del hogar.

La cortesía ayuda a vivir. Es añadirle un poco de poesía a la vida. Es revelar que todavía conservamos la disposición de agradecer y hacer felices a los demás. Es un fruto delicioso de aquel que lleva la esencia pura del cristianismo en su corazón.

La maravilla del perdón

Nadie podría negar que vivimos en un mundo encendido por el odio. Odio entre las naciones, odio entre las razas, odio entre los hombres de distinta posición. Y mientras la humanidad suspira por la paz y la concordia entre los pueblos, se siguen fomentando los sentimientos fraticidas, y se siguen utilizando la guerra y la violencia para dirimir las diferencias humanas.

El espíritu de amor y de perdón escasea entre los hombres. Nos seguimos valiendo de la implacable ley del talión, del "ojo por ojo, y diente por diente", y olvidamos la ley del amor que nos ordena amar aun a nuestros enemigos, tal como lo ejemplifica el siguiente caso verídico.

Era una señorita ante cuyos ojos un enemigo político había dado muerte al hermano de ella. Tiempo más tarde, mientras la joven trabajaba como enfermera en un hospital, reconoció en uno de sus pacientes al asesino de su hermano. El hombre estaba muy enfermo, entre la vida y la muerte. Del cuidado

de ella dependía su vida. Pero en lugar de vengarse, decidió perdonarlo. Luchó por salvarle la vida, y lo consiguió.

Cuando el hombre supo quién había sido su enfermera, la miró lleno de asombro, y le preguntó: “¿Y por qué no me dejó morir?” Y la dama, simplemente, le respondió: “Señor, yo soy cristiana, y mi Maestro perdonó a sus enemigos que lo crucificaron. Yo debo hacer lo mismo por amor a él”. Entonces el hombre, entrecortado por la emoción, alcanzó a decir: “Si eso es lo que significa ser cristiano, yo también quisiera serlo”.

Se requiere más valor y fuerza espiritual para perdonar que para expresar la venganza con que muchos pretenden hacer justicia. La sublime doctrina de Cristo nos enseña a dejar que Dios juzgue a los hombres, en lugar de que ellos sean objeto de la venganza humana.

El odio, el rencor y la sed de represalia no pueden tener cabida en el corazón de quien se considere cristiano.

Con razón Jesús nos exhorta a ser perdonadores y compasivos con todo aquel que nos haya agraviado y ofendido en cualquier forma. Este proceder no solo garantiza nuestra paz interior, sino además nos da la alegría de expresar nuestro amor fraterno aun a aquel que no lo merece.

La Regla de Oro

En una esquina céntrica de la ciudad había un vendedor de diarios, especialmente conocido por su manera grosera de tratar a su clientela. Sin embargo, uno de sus clientes trataba al diariero con manifiesta cortesía, al punto de que una vez le

preguntaron por qué era tan amable con un hombre tan anti-social. Y el respetable cliente contestó: “¿Y por qué habría de permitir que su grosería me contagiara también a mí?” ¡Qué concepto tan acertado de la vida y de las relaciones humanas!

Cuán a menudo solemos pensar que lo correcto es obrar con los demás como ellos obran con nosotros. Y así, en lugar de decidir nosotros mismos cómo vamos a comportarnos en la vida, son los demás los que determinan nuestras actitudes y reacciones. Pero ¿es esta una manera sensata de vivir y de convivir? Si el otro no procede correctamente, y nos disgusta su proceder, ¿por qué vamos a ser tan torpes como él? Una maldad no se anula con otra maldad. Al contrario, se magnifica sin provecho para nadie, y para perjuicio directo de quien la comete.

La ley del egoísmo nos dice que debemos pagar a los demás con la misma maldad con que ellos nos tratan. Pero la conocida “Regla de Oro” nos dice que todo lo que queremos que los demás hagan con nosotros, eso mismo debemos hacer con ellos. ¡Cuán distinto un concepto del otro! Como la noche y el día. Quien rija su vida por la triste ley del egoísmo, jamás será mejor que los demás. Su conducta será apenas un reflejo del mal circundante. Y solo le hará un bien a aquel de quien lo haya recibido primero. Pero semejante proceder, ¿qué clase de alegría, de paz y de prosperidad podría ofrecer?

Veamos ahora la ley del amor, o “Regla de Oro”, enseñada por Jesucristo como la norma más noble y elevada para tratar a los demás. Sus pocas palabras contrastan con la amplitud espiritual de su significado. Se trata de una regla que nos impulsa a ser con los demás como quisiéramos que ellos fuesen con nosotros. ¿Nos agrada que nuestros semejantes sean amables, sinceros, respetuosos y serviciales con nosotros? Pues, eso

mismo debemos ser nosotros con ellos, pero sin esperar que ellos den el primer paso.

Del cristiano, que procura imitar a su Maestro, siempre se espera lo mejor. Ha de amar aunque no lo amen; ha de ser cortés aun con los descorteses; ha de sonreírle aun a aquellos que no le sonrían. Y esta conducta, aunque parezca demasiado generosa, es la única que puede asegurar felicidad y bendiciones a quien la practique.

La segunda milla

Una de las declaraciones cristianas que ha despertado más interrogantes y comentarios es la que dice: "A cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, vé con él dos" (S. Mateo 5:41). O estas palabras son una insensatez, o encierran profunda sabiduría. Cuando el Maestro las pronunció, los judíos, sojuzgados por el poder romano, estaban obligados a llevar por una milla la carga de un soldado romano, si este lo pedía. Y Jesús tomó este hecho, conocido y amargo para todos sus oyentes, para indicar la excelencia de aquel que es capaz de hacer algo más que lo que marca su obligación. La virtud del hombre —quiso decir el gran Maestro— está en aquel que no se limita a hacer lo mínimo que se le exige en la vida. Este principio, tan elevado y hasta casi imposible de cumplir, es sin embargo, la clave de la prosperidad de cualquier persona.

Cierta vez se quiso investigar hasta qué medida los vendedores de tienda ponían en práctica este principio de la llamada "segunda milla". Varios comercios fueron visitados por un supuesto cliente, quien contaba que había perdido todo su equipaje en

un viaje aéreo, y añadía: "No tengo más que lo puesto. Quisiera comprar una camisa". Y, por extraño que parezca, en general los vendedores se limitaron a vender la camisa. Solo en la quinta tienda el vendedor se esforzó por venderle al cliente algo más que una camisa, en vista de que había perdido todo su equipaje. Los otros vendedores cumplieron con su obligación, recorrieron una milla, vendieron la sola camisa que se les pidió. Y allí terminó su labor, cuando estaban delante de un cliente que necesitaba toda clase de ropa.

¿Comprendemos el valor de practicar lo que Jesús llamó la "segunda milla"? No hay mayor mérito en cumplir exclusivamente con nuestro deber. Eso se da por sentado que debe hacerse, sencillamente porque es nuestra obligación. Lo que Jesús quiso inculcar fue la nobleza de aquel que sabe colocarse por encima de lo obligatorio, y hace con amor algo adicional en favor de su prójimo, no importa que este sea su enemigo, como ocurría con el soldado romano con respecto al hombre judío.

Por cierto, no es fácil hacer algo más de lo que se nos pide. Pero precisamente allí está la virtud del cristiano, que no mide su servicio por el cumplimiento frío del deber, sino que siempre procura hacer un poco más. Hay muchas tareas que no son obligatorias, pero que tampoco podemos pasar por alto, si queremos mantener el espíritu de buenos cristianos. Un saludo cordial, una palabra de aliento, un gesto de perdón, una ayuda espontánea, un obsequio de amor, son todos actos adicionales a lo que fríamente nos indica nuestra obligación. Sin embargo, cuánto mejora la vida realizando estos actos.

Para cumplir nuestro deber basta con que seamos responsables. Pero para realizar ese poco más solicitado por el Maestro se requiere un espíritu superior, un amor sin mezquindad

alguna. Se necesita vivir en unión espiritual con el propio Autor de esas sublimes palabras.

La retribución del amor

El antiguo historiador Apiano, en el tomo 5° de su obra *Maravillas de Egipto*, describe un asombroso incidente que presencié personalmente en la ciudad de Roma, en los días de Julio César. En el inmenso circo donde se estaba exhibiendo ante el pueblo una batalla con fieras, fue traído el esclavo de un amo cruel del norte de Africa. El esclavo se llamaba Androcles. Y dice Apiano que cuando el león lo vio a la distancia, se detuvo como petrificado. Luego se fue aproximando lentamente hacia el hombre y empezó a lamerle las manos y los pies. Ante tan inusitada demostración de afecto, Androcles recuperó su valor y observó con detenimiento al animal.

Julio César, maravillado por la escena que veían sus ojos, mandó a llamar al esclavo y le preguntó la razón de tal incidente. Entonces Androcles relató una extraña y cautivante historia. Dijo que, después de haber huido de su amo cruel, se escondió en una cueva del desierto. Un león entró allí, cojeando y sangrando de una pata. Por sus gemidos, se notaba que la herida le dolía intensamente. Al principio Androcles tuvo miedo. Pero el león le extendió la pata, y el esclavo pudo ver en ella una enorme espina clavada en la planta. Androcles se la sacó y le vendó la pata lo mejor que pudo. Luego, el león se acostó y durmió tranquilamente. Y ahora, varios años más tarde, el león y el esclavo se encontraban dentro del circo en ese día memorable.

Androcles era tratado por el león con la misma bondad con que él había curado a la fiera.

Se cumplía, así la milenaria palabra de Jesús: "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia" (S. Mateo 5:7). Si estas palabras se cumplieron en el trato entre un hombre y un animal, ¿no han de cumplirse con mayor razón en las relaciones que establezcamos con nuestro prójimo? ¡Cuántas veces olvidamos esta norma de las relaciones humanas, y deseamos recibir un trato y un aprecio que nosotros mismos no estamos dispuestos a brindar! ¿No hemos de aprender a dar, antes de esperar recibir? E incluso dar no solo a aquel de quien esperamos recibir, porque, como enseña el divino Maestro, "si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores hacen lo mismo" (S. Lucas 6:32, 33).

¿Comprendemos la lección? No hay mayor virtud en dar o amar a una persona que sabemos que nos retribuirá de la misma manera. Eso es simplemente un trueque, y lo hace cualquiera. Pero del cristiano se pide que ame aun al enemigo. Elevado ideal que Dios coloca delante de nosotros, recordándonos, a la vez, que tarde o temprano la gente nos devolverá según lo que le demos.

Señor

Señor,
haz de mí
un instrumento de tu paz.

Allí
donde haya odio, ponga yo amor.
Donde haya ofensa, ponga yo perdón.
Donde haya discordia, ponga yo unión.
Donde haya duda, ponga yo fe.
Donde haya desesperación,
ponga yo esperanza.
Donde haya tinieblas, ponga yo luz.
Donde haya tristeza, ponga yo alegría.

Oh, Maestro,
que yo no busque tanto
ser consolado como consolar,
ser comprendido como comprender,
ser amado como amar.
Porque:
es dando como se recibe,
es olvidándose como se encuentra,
es perdonando como se es perdonado,
es muriendo como se resucita a la vida eterna.

San Francisco de Asís

Nuestro prójimo

Por un camino del sur de Palestina viajaba un hombre que, en un paraje peligroso, fue asaltado por ladrones y despojado de todo su dinero. Además, fue tan golpeado que quedó tendido, medio muerto. Al poco tiempo pasó por el lugar un clérigo, y este observó al hombre, pero siguió su camino. Más tarde, pasó por allí mismo otro religioso quien, acercándose, contempló al hombre golpeado y abandonado, pero aun así siguió tranquilamente su camino.

En tercer lugar, acertó a pasar un samaritano, alguien que por la tradición de su pueblo debería haberse mostrado indiferente hacia el hombre robado, que era de nacionalidad judía. Sin embargo, tuvo compasión de él, se detuvo a su lado, comenzó a curar sus heridas y luego lo llevó a una posada cercana, para que pudiera restablecerse por completo. Allí permaneció hasta el otro día junto al doliente, y todavía, antes de irse, pagó los gastos del pobre hombre que había quedado sin dinero.

Esta historia, tan sencilla y humana a la vez, narrada por Jesús hace veinte siglos, ilustra el contraste que hasta hoy sigue existiendo entre la frialdad por parte de unos, y el amor al prójimo por parte de otros. Cuántos, al igual que los dos primeros viajeros del relato, cierran los ojos a las necesidades de sus semejantes, y se preguntan, como el antiguo Caín: "¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?" Es decir: "¿Qué tengo que ver yo con el que ha caído en desgracia? Que cada uno se arregle por su cuenta".

Esto es lo que se comprobó tiempo atrás en Francia, donde, para estudiar la disposición de los automovilistas de ayudar a

los accidentados, se colocó en una de las carreteras un muñeco que parecía ser un hombre atropellado. El experimento fue altamente revelador: 35 automovilistas pasaron por el lugar y se desviaron para no complicarse con aquel presunto hombre accidentado. Tan solo el conductor del auto n° 36 se detuvo para ofrecer su ayuda humanitaria.

Cuán grande es la necesidad actual de hombres y mujeres que, a semejanza del buen samaritano del antiguo relato, sepan comprender sus deberes elementales hacia su prójimo desvalido. San Pablo declara que “ninguno de nosotros vive para sí”, indicando con ello que la vida normal del hombre exige brindarse con amor hacia el alma necesitada. La actitud del buen samaritano resulta ser no solo un ejemplo noble, sino también un fuerte reproche para todos los que, enfrascados en la pequeñez de su propio mundo, siguen su camino sin mostrar una mínima dosis de afecto fraterno.

Al examinarnos a la luz de la historia narrada, ¿cómo nos sentimos? ¿Reprochados o aprobados en nuestros actos? La vida que proporciona gozo, que Dios aprueba y que el mundo necesita ver, es la vida motivada por el amor fraternal. ¿No le parece?

Vencerá

Siempre han sido significativas las últimas palabras pronunciadas por algún gran personaje. Dan la impresión de contener un mensaje de mayor trascendencia que todas las otras palabras pronunciadas a lo largo de la vida. Por eso, cuántas veces queda grabada en el bronce la declaración pos-

trera de un gran héroe, un famoso estadista o un maestro iluminado.

He aquí las últimas palabras pronunciadas por un varón a quien la humanidad le debe perdurable admiración y gratitud: Alberto Schweitzer. Dijo, en su lecho de agonía: “Estoy plenamente convencido de que la verdad, la tolerancia, el amor, la afabilidad y la bondad son las fuerzas que están por encima de todas las otras. De ellas será el mundo cuando existan suficientes seres humanos para quienes estos valores no solo sean ideas sino algo en que la humanidad crea y viva”.

Qué hermoso es comprobar que mientras otros, en la hora de su muerte, han destilado amargura o pesimismo, este moderno apóstol, movido por la fuerza de un ideal cristiano, haya expresado con su último aliento su confianza en el amor y en la bondad como las fuerzas supremas del hombre. La razón por la que pudo hablar así cuando murió es porque eso mismo practicó mientras vivió. La vida de Schweitzer fue un reto para la humanidad de estos días, que busca, empecinada, la utilización de fuerzas técnicas, políticas y económicas, y deja de lado la verdadera potencia que puede hallarse en los nobles sentimientos humanos.

Como la obra de este recordado benefactor iluminó la faz del mundo —aunque él se enterró en el corazón del África—, así también puede iluminar todo aquel que revele abnegación y cordialidad en sus acciones. La dimensión de un hombre no se mide por su capacidad de ganar y acumular, sino por su disposición de dar y de servir. ¿Cuáles son los personajes de la historia que más admiramos? ¿No son acaso aquellos que más han dado y que menos han pedido?

Digno ejemplo el de Schweitzer, para que procuremos anteponernos al egoísmo humano y, con el corazón ensanchado

de amor, seamos tolerantes, afables, desprendidos y bondadosos. Con esta actitud, además de ser una bendición para nuestros semejantes, conoceremos el auténtico gozo de la vida. Y lo que es más, estaremos imitando al Dechado perfecto de la humanidad, quien nos enseñó: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (S. Mateo 22:39).

Se salvó a sí mismo

Dos viajeros avanzaban en una tarde tormentosa por un peligroso desfiladero. La tormenta era cada vez más intensa, mientras las sombras de la noche iban cubriendo el sendero. En aquella tarde invernal, y sobre un camino cubierto de hielo y de nieve, la tempestad era una verdadera amenaza de muerte. Los dos hombres trataron de apresurarse al máximo, con la esperanza de llegar cuanto antes a un monasterio no muy distante. Pero, mientras el viento helado iba desgarrando sus ropas, oyeron que a la distancia un hombre gritaba pidiendo auxilio.

Uno de ellos decidió seguir viaje, sin prestar atención al clamor del necesitado. Pero el otro, un joven fuerte y valiente, se dijo: "Ese pobre hombre es mi hermano; debo ayudarlo". De modo que salió del camino y, descendiendo una ladera escarpada, resbalándose y aferrándose a los arbustos, llegó por fin hasta donde estaba el hombre en desgracia.

La noche ya había descendido con toda su oscuridad. El viento y la nieve hacían casi imposible avanzar un solo paso. Pero el muchacho, usando las últimas fuerzas de su cuerpo, comenzó a arrastrar cuesta arriba a su prójimo desdichado.

Y tras desesperado esfuerzo llegaron al camino, donde el joven cargó sobre sus espaldas al moribundo. Trabajosamente, y casi exhausto, el valeroso muchacho fue llevando aquella carga humana.

Pero antes de mucho tropezó con un bulto en medio del camino, y cayó sobre él. Cuando reaccionó del golpe, el joven descubrió que aquel bulto no era otra cosa que el cuerpo sin vida de su anterior compañero, quien había seguido solo por su camino, sin atender a la víctima necesitada. Entonces el heroico muchacho se dio cuenta de que él mismo se había librado de la muerte por congelamiento, gracias a su esfuerzo por salvar al hombre caído. Y lo más hermoso es que por fin ambos pudieron llegar al monasterio, y a los pocos días recuperaron su salud.

El joven de esta historia era cristiano, y como tal no pudo menos que comportarse como el buen samaritano de la antigüedad. Usted y yo, que nos llamamos cristianos, ¿seríamos capaces de actuar como él frente a un caso similar de necesidad? Su compañero egoísta, que no quiso prestar ayuda, murió congelado en el camino. En cambio él, como joven cristiano que recordó su deber hacia su prójimo, por socorrer al desvalido también se salvó a sí mismo.

¿No cree usted que necesitamos cultivar más esta clase de espíritu? Menos frialdad y apatía. ¡Más sensibilidad humana, más calor fraterno y más bondad en el corazón!

El poder del afecto

Dos científicos acaban de informar que han podido aumentar el desarrollo del cerebro de ratones mediante cantos y caricias. En el estudio realizado se dejaron ratones sin acariciar, mientras que a otro grupo de ellos se los trató con abundancia de afecto. Estos últimos revelaron tener un desarrollo cerebral mucho mayor que los otros.

Uno de los dos científicos señala que dicha investigación demuestra cómo las primeras experiencias de la vida animal determinan las capacidades de la vida adulta. Y, a juicio, de ambos investigadores, esto es cierto también en la vida del ser humano. El niño rodeado de cariño en el seno de la familia tiende a desarrollar mejor sus capacidades mentales.

Este descubrimiento subraya la importancia del amor en los diversos niveles y etapas de la vida, sobre todo durante la niñez. Hoy, cuando la tecnología moderna pretende desarrollar al hombre solo mediante el conocimiento, para convertirlo en una buena máquina de trabajo, el sabio cultivo de los sentimientos sigue siendo factor de primer orden en la debida formación de un individuo. Es que la mente humana no es un frío archivo de información, ni tampoco una computadora que funciona oprimiendo botones.

El cerebro puramente intelectual o racional, por más instrucción que haya recibido, no puede funcionar bien. Todos necesitamos *recibir* y *dar* una cuota mínima de afecto, sin la cual la razón enferma y se trastorna. La mente es una unidad, y es imposible que un hombre goce de una vida normal mientras descuide su desarrollo emocional.

El estudio de los dos investigadores no hace más que señalar la necesidad de atender las demandas del corazón. Y aunque esto es especialmente cierto en los días de la infancia, para asegurar el buen crecimiento del niño, también es norma para la conducta de los adultos. Cuánto más dichosos y completos nos sentimos, cuánto mayor estímulo para la lucha diaria, cuando sabemos que podemos contar con el afecto de nuestro hermano.

Toda persona que vive a nuestro lado, en el fondo lo que busca es afecto. Esta es la gran sed universal del hombre.

Un gesto de simpatía

Calvin Coolidge, político estadounidense, tenía grandes capacidades para llegar a ser presidente de su país. Sin embargo, en una reunión donde se consideró el tema, la mayoría rechazó el nombre de Coolidge por considerarlo demasiado apagado. Uno de los presentes dijo: "A nadie le agradaría un hombre tal como presidente".

Pero en ese instante se oyó la voz de un niña, quien dijo: "A mí sí me gustaría como presidente. Porque él fue el único que me preguntó por mi dedo lastimado". Quien así se expresó era la hija de uno de los pocos admiradores que tenía Coolidge en esa reunión. Y tras la ocurrente salida de la niña, el padre tomó la palabra para elogiar la bondad y la sensibilidad humana del discutido candidato. Resultado: Coolidge fue presidente de su país de 1923 a 1928.

Habrá sido parco y poco expresivo, pero el sincero interés que Coolidge manifestó por el dedo lastimado de la niña reveló su capacidad para interesarse en los problemas de los demás. Y esa cualidad, tan importante en cualquier hombre público, lo llevó a la primera magistratura de la nación.

En realidad, en todos los órdenes de la vida esta característica reviste primordial importancia. Si se trata del trabajo, un patrón puede alentar el ánimo y la producción de cualquiera de sus obreros, simplemente con interesarse en sus problemas. El maestro puede lograr resultados semejantes, si es capaz de simpatizar con las dificultades de sus alumnos. ¿Y qué menos podríamos decir acerca del hogar? Cuando los padres se interesen en las inquietudes y los problemas de sus hijos, estos progresan y se asegura su buena formación. Y si a su vez los hijos saben simpatizar con las cargas y los desvelos de sus padres, la vida familiar resultará mucho más grata para todos.

El ex presidente estadounidense ganó las elecciones porque poseía esta importante y poco común cualidad de la simpatía humana. Y en la rutina de la vida cotidiana, cuánto más éxito podríamos obtener en nuestras respectivas actividades si supiéramos cultivar esta virtud. Este mismo tierno interés es la actitud con que Dios nos trata y dirige cada día. Él siempre vela por nuestro bien. Y así como su corazón goza con nuestras alegrías, se conduele de nuestras lágrimas y nuestros infortunios. Pero además nos tiende su poderosa mano de ayuda, para hacer más grata nuestra vida. Y como nuestro divino Consejero, nos dice: "Haz tú lo mismo".

4

Con una mente madura y equilibrada

‘Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad’ (San Pablo).

Dijo Juan Ruskin: "Cuando un hombre está completamente envuelto en sí mismo, el resultado es un paquete muy pequeño". Estas pocas palabras describen adecuadamente la pequeñez del alma egoísta, que vive encerrada en sí misma, con absoluta indiferencia hacia quienes la rodean. Y esta cualidad, tan común, de envolverse en uno mismo, ¿no es la peor de las maldiciones? Del egoísmo brotan todos los males que existen en el hombre y en la tierra. Pensemos en cualquier maldad o perversión, no importa cómo se llame ni cómo se la disimule, y en el fondo de ella encontra-

remos la verdadera causa que la ha engendrado: la simiente negra de un corazón egoísta.

Y esta enfermiza exaltación del yo se vuelve tan dominante con el tiempo que, por fin, el alma queda sometida y adormecida, incapaz de amar o de hacer alguna cosa en favor de otros. Y, no pocas veces, ese mismo ego, tan mimado y desarrollado, termina matando la alegría de vivir; mata la virtud de la simpatía humana, mata la misma finalidad de la vida. Con razón dijo Platón: “La primera y más noble victoria de un hombre consiste en vencer su propio yo”.

¡Cuán pocos triunfadores de esta clase existen en el mundo! Por eso, así anda nuestra humanidad: enferma y desquiciada, azotada por la violencia y la corrupción. ¿Es de extrañar, entonces, que Jesucristo haya invitado a quienes quisieran seguirlo a que se negaran a sí mismos? No podría ser de otro modo. Porque ¿quién podría considerarse auténtico seguidor de Cristo si no se despoja de su egoísmo y de sus intereses mezquinos? En realidad, el egoísmo nos vuelve tan pequeños y se vive tan encerrado en sí mismo, que no tiene lugar en su corazón para nada que no sean sus propios intereses. ¿Qué podría esperarse de una persona tal, tan hermética, que no da nada, y de alma tan pequeña que ni siquiera tiene un mínimo lugar para Dios?

Si usted desea ser miserable, piense exclusivamente en usted mismo. Hable acerca de usted mismo. Use la palabra “Yo” toda vez que pueda. Preocúpese siempre de la opinión que otros tengan de usted. Pretenda ser apreciado. Procure obtener ventaja para usted mismo de cada situación. Soslaye sus deberes en la medida de lo posible. Sobre todo, ámese a usted mismo. Esta receta no falla jamás. Quien la siga fielmente, terminará siendo un perfecto egoísta.

Como el venero

Recibe el don del Cielo, y nunca pidas nada a los hombres, pero da si puedes; da sonriendo y con amor; no midas jamás la magnitud de tus mercedes. Nada te debe aquel a quien le diste; por eso, tú, su gratitud esquivada. Él fue quien te hizo bien, ya que pudiste ejercer la mejor prerrogativa que es el dar, y que a pocos Dios depara. Da, pues, como el venero cristalino, que siempre brinda más, del agua clara, que le pide el sediento peregrino.

Amado Nervo

La necesidad de la envidia

De los defectos de carácter, tal vez sea la envidia el que más robe la felicidad del hombre. Lo separa de sus hermanos y amigos; le crea amargura; conduce a la crítica y a la difamación. Es una enfermedad espiritual que mancilla el alma y envilece la dignidad humana. Con propiedad es llamada “carcoma de los huesos”, según la expresión del sabio Salomón.

Tan deplorable es el sentimiento del envidioso, que estaría satisfecho si pudiera ver fracasar a los demás. Le molestan a tal grado los triunfos ajenos, que si él mismo no es capaz de lograrlos comienza a echar sombras sobre quienes los han al-

canzado. Y con esto no pretende otra cosa que desmerecer al prójimo y aparecer él como el más virtuoso.

¿Cuáles son los resultados de semejante sentimiento? La propia ruina de aquel que lo acaricia. Así lo ilustra la actitud de un atleta de la antigua Grecia, quien se sintió muy molesto por la estatua que se había construido en honor de un celebrado campeón de los juegos olímpicos. Y tan fuerte llegó a ser la envidia que sintió hacia su rival, que todas las noches intentaba destruir el monumento. Finalmente, después de repetidos esfuerzos consiguió mover la estatua, pero con tan mala suerte que cayó sobre él y lo mató. Así es de suicida la acción de la envidia sobre el alma.

Y este es un defecto tan irresistible entre los humanos que, a veces, donde ningún otro mal quiebra la virtud vence la envidia. Es lo que le sucedió a un joven empleado, a quien sus compañeros admiraban por su corrección y su bondad. Más de una vez habían tratado de apartarlo de su limpio proceder. Pero el muchacho se mostraba cada vez más firme y virtuoso. Sin embargo, cierto día supo que a un compañero de oficina lo habían ascendido, y entonces. . . entonces cayó. La envidia lo amargó, mudó su rostro y le robó la virtud. Y cuántas veces en el diario vivir, se repiten cuadros como este, sin que proporcionen ventaja para nadie.

¡A qué extremos puede llevar la envidia! Caín mató a Abel por envidia. El rey Saúl persiguió hasta la muerte a David por envidia. Y en la crónica diaria, cuántos casos se refieren a crímenes motivados por la misma razón. Pero esto no es todo. Cuántos viven sin paz, distanciados de sus propios amigos y parientes, llenos de rencor y de amargura, tan solo porque el otro ha ido un poco más adelante o llegado un poco más arriba.

La envidia no tiene razón de ser, porque si vamos a incomodarnos por cierta superioridad que encontremos en los demás, tendríamos que envidiar a todos, puesto que en algún aspecto todos son superiores a nosotros, así como nosotros a ellos. Aquí está el antídoto de la envidia: el amor. Las Sagradas Escrituras declaran: **“El amor no tiene envidia”** (1 Corintios 13:4). En un corazón cargado de amor hacia Dios y el prójimo, no tiene cabida ningún mal sentimiento. El amor genuino se goza en el bien y en la prosperidad de otros, pondera las virtudes ajenas y no se deleita manchando la buena reputación de terceros.

La derrota de la amargura

Para amargarse la existencia:

1. Olvídense de las cosas buenas de la vida, y concéntrese en las malas. Solo vea lo negativo y deprimente que lo rodea. Hable únicamente de tales cosas.
2. Dele valor excesivo al dinero. Afánese por ganar más y más, y piense que solo con dinero podrá ser feliz.
3. Créase indispensable. Piense que nadie podría igualarse a usted. Asígnele suprema importancia a su persona.
4. Convéngase de que está muy recargado de trabajo y que la gente no lo comprende, y que por eso se abusan de usted. Esto lo amargará de veras.
5. Piense que usted es una persona fuera de serie, y que por esa razón tiene derecho a privilegios especiales.

6. No preste atención a los sentimientos y a los derechos de los demás, porque usted está por encima de ellos. Los demás deben tratarlo bien, pero usted puede tratarlos de cualquier manera.
7. Recuerde con especial memoria y rencor todos los desaires que reciba de los demás, y procure devolver mal por mal. Con semejante sentido de "justicia", verá que la amargura comenzará a brotar en su corazón.
8. Ante cualquier contrariedad que deba soportar, tenga lástima de usted mismo y siéntase víctima de la vida. Piense que los demás son más afortunados que usted, sin tener méritos para ello.
9. Cultive el pesimismo, y siempre vea el lado trágico de las cosas. Jamás aliente grandes esperanzas para nada.
10. No se le ocurra cultivar la fe en Dios. Prefiera ser incrédulo y desconfiado. Entonces sí usted será un perfecto amargado.

¿Qué le parece esta receta de la amargura? Lo único que tiene de recomendable es que haciendo lo contrario podemos alcanzar la felicidad. El orgullo, el egoísmo, el materialismo, el pesimismo y la incredulidad que aconsejan los diez puntos citados, ciertamente dan sabor amargo a la vida. Pero cultívese el espíritu a la luz de la fe genuina en Dios, y lo amargo dará paso a la dulce experiencia de la alegría.

Dice la divina Palabra: "Mirad. . . que brotando alguna raíz de amargura, *os estorbe*, y por ella muchos sean contaminados" (Hebreos 12:15). El que ha gustado el gozo de la fe y ha experimentado la transformación de su personalidad por la gracia divina, no puede abrigar sentimientos que anulen su felicidad ni la de otros.

El optimismo

Cierto día dos ranas cayeron al mismo tiempo en dos diferentes cántaros de leche. Una de ellas comenzó a sentirse sofocada, y se dijo a sí misma: "Yo no puedo respirar aquí, y tampoco puedo salir porque las paredes son muy altas. Voy a morir". Y efectivamente, murió. La otra rana también tenía dificultad para respirar, pero con toda decisión comenzó a moverse y agitarse hasta que la leche se convirtió en manteca. Entonces, sentándose sobre esa base firme, pudo respirar bien y, momentos más tarde, de un salto se libró de su prisión.

La fábula tiene su moraleja. ¿No caemos nosotros también con frecuencia en situaciones de estrechez y de angustia? Y en tal caso la reacción humana suele ser como la de las ranas. O nos dejamos estar, dándonos por vencidos, o hacemos algo por salir del pozo donde nos encontramos. Por la forma habitual de reaccionar frente a los problemas, ¿a cuál de las dos ranas nos parecemos?

A muchos les acontece como a la rana pesimista que, sin ánimo de lucha, se dejó aplastar y morir. ¿No hemos visto a personas que, frente al primer problema que se les presenta, lo ven todo negro y ya se preparan para fracasar? ¿No conoce usted a gente que después de un primer traspie ya se sienten fracasados por el resto de su vida? ¿O no ha visitado a algún enfermo que, creyéndose víctima de una enfermedad incurable, renuncia a la vida y dice: "Déjenme morir"?

Todas estas, y muchas otras parecidas, son formas de abandonar la lucha o de salir perdedores en ella. En cambio, el que no se deja aplastar, el que aun sin ver claro el horizonte hace algo por lo menos para salir a flote, este tiene mejores posibi-

lidades de ganar. Su mismo ánimo, su constancia, su valor y su fe lo ayudan a sobreponerse a cualquier contrariedad, no importa de qué índole sea.

Es así precisamente como actúa el cristiano, porque recuerda que para toda necesidad puede encontrar en Dios una ayuda poderosa. Y así se vuelve algo cierto aquello de que "Dios escribe derecho sobre líneas torcidas". Sí, el Altísimo puede tornar derecho el camino torcido, iluminarlo si está oscuro y allanarlo si está lleno de obstáculos. Él sabe realmente escribir derecho, si tan solo permitimos que en medio de nuestro transitar zigzagante él enderece nuestro espíritu y aumente nuestra fe. Dependiendo de él e invocando su dirección, quizá nuestra vida no se verá libre de problemas, pero sí encontraremos en cada problema la solución oportuna para triunfar. Tal es la ayuda que podemos recibir diariamente de lo Alto.

Libres de preocupaciones

Las preocupaciones son como las sombras: al mediodía son pequeñas, pero cuando comienza a bajar el sol se vuelven cada vez más grandes.

Para todos los que hayan sentido alguna vez la ansiedad destructiva de la preocupación, quizá sea útil traer a la memoria el estudio que realizó cierto hombre a quien sus preocupaciones le robaban demasiado tiempo. Su estudio consistió en anotar todas las cosas por las cuales se preocupaba. Y después de un tiempo, una vez clasificadas sus anotaciones, llegó a la siguiente conclusión: que el 40% de lo que lo había afligido nunca llegó a ocurrir; el 30% podría haber cambiado sin ne-

cesidad de preocuparse; un 10% habían sido preocupaciones de menor importancia; un 12%, preocupaciones inútiles acerca de su salud; y solo el 8% restante habían sido preocupaciones realmente justificadas.

Tal vez nunca se nos había ocurrido hacer un análisis semejante con nuestras preocupaciones. Pero si lo hiciéramos con toda minuciosidad, ¿no le parece que llegaríamos a una conclusión muy similar? Cuántas veces creemos que todo se nos vuelve difícil, que no podremos cumplir todas nuestras obligaciones o que las cosas no nos saldrán como queremos, y enfermamos de preocupación. Pero cuando pasa el momento crítico nos damos cuenta del error mental en que habíamos caído. El hombre de nuestro comentario descubrió que de **cien** preocupaciones únicamente **ocho** tenían razón de ser. Las 92 restantes eran una carga inútil que afligían su espíritu y debilitaban su salud.

La vida moderna, con todas sus complicaciones, exige que vivamos serenos y con un gran dominio de nosotros mismos. Exige que nos ocupemos de las cosas cuando llegue el momento, pero no con tanta antelación que vivamos temiendo el día que vendrá. ¿Para qué vivir embarullados, afligidos y ansiosos, cuando con un poco de orden mental y de confianza en Dios podemos gozar mejor de la vida? ¿Confianza en Dios! ¡Eso es lo que nos hace falta!

El Todopoderoso, que nunca descansa, cuyo ojo nunca duerme, cuyas providencias nunca faltan, ¿cómo no nos va a ayudar y dar fuerzas para atender con éxito todos nuestros quehaceres, sean fáciles o difíciles? Por eso, bien decía San Pedro: "Echando toda vuestra ansiedad sobre él [Dios], porque **él tiene cuidado de vosotros**" (1 S. Pedro 5:7). Quizás esta sea una lección difícil de aprender, pero da tan buenos

resultados y es tan elemental en la vida de un cristiano, que por nuestra propia felicidad, ¿no hemos de aprenderla?

El control de las emociones

¿Cómo se siente de los nervios en este momento? ¿Deprimido, excitado, furioso? La vida agitada de nuestros días produce tanto descontrol emocional y tanto desequilibrio nervioso, que resulta necesario conocer el modo de prevenir estos males. De lo contrario, podríamos echar a perder nuestra felicidad y la de nuestros allegados. Como le ocurría a aquella señora, de vida muy ansiosa, que por cualquier contratiempo perdía su tranquilidad y exclamaba: “¡Ando con unos nervios, que ni yo misma me aguanto! ¡No puedo soportar más esta situación!” Y lo que tanto la afligía, a veces, no era más que el ladrido de un perro, o el gesto antipático de su vecina o alguna negligencia intrascendente de su esposo.

La modalidad de esta mujer está lejos de ser un caso aislado. Son muchas las personas —hombres y mujeres por igual— que alteran la paz de su espíritu ante la más mínima incomodidad de la vida. Personas hipersensibles, algunas de las cuales hasta parecerían exhibir como virtud sus desajustes nerviosos, y que afirman que son así a causa de su gran sentido de responsabilidad, o bien porque son un modelo de orden y exactitud. Pero en el fondo se trata de una neurosis perturbadora de las emociones. A cada paso tropezamos con estas personas, que fácilmente gritan, lloran, amenazan, se enfurecen, se ofenden y son víctimas de sus propios nervios fuera de órbita.

A todos nos agrada tener madurez y dominio propio para convivir alegremente con los demás. Y para llegar a este grado de salud emocional se requiere mucho más que fuerza de voluntad. Se necesita, también, buscar la ayuda que proviene de lo Alto. Porque sin Dios la vida se convierte en un péndulo movido de un extremo a otro, sin estabilidad ni equilibrio.

El gran regulador de la conducta humana, que proporciona sensatez al alma, es la fe que nos une al Creador y que nos da fortaleza, autocontrol y buen criterio ante las circunstancias más variadas. ¿Quién puede sentirse feliz si no convive con Dios y depende de él? ¿Quién puede reformarse cada día por dentro si no acude al poder transformador del Omnipotente? ¿Quién puede siquiera vivir de veras, si desecha al Autor de la vida?

El dominio de la mente

El descanso y el esparcimiento constituyen una necesidad. Sin embargo, todo momento de ocio se presta para que la mente divague y albergue pensamientos negativos. ¿Qué debemos hacer, entonces, para que el descanso nos resulte siempre beneficioso?

Cierto día, el antiguo rey David estaba paseándose por la terraza de su palacio. No terna nada que hacer. Era uno de los pocos momentos desocupados de los cuales podía disfrutar a solas. Y mientras se paseaba con la mente en blanco, desde lo alto de la terraza David alcanzó a ver, a la distancia, a una hermosa mujer de nombre Betsabé. Y tan prendado quedó de ella, que la tomó por esposa y mandó matar a su

inocente marido. Un solo momento de imaginación impura bastó para el que el rey, que hasta ese día había sido moralmente íntegro, se echara a perder y llenara de vergüenza su nombre y todo su futuro.

¡Qué días y años amargos debió sufrir David, como consecuencia de su doble pecado de adulterio y homicidio! Tan solo porque una vez, en una hora de ocio, perdió el control de la cabeza y dejó que la pasión carnal lo dominara.

La dolorosa experiencia del rey David se repite hoy multitud de veces en la vida de personas que, con su mente desocupada, dan cabida a cualquier pensamiento inmoral y, como resultado, cometen acciones indebidas. ¡Cuán necesario es el dominio de nuestros pensamientos! Si dejamos que nuestra mente divague sin control alguno, fácilmente surgirán las ideas corrompidas. Y esto es especialmente común cuando la imaginación tiende a volar sin freno y la simiente del mal encuentra en el cerebro terreno propicio donde germinar.

Con razón, tiempo después de su caída, el mismo rey David le rogaba a Dios en uno de sus salmos: "Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno" (Salmo 139:23, 24). Sí, David llegó a comprender que el único modo de no volver a caer era manteniendo puro su pensamiento, y que para ello debía solicitar la ayuda de Dios. ¿No es esta también la manera en que debemos proceder nosotros?

Si Dios no dirige nuestra mente, tarde o temprano se descompone nuestra moral. Pero cuando el poder divino gobierna nuestra actividad cerebral no solo nos libramos de la inmoralidad, sino además vivimos más tranquilos, sanos y felices.

¡Vivir!

Abundan las personas que todavía no se han hecho a la idea de que la vida puede depararnos grandes alegrías. Transitan por el mundo siempre viendo las sombras, olvidando que si hay sombras es porque también hay luz, y que hacia allí debe encaminarse la vida. En el mundo mueren cada día diez mil personas por voluntad propia, que se suicidan porque no le encuentran sentido a la existencia.

Y a veces puede no llegarse al extremo del suicidio físico, pero sí espiritual, anímico o profesional. Cuando un hombre mata deliberadamente sus propias aspiraciones o su carrera de progreso, o mina su propia felicidad, está cayendo en una forma de autoaniquilación; y eso ya no es vivir sino apenas vegetar. Y si sumáramos todas estas clases de suicidio, más los seres que viven en un estado de total apatía, nos encontraríamos con una cantidad aterradora de gente que aún no sabe para qué vivir.

Esta condición del alma se agrava aún más cuando va unida al temor, la angustia, la ansiedad, la soledad, el aburrimiento, y la falta de confianza propia y de fe en Dios. Es la angustia existencial de nuestra época, de no saber qué hacer, hacia dónde ir, para qué luchar, en qué creer, a quién amar... Es el hombre que avanza a tientas por el mundo, y que tiene para dar a los demás mucho menos de lo que la sociedad le brinda cada día a él. Una vida sin rumbo, un desierto sin oasis, una promesa sin esperanza. Y, sobre todo, un corazón sin fe. Eso es lo que ocurre fundamentalmente con el hombre o la mujer cuya alma está vacía y cuya existencia ha perdido su objetivo. Completa falta de fe y confianza en Dios. Por lo tanto, ¿para qué seguir viviendo? Vivir bien, vivir mal o no vivir del todo, da lo mismo.

Pero la bondad del Infinito sale al encuentro del hombre que aún no le ha visto atractivo a la vida, y le dice: “Tu vida tiene un valor sin medida; trata de vivir, que yo te ayudaré. Confía en mí. Anímate a depender de mí. Déjame inundarte de mi amor, para que puedas amarte a ti mismo y a quienes te rodean. Tu vida puede ser feliz y atrayente, útil y necesaria si la quieres vivir al amparo de mis alas”.

La salud física y mental

¿Es usted amante de los medicamentos? Sorprende ver cómo hay familias que continuamente están tomando entre cinco y ocho remedios diferentes a la vez. Desde luego, muchos los necesitan y quizá no podrían vivir sin ellos. Pero hay otras personas que sufren de una afición casi maniática hacia todo tipo de medicinas, y las toman aun sin necesitarlas realmente.

A estas personas convendrá recordarles el informe dado por la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo. Acerca de los productos farmacéuticos que se venden en el mundo, ese informe dice que la mayor parte de tales productos son “inútiles”. Y la misma fuente autorizada añade que el número de drogas esenciales capaces de restablecer la salud varía entre 200 y 250. Por eso se explica que mientras España, por ejemplo, fabrica y vende 25.000 medicamentos diferentes, Suecia y Noruega —donde la medicina está mucho más avanzada— disponen tan sólo de 2.000 especialidades medicinales diferentes en todo el mercado. Una información que hace pensar, ¿verdad?

En realidad, mucho más importante que tener a la mano una gran variedad de remedios, es saber cómo vivir para prevenir las enfermedades. Los reiterados descubrimientos de la medicina psicosomática revelan que la mayor parte de las enfermedades tiene su origen en la mente. Esto significa que si supiéramos albergar pensamientos sanos, actitudes correctas y sentimientos nobles, podríamos librarnos de muchas dolencias físicas. Sin necesidad de depender tanto de los medicamentos, podríamos disfrutar de mucha mejor salud. El odio, la ira, la envidia, la murmuración, el egoísmo, el rencor, la angustia, la preocupación y el temor son verdaderos venenos para el *espíritu* y para el *cuerpo*, en tanto que la bondad, la paz interior y la confianza en Dios son poderosos preservadores de la salud.

Otra forma de prevenir las enfermedades consiste en adoptar buenos hábitos de vida. La Sagrada Escritura afirma que nuestro cuerpo es “templo” del Espíritu de Dios. Por los tanto, ¿no deberíamos cuidar de nuestro organismo, que es propiedad y morada del Altísimo? La buena salud física y mental es el factor primordial de nuestra felicidad.

Madurez

Poseer una personalidad madura y bien equilibrada es un capital del mayor valor. Tener los sentimientos debidamente aplomados y saber convivir en paz con todos es algo que cuesta poseer, pero que a la larga produce los mejores dividendos.

Sin embargo, esto es apenas una parte de lo que se espera de una personalidad madura. Una señal distintiva de madu-

rez es también saber sobreponerse al dolor, los contratiempos y los fracasos. El hombre maduro no se queda inmóvil lamentando sus caídas y rumiando sus penas. Simplemente se levanta de ellas y las olvida, a menos que sea para aprender una lección que en lo futuro lo ayude a evitar una caída semejante.

Otro rasgo característico de la madurez es la capacidad de reconocer los errores propios. Es el hombre inferior e inmaduro el que se esfuerza por defender sus debilidades y discute por justificarlas. Pero esto, lejos de ayudarlo, le roba la disposición de corregirse. La persona madura, en cambio, no vacila en reconocer sus puntos débiles; y por lo mismo, consciente de ellos, se esfuerza por superarlos.

La madurez supone, también habilidad para adaptarse a situaciones nuevas. Por eso, el individuo con una personalidad tal se adapta a lo bueno y a lo malo, sabe convivir con personas cordiales y tolerar a quienes no lo son. Adapta sus gustos y sus sentimientos según sean las circunstancias. Y por último, quien posee una personalidad madura sabe llevarse bien con los demás, procura comprender sus puntos de vista y se esfuerza por agradar a sus semejantes.

Una persona tal es feliz, porque ha descubierto el secreto para saber vivir con limpieza, con altura y equilibrio. Y el camino para alcanzar este precioso tesoro de la madurez es la dependencia de Dios, de modo que el poder divino obre en la vida. Cuando Dios mora en el alma, la conducta mezquina, caprichosa y tantas veces pueril de los adultos cambia totalmente, y llegamos a ser nuevas personas. Para el hombre maduro, Dios es una necesidad y un poder permanente.

5

Cuando reina la alegría

*‘Yo dormía y soñaba que la vida era alegría. Desperté y vi que la vida era servicio. Serví y vi que el servicio era alegría’
(R. Tagore).*

¿C onoce usted a personas que por fuera parecen muy alegres, pero que por dentro tienen el corazón enfermo de dolor? Son mayormente hombres y mujeres amantes de la diversión ruidosa o del placer excitante, porque necesitan olvidarse de sus penas y evadirse de la realidad que los affige. Pero con semejante forma de escapismo, ¿es posible alcanzar la alegría?

Existe un cuadro, realizado por un pintor moderno, que lleva por título “Tempestad”. Al observarlo, llama la atención el nombre que lleva, puesto que la tela muestra una embarcación que navega en un mar tranquilo. Además, en la cubierta se ve a un numeroso grupo de personas que ríen y juegan al compás de una música festiva. ¿Dónde está, enton-

ces, la tempestad? Al observar más detenidamente el cuadro, se nota cómo a través de las ventanillas asoman rostros agónicos y atormentados. Lo que ocurre es que la obra presenta un barco negrero de principios del siglo XIX. Y mientras los miembros de la tripulación se divierten a sus anchas sobre la cubierta, los pobres negros, arrancados cruelmente de su tierra, lloran en el interior del barco la desventura de su esclavitud. Allí es donde se encuentra la tempestad. Alegría afuera, tristeza adentro.

El barco negrero de la tela es una fiel semblanza de la vida de muchos seres humanos, que por fuera llevan la máscara de la alegría, mientras que en su intimidad tienen el alma dolorida. Por fuera los tales simulan tener paz, pero por dentro los abate la tormenta de la angustia y la desdicha. Y llega el momento en que la máscara se quiebra y les resulta imposible seguir disimulando. Es entonces cuando la persona debe buscar sinceramente remedio para su mal. Ese es el momento adecuado para abandonar las apariencias, y para descubrir la verdadera alegría del corazón.

¿Qué puede hacerse cuando la felicidad es solo exterior, mientras el espíritu gime por dentro? Allegarse a Dios y mantener una relación amistosa con él. Entonces surgirá, no la alegría de la mueca y de la carcajada, sino la auténtica, la que palpita en el alma y asegura genuino contentamiento. La felicidad profunda brota de un corazón gobernado por el poder divino.

Felicidad, ese grato estado del corazón

Cuando vemos a una persona melancólica y desdichada, que sufre alguna contrariedad, solemos pensar: “¡Qué hermoso es tener un poco de alegría en la vida!” Y cuando nosotros mismos somos traspasados por el dolor y la sonrisa huye de nuestros labios, cuánto bien nos hace que algún buen amigo ponga su brazo sobre nuestros hombros y nos ayude a recuperar el ánimo.

La dicha interior es la posesión más valiosa de la vida, y por conquistarla o mantenerla hacemos cualquier clase de esfuerzo. Este sentimiento del alma está entre las necesidades básicas del hombre. Quien vive descontento no vive, sufre. En cambio, quien experimenta gozo y satisfacción, descubre que tiene todo lo que pudiera anhelar. Esta es la razón por la cual una multitud incontable de personas va detrás del placer y las diversiones, para ver si de esa manera pueden ser felices. Son muchísimos también los que viajan de continuo, los que compran y venden constantemente, los que incluso recurren a las drogas. Pero estos caminos, ¿conducen realmente a la felicidad?

Tiempo atrás me escribía un joven de 26 años, quien tres años antes había sufrido un accidente que desde entonces lo mantenía impedido en una silla de ruedas. No obstante, en su carta decía literalmente: “A pesar del estado en que me encuentro, soy inmensamente más feliz que antes de accidentarme. Ahora que he dejado el mal siento un gozo espiritual que antes no tenía. Creo que Dios tiene muchas cosas preciosas para darme”. ¿Cómo podemos entender esto? Antes, cuando

parecía tenerlo todo, este joven no era feliz. Ahora, cuando parece haberlo perdido todo, se siente dichoso. Hay una sola explicación: antes el joven vivía sin Dios; ahora cree en él y procura hacer la voluntad divina. Y este solo hecho ha cambiado radicalmente su vida. Su dolor físico, la silla de ruedas, su aparente frustración, nada de eso puede entristecerlo.

El caso de este valiente joven cristiano muestra nítidamente que el gozo es un don de Dios, una virtud de la fe cristiana y de la confianza en las providencias del Altísimo.

“Mantenga la sonrisa”

Se ha dicho con insistencia que mucha gente enferma sanaría de sus dolencias si tan solo pudiera ver la vida con ojos diferentes. Cuando todo parece lúgubre y negativo, y cuando se toma cada contrariedad demasiado en serio, hay peligro de que el espíritu enferme y que tal condición espiritual dé origen a trastornos orgánicos de importancia. Por eso, es menester descubrir un estado emotivo ideal, a fin de que los males del cuerpo no encuentren terreno propicio para surgir.

El sentimiento de alegría es quizás el factor más decisivo para conservar la salud del cuerpo y de la mente, y aun para prevenir muchas dolencias. Por supuesto, la verdadera alegría es más que una posición de los labios. Es una actitud del corazón.

Sin embargo, no podemos negar por eso la importancia de nuestra expresión facial. Un destacado psiquiatra, especializado en enfermedades nerviosas, dice tener gran éxito en el empleo de un tratamiento exclusivo, que consiste en enseñar a sus pa-

cientes a tener siempre hacia arriba las comisuras de los labios. El médico asegura que nadie se puede sentir melancólico o vencido si pone en práctica esta sencilla receta. Las instrucciones del tratamiento son muy simples: **“Sonría, mantenga la sonrisa y nunca deje de sonreír”**. Aunque parezca ridícula la prescripción, ¿por qué no la probamos ahora mismo? ¿No es cierto que da resultado?

Pero lo importante es acompañar con el espíritu esa posición labial. Entonces desaparecerían muchos de los contratiempos y las pequeñas y grandes amarguras de la vida. Nuestro diario vivir se haría más placentero, con una salud emocional más estable, que predispondría para lograr una mejor salud física.

Además de nuestro bienestar personal, cuánto mejor nos llevaríamos con los demás simplemente por irradiar el calor de una alegría sincera, y por cuya ausencia muchas veces se hacen tensas las relaciones de los unos con los otros. Pero ¿cómo podemos lograr esta clase de gozo y alegría? La fe en Dios promueve este espíritu, tanto que uno de los frutos más evidentes de la vida cristiana es precisamente el gozo. Y no podría ser de otra manera. Porque en el corazón confiado de un hijo de Dios las penas no encuentran terreno fértil para permanecer.

En busca de la alegría

Entre las conocidas parábolas del escritor José E. Rodó, se encuentra la que se titula “Mirando jugar a un niño”. En ella, su autor refiere que un niño cierto día jugaba alegremente en un jardín. Y allí, entre las plantas, encontró una copa de cristal. Al golpearla, emanó de ella una hermosa sonoridad, una

graciosa melodía que llenó de alborozo su corazón infantil. Luego, al niño se le ocurrió llenar la copa con la arena que había en el jardín. Entonces volvió a golpearla, pero quedó decepcionado al comprobar que la copa había enmudecido; apenas producía un sonido sordo y opaco.

Pero, confundido como estaba, el niño tuvo una idea luminosa. Arrancó una vistosa flor del huerto y la introdujo en la arena de la copa. Y tan hermosa quedó allí clavada, que el niño salió corriendo con la copa en alto, con la emoción propia de un vencedor. La belleza y el perfume de la flor le hicieron olvidar que el cristal ya no producía sonido alguno.

¿No se ve retratada en este incidente la experiencia de todos los seres humanos? ¿Quién no ha sentido más de una vez que su vida perdía color y alegría porque la arena de los problemas asfixiaba su espíritu?

Vivimos en días en que abundan la angustia, las preocupaciones, la ansiedad, el vacío interior, el desasosiego y los problemas de toda clase e intensidad. Ya lo decía Isidro Más de Ayala, en su obra *Por qué enloquece la gente*: “Las condiciones en que vive el hombre moderno lo llevan con excesiva frecuencia a las situaciones de **ansiedad**, al extremo de que podría afirmarse que la ansiedad es el mal universal de nuestra época”.

Y con tal sentimiento en su corazón, muchos se preguntan por qué deben padecer tanto y por qué la felicidad se muestra tan esquiva. Con el poeta colombiano Rafael Pombo, se dicen a sí mismos:

“¡Oh, qué misterio espantoso es este de la existencia! ¡Revéleme algo, conciencia! ¡Háblame, Dios poderoso! Hay no sé qué pavoroso en el ser de nuestro ser. ¿Por qué vine yo a

nacer? ¿Quién a padecer me obliga? ¿Quién dio esa ley enemiga de ser para padecer?”

Pero así como el niño de la parábola de Rodó supo transformar en dicha su desencanto, toda persona puede descubrir el secreto de la alegría en medio de sus conflictos y angustias. Todos deberíamos desarrollar esta capacidad, ya que —según dijimos— la alegría del corazón es un modo de vivir mejor y de prolongar la existencia. Así lo afirmó el rey Salomón: “**El corazón alegre constituye buen remedio; mas el espíritu triste seca los huesos**” (Proverbios 17:22).

¿De qué manera podemos cultivar este estado emocional que asegura nuestro bienestar?

Recetas erradas

Hacía muchos años que las dos familias amigas no se veían. Una de ellas ahora vivía en Europa, y la otra en Nueva York. Por razones de trabajo, cierto día el jefe de la familia residente en Europa debió viajar a la gran ciudad estadounidense. Por supuesto, esa sería la oportunidad ideal para visitar a sus viejos amigos. Cuando llegó al lugar, se encontró con una elegante mansión, rodeada de amplio parque con pileta de natación. Por dentro, la espaciosa vivienda era la expresión más acabada de la suntuosidad. Todo era un derroche de lujo y belleza. Pero lo llamativo fue que, al llegar, el visitante encontró a la señora de la casa leyendo un libro que se titulaba *Cómo ser feliz*.

Esta dama tenía de todo, materialmente hablando. Pero le faltaba lo mejor. Aún estaba en busca de la verdadera alegría. Por lo que se ve, la abundancia material no es el factor decisivo de la felicidad. Notemos el caso de Suecia. Este es uno de los países de más alto nivel de vida. Los trabajadores tiene vivienda propia, buena alimentación, empleo asegurado y servicios públicos excelentes. Nadie podría quejarse de sus necesidades económicas. Sin embargo, según un informe autorizado de ese país, hay gran cantidad de suecos que se quejan de no ser felices. Como consecuencia, son muchos los habitantes de Suecia que se han entregado al alcoholismo.

El dinero puede contribuir a la felicidad cuando está bien ganado y administrado, pero jamás cuando se lo maneja egoístamente y como la finalidad última de la vida. En realidad, es tan fácil marearse con la abundancia de dinero, que no de balde la divina Palabra declara: "Teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y perdición" (1 Timoteo 6:8, 9).

Y si los bienes materiales están lejos de ser el secreto de la dicha, ¿qué diremos acerca del poder y la fama? ¿Cuántos son los que apetecen el mejor cargo, el máximo renombre o la posibilidad de ejercer la mayor influencia! Pero si estas ambiciones no van acompañadas de un propósito noble, ¿qué pueden producir sino egolatría y desdicha?

Recordemos el ejemplo de Napoleón Bonaparte, quien tuvo gloria, fama, poder e incluso riquezas. Y sin embargo, hacia el fin de sus días, confinado en la isla de Santa Elena, confesó: "**Ja-más he conocido seis días felices en mi vida**".

Y algo semejante podría decirse acerca de Alejandro Magno, el gran rey y guerrero macedónico. Después de conquistar con sus batallas casi todo el mundo, en lugar de sentir una mínima satisfacción, se puso a llorar porque no había más mundos para conquistar.

En contraste con Napoleón y Alejandro, que fueron desdichados a pesar de su grandeza, nos encontramos con Hellen Keller, ciega, sorda y muda; distinguida mujer que supo sobreponerse a su desgracia, y quien declaró: "**He encontrado que la vida es tan hermosa. . .**" ¿En qué radica entonces la clave de la felicidad?

Un camino seguro

En sus conocidas bienaventuranzas, Jesucristo presenta la fórmula más original y efectiva para alcanzar la alegría de vivir. El gran Maestro dijo: "**Bienaventurados [o felices] los pobres en espíritu**" (S. Mateo 5:3). En lugar de decir: "Felices los poderosos o los ricos", dijo que eran dichosos los humildes, los que reconocen su necesidad espiritual. Y añadió: "De ellos es el reino de los cielos".

¿Por qué los humildes son felices, y no los orgullosos? Porque solo el alma humilde va en busca de Dios y recibe plenitud espiritual. Es decir, mientras el orgulloso, alejado de Dios, permanece vacío, el que reconoce su pobreza interior sacia su alma en Dios y se convierte en una persona feliz.

Jesús dijo también: "**Bienaventurados los que lloran**" (S. Mateo 5:4). ¿Cómo? ¿Puede alguien sentirse feliz mientras

llora? La felicidad no radica en llorar, sino en la sensibilidad que demuestra tener el que llora ante el dolor ajeno o frente a un mal que él mismo ha cometido. Quien es capaz de llorar con el infortunado y tenderle una mano de ayuda fraternal, ese será más feliz que el que viva egoístamente para sí mismo.

Un hombre acaudalado fue a ver a su médico a causa de la angustia depresiva en que se encontraba. La única receta que le dio el galeno fue esta: "Salga de su casa y de su oficina, y hoy mismo busque a alguien necesitado a quien pueda ayudar de alguna manera". A las pocas horas, el paciente se encontraba ayudando a una ancianita medio perdida en la ciudad. Y este simple olvido de sí mismo, en procura de la felicidad ajena, obró como prodigioso remedio. Desapareció la angustia del hombre, y en reemplazo resonó en su alma una nota de felicidad.

En las siguientes bienaventuranzas el Maestro considera felices a los mansos, los justos, los misericordiosos, los puros y los pacificadores; personas que por causa de su misma virtud saben llevarse bien con los demás y permanecen en buena relación con Dios. El de recto proceder, el que no se vende ni se compra por nada, en la intimidad de su alma siempre tendrá gozo y paz.

Pero para poseer esta calidad moral y espiritual, es menester albergar buenos pensamientos y sentimientos. En síntesis, la alegría de vivir implica gobernar la mente con sabiduría y poseer actitudes nobles hacia el prójimo. Pero ¿es esto suficiente?

La fuente del gozo y la paz

Podemos buscar la felicidad por cien caminos diferentes, pero si dejamos de lado al Creador el resultado siempre será el mismo: frustración y desengaño.

En cambio, démosle al Altísimo el primer lugar en nuestra vida, y nos asombraremos al ver cómo el gozo y la paz inundarán el alma. Esta es la gran Fuente de la cual el hombre puede beber para su propio bien.

Cierta noche, Paganini estaba dando un concierto ante un numeroso auditorio. Pero mientras afinaba su violín, una de las cuatro cuerdas se rompió. La desilusión cundió entre los presentes. Y cuando el famoso concertista interpretaba una de sus piezas, se rompió otra cuerda. No obstante, y ante la visible incomodidad del público, Paganini siguió tocando hasta que una tercera cuerda también se le rompió. Como es natural, los asistentes estaban realmente disgustados. Pero entonces, el gran intérprete les dijo con toda serenidad: "Señoras y señores, ahora escucharán a una cuerda y a Paganini". Y comenzó a tocar una música tal, valiéndose de esa única cuerda, que los oyentes se inclinaron hacia adelante en sus asientos, para no perder una sola nota. Terminada la música, un aplauso atronador resonó en toda la sala.

El violín de Paganini bien puede representar la vida del hombre. A esa vida nuestra ¿con cuánta frecuencia se le cortan las cuerdas de la alegría, de la paz y del éxito! ¿Qué hacer en tal caso? ¿Desesperar o darnos por vencidos? Existe un recurso mucho mejor, que consiste en permitir que Dios nos tome y haga vibrar en nuestro pecho la única cuerda sana que nos quedaba. De esa sola cuerda, el Músico divino puede arrancar dulces melodías de felicidad, si le damos cabida en nuestro corazón.

Yo buscaba

¿De dónde sacar alegría, si tanto falta en el mundo?

En mí está el deseo; esa es mi sed.

Mas luego de tanto buscar, toda ilusión fue desengaño,
toda esperanza, vano soñar.

Cuando afligido me sentí vencido,

porque en el valle avanzaba

sin paz ni alegría,

escuché que en la cima alguien cantaba: “¡Yo soy feliz
con Dios!

¡Ven conmigo, y seamos dos!”

La prueba de la alegría

Formúlese estas preguntas, para ver si usted está entonando bien el canto de la verdadera alegría. Marque sus respuestas.

	SI / NO
1. ¿Se desanima usted a menudo, por motivos baladíes?	<input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/>
2. ¿Le preocupa la idea de envejecer?	<input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/>
3. ¿Sabe reír y sonreír buena parte del tiempo?	<input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/>
4. ¿Goza usted realizando bien su trabajo de cada día?	<input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/>
5. ¿Se olvida usted rápidamente de las enfermedades y los malos momentos del pasado?	<input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/>
6. ¿Piensa usted que, a pesar de todo, la vida es hermosa?	<input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/>
7. ¿Recuerda con frecuencia los días felices del pasado?	<input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/>
8. Cuando la vida se le vuelve dura, ¿se conforma usted pensando que ya pasará el mal momento?	<input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/>
9. ¿Tiende usted a ser generoso y servicial?	<input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/>
10. ¿Se considera usted una persona madura emocionalmente?	<input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/>
11. ¿Sabe usted distraerse sanamente y gozar de la vida al aire libre?	<input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/>
12. En los momentos adversos, ¿recurre usted a Dios en busca de sabiduría para salir de la dificultad?	<input type="checkbox"/> <input type="checkbox"/>

Si ha contestado las dos primeras preguntas con NO, y el resto con SI, seguramente usted es una persona feliz. De lo contrario, lo será solo en la medida en que se acerque a este ideal.

6

Con estas fórmulas de éxito

“Hombre de éxito es el que ha vivido rectamente, ha reído con frecuencia y ha amado mucho. . . el que nunca dejó de aprovechar las bellezas de la tierra ni dejó de alabarlas; el que buscó lo mejor en los demás y dio lo mejor de sí” (R. L. Stevenson).

Siempre he admirado a esos carpinteros y albañiles que trabajan a gran altura, construyendo elevados rascacielos. Cierta día, me detuve en una de las calles céntricas de la ciudad para observar a uno de estos obreros de las alturas. Quería saber cómo se comportaba allí arriba, y cómo podía moverse con tanta naturalidad pisando apenas sobre una viga de cemento armado. Pronto descubrí que ese obrero estaba totalmente concentrado en lo que hacía; que jamás miraba a su alrededor ni mucho menos hacia abajo. Solo miraba hacia arriba. En realidad, parecía ignorar la altura en

que se encontraba, y allí estaba, produciendo y pisando con pie firme.

Después de esta simple observación, he pensado más de una vez que la vida real de todos los hombres también demanda cualidades semejantes a las de aquel obrero; especialmente concentración. Sí, porque quien pretende tener éxito en su labor pero se distrae mirando inútilmente a su alrededor, hacia las bajezas que lo rodean o hacia las críticas que lo hieren, no está calificado para mantenerse en la altura de la prosperidad.

Como bien lo hacía aquel obrero del rascacielos, hay que saber mirar hacia arriba, hacia lo que eleva, lo que inspira. Decía San Pablo: ***“Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra”*** (Colosenses 3:2). En estos días, cuando tantas acciones degradantes y tantas ideas insulsas reclaman nuestra atención, es menester que dirijamos el pensamiento hacia fines más nobles y cristianos. De lo contrario, corremos el riesgo de marearnos y de caer al vacío del fracaso.

No hacia abajo

El desdichado pordiosero siempre avanzaba por las calles de la ciudad con su vista fija en el suelo. Su constante actitud de mirar hacia abajo era tan manifiesta que, cierto día, un hombre, después de darle una limosna, le preguntó a qué se debía esa costumbre. El mendigo le contestó que hacía diez años había encontrado un reloj en el suelo, y que desde entonces siempre abrigaba la esperanza de encontrar algún otro objeto de valor en la calle. De ahí su empeño de seguir mirando para abajo.

Pero el relato del mendigo no termina allí. Después de haber encontrado ese reloj diez años atrás, levantó muchos otros objetos, de los cuales parecía estar muy orgulloso. ¿Y qué había encontrado en la calle? Pues, 3.200 clavos oxidados, varios centenares de monedas, algunos prendedores, muchos pedazos de hierro, de cuero y de madera; pero no mucho más que eso. ¡Diez años caminando con la mirada agachada, para encontrar objetos de tan poco valor! Nada ganó, y ¡cuánto perdió! Dejó de ver la luz para ver su propia sombra. Nunca posó sus ojos sobre la belleza de la vida. No vio estrellas, ni nubes ni copas de árboles. Vivió mirando y recogiendo desperdicios, sin provecho alguno.

La actitud insensata de este pordiosero no es más que un símbolo de la conducta necia de mucha gente, que se conforma con las míseras migajas de una vida mundana, en lugar de buscar las verdaderas riquezas del espíritu que provienen de Dios. Son las almas angustiadas, solitarias y cansadas de tanto luchar, sin tener una pizca de felicidad. Son los corazones llenos de duda y de temor, porque miran hacia abajo, hacia sí mismos, hacia el pecado deprimente que los rodea, y no saben levantar su vista para comunicarse con Dios. Y un hombre desconectado del divino Hacedor, ¿qué puede pretender, o de cuánto bienestar puede disfrutar?

Decía Blas Pascal: “Oh, hombres, en vano buscáis dentro de vosotros mismos el remedio para vuestras miserias”. ¿Hacia dónde dirigimos nuestros mejores afectos? ¿Hacia las cosas vanas y pasajeras de una vida sin fe, o hacia los valores perdurables que aseguran nuestra redención? Los que recogen en mayor abundancia las bendiciones divinas son aquellos que miran a Dios por la fe y se toman de su mano de amor.

Vivir es renovarse

Quien no se renueva corre el grave riesgo de cansarse de la vida y de no encontrarle ningún atractivo. Muchos suelen decir: "Yo no tengo dinero para renovarme mediante largos viajes, o una casa nueva, o un automóvil flamante, o la asistencia a espectáculos costosos". Pero ¿son estos los medios que más renuevan? No. Es en los pequeños detalles de la vida diaria donde se encuentran las mejores y más refrescantes motivaciones para el espíritu humano.

Aquel que todavía es sensible a la sonrisa inocente de un niño, al paso tembloroso de un anciano, al tímido abrirse de una flor silvestre, llenará cada día su vida de nuevas emociones. El que todavía —no importa la edad que tenga— busca la buena lectura y mantiene su mente abierta para aprender, descubrirá que la vida nunca se estanca y siempre se renueva.

Aun a edad avanzada el hombre puede conservar su lozanía, emprendiendo una nueva labor o llenando provechosamente sus horas. Sócrates aprendió a tocar instrumentos en su vejez. Catón aprendió el griego a los 80 años. Goethe terminó su famoso *Fausto* a los 83 años. Ticiano pintó a los 98 años de edad su cuadro histórico de "La Batalla de Lepanto". Verdi compuso una de sus grandes óperas a los 80 años. Tintoretto, a los 74 años, pintó el enorme cuadro titulado "El Paraíso", de 25 metros de largo por 10 de ancho. Por su parte, Voltaire decía, poco antes de morir, que todos los días estudiaba algo nuevo. Y cuántos, cuántos otros hombres y mujeres podrían sumarse a esta lista, para indicar que aun en la vejez del cuerpo puede estar presente la primavera del espíritu.

Si hay una filosofía renovadora, que cada día llena el espíritu de nuevas vivencias, esa es la filosofía cristiana, cuyo verdadero enfoque mueve a la acción, a la investigación y a la renovación diaria. La religión de Cristo supone mantener siempre joven el corazón. Por lo tanto, el cristiano obrará como San Pablo, cuyo lema personal era: "¡PROSIGO!" Nada detenía al valiente apóstol. A pesar de los severos contratiempos que debió soportar, jamás perdió la lozanía de su ideal ni el vigor de su mente. Vivía no por la inercia de la rutina, sino movido por nuevas ideas y motivaciones que se encendían cada día en él.

No existe, pues, mejor estimulante para el alma que el practicar con fe la sublime enseñanza del Maestro de Galilea. Por eso, él declaró: "Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida" (S. Juan 6:63).

Superación constante

A cierto pintor renombrado se le preguntó una vez cuál de sus muchas obras consideraba que era la mejor. Y el veterano artista contestó: "La próxima". Insólita como resulta a primera vista, la respuesta de este hombre revela su deseo de constante superación. Sus obras realizadas en lo pasado podían conformarlo. Incluso, le habían dado fama; pero eso no era suficiente. Él entendía que debía seguir superando la calidad de sus obras. El estancamiento sería un retroceso; lo mejor de sus realizaciones aún estaba por verse.

El pensamiento de este pintor contiene una enseñanza de gran valor humano. ¿No hemos visto a muchas personas

excesivamente satisfechas con lo que hacen? O ¿no encontramos con frecuencia a personas que suelen referirse a sus “glorias” del pasado? Para los tales no hay futuro; lo mejor que podían hacer ya lo hicieron. Ahora ni siquiera intentan escalar nuevas alturas. Están demasiado conformes con lo que hicieron, o con lo que hacen monótonamente cada día, sin darse cuenta de que con semejante actitud pierden todo estímulo de progreso y desarrollo.

Si ayer hemos obrado bien, ¿qué podría impedirnos que hoy obremos mejor? Y si hoy tenemos éxito en el trabajo, ¿por qué no podríamos aspirar a un éxito mayor el día de mañana? La curva ascendente del progreso personal y profesional es lo que enciende la vida y mantiene el ánimo en la lucha. Fácilmente nos podemos medir de esta manera: si para mí lo mejor de mis realizaciones está en lo pasado, entonces he dejado de crecer; pero si, proyectándome hacia el futuro, veo todavía por delante lo mejor de mis obras, eso es señal de que estoy creciendo y deseo seguir creciendo.

Y esto valga también para la obra del perfeccionamiento del carácter, que se va logrando a lo largo de toda la vida. En este terreno, muy bien cabe la expresión del artista: *lo mejor todavía está por delante.*

La grandeza de lo pequeño

A menudo admiramos y aplaudimos los hechos más sobresalientes de la vida, mientras pasamos por alto las cosas que nos parecen pequeñas y de menos importancia, aunque en el fondo sean estas las que determinen nuestro éxito o nuestro

fracaso. ¿Acaso no sabemos de muchas personas que hasta perdieron la vida por haber descuidado ciertos “detallecitos” en su trabajo? ¿O gente que, por otra parte, ha sabido triunfar en su profesión por haber aprovechado pequeñas oportunidades, que tal vez otros pasaron por alto?

Aun la más resonante grandeza que pueda alcanzar una persona está precedida por una serie de actos casi intrascendentes. Una fortuna multimillonaria empezó siendo un reducido capital; una gigantesca construcción comenzó por un ladrillo; y los grandes cerebros del mundo fueron, primero, alumnos de la escuela elemental. Pero a sus comienzos humildes se fue añadiendo el modesto esfuerzo diario, que finalmente culminó en la obra magna y perfecta.

Cada día nos toca realizar muchas tareas pequeñas, quizás a primera vista indignas para “personas tan importantes como nosotros”. Sin embargo, son esas mismas tareas, bien hechas, las que nos ayudan a subir –escalón por escalón– la senda del éxito. Pensemos en la paciencia con que Miguel Angel ejecutaba sus obras escultóricas. Cierta vez un amigo lo visitó en su taller de trabajo. Y al no poder distinguir mucho progreso en la escultura que estaba haciendo el famoso artista, le dijo: “Pero has avanzado poco y nada en tu trabajo durante estos últimos días”. A lo cual Miguel Angel respondió: “Oh no, he retocado esta expresión del rostro, he realizado este músculo. . .” “Bueno, pero esas son pequeñeces”, acotó su amigo. “Es cierto, pero la suma de todas esas pequeñeces hace la perfección, y la perfección no es una pequeñez”. Y el célebre escultor tenía razón.

¿No podríamos nosotros adoptar esta misma actitud? Asignarle importancia a lo que es grande, pero también a eso diminuto que tan a menudo descuidamos. El propio Creador,

que vela por la marcha perfecta del espacio infinito, no por eso desprecia lo microscópico. ¿Qué sería de nosotros si Dios se ocupara solamente del vasto universo, y descuidara a la vez el mundo de la célula, de la molécula y del átomo? Todo se vendría abajo.

Hay algo invisible, aparentemente muy pequeño, que siempre deberíamos tomar en cuenta para nuestra felicidad. ¿Sabe qué es? La presencia de Dios en nuestro corazón. ¿Imagina usted qué seríamos sin él? Sólo con Dios y mediante nuestra dependencia de él es posible hacer grata y exitosa la vida.

Sin tiempo para llorar

A una dama que acababa de perder a su esposo se le preguntó cómo se sentía. Y la señora, que debía trabajar duramente para alimentar a sus cuatro pequeños hijos, contestó: "Tengo una gran tristeza en el corazón, pero no me queda tiempo para llorar. Ahora debo trabajar sin descanso para criar a mis hijos".

El valor de esta mujer, que supo colocarse por encima de su dolor, nos hace acordar el del insigne poeta español del siglo XVI, Fray Luis de León. Durante cinco años había sido encerrado en una prisión oscura y solitaria, por haber cometido el "delito" de traducir al castellano una parte de las Sagradas Escrituras. Cuando recobró la libertad, volvió a hacerse cargo de su cátedra. Y en su primera clase, el aula se había colmado de gente que deseaba escuchar el relato de sus penalidades en la prisión. Sin embargo, como olvidando todo lo que había sufrido, comenzó con las palabras habituales:

"Como decíamos ayer. . ." Y a continuación entró de lleno en la materia.

¿Qué hubiese ganado aquella madre viuda quejándose de su suerte y llorando su desgracia? O ¿cuánto le habría valido a Luis de León espaciarse en sus malos recuerdos y en las horas negras de su encarcelamiento? ¡Qué gran lección enseña este espíritu valeroso y positivo, que no conoce lamentos ni amarguras! Esta es la fibra anímica que se requiere para avanzar triunfalmente. Con vivir de recuerdos tristes, de penas y quebrantos, lo único que conseguimos es ahondar nuestra melancolía y despertar la compasión de los demás. ¿Es esta una actitud sana? No. Cada día tiene sus propias cargas y obligaciones, y siempre hay demasiado que hacer para perder tiempo en estériles lamentos.

Aquel que orienta su pensamiento mediante la fe genuina en Dios, sabrá espaciarse en lo que es positivo y alentador. El que se detiene en las sombras de la vida, jamás conocerá la luz de la alegría ni la esperanza del triunfo. Hay tantas cosas buenas en las cuales fijar la atención, hay tanto que debe hacerse en el mundo y hay tanto dolor que aliviar en el prójimo, que lo que se necesita es mayor fortaleza espiritual y mayor capacidad para hacer el bien. Esta es la cualidad que demostró tener en grado sumo el gran Maestro. Por eso su causa triunfó y perdura en el tiempo como ninguna otra. Y para asegurar nuestro éxito personal, ¿no deberíamos cultivar esta misma virtud en la realización de nuestros deberes diarios?

Perseverancia

Tiempo atrás, un grupo de psicólogos hizo una investigación para descubrir cuál es la característica común a todos los hombres de éxito. Después de un estudio exhaustivo, los investigadores informaron que la condición más importante no es un alto nivel de inteligencia ni algún talento sobresaliente. Más bien, la virtud común a todos los triunfadores es la **perseverancia**, la voluntad de emplear tiempo y energía sin apartarse de la tarea hasta verla terminada. Y en la conclusión, el citado informe decía que si cualquier hombre cultiva la constancia dentro de su vocación, llegará a distinguirse en lo que hace.

Esto trae a nuestra memoria un incidente del famoso rey tartaro Tamerlán. Cierta día, mientras se hallaba desanimado por una serie de contratiempos, se puso a observar a una hormiga que subía por la pared. Y quiso ponerla a prueba. Así que tomando un palito, arrojó la hormiga al suelo. Pero el insecto en seguida volvió a subir. ¡Ochenta veces el rey repitió la operación, y otras tantas la hormiga volvió a subir! Ante semejante insistencia, el rey la miró fijamente y dijo con admiración: "La imitaré y venceré". Y hasta hoy, a seis siglos de su muerte, Tamerlán sigue siendo recordado como un gran conquistador.

Todos en la vida queremos ser vencedores. Queremos tener éxito en nuestro trabajo y en nuestros proyectos, en la educación de nuestros hijos y en el cultivo de nuestro carácter. Pero ¡cuántas veces tropezamos con escollos en el camino! Cuando no es la enfermedad que nos deja postrados, es la falta de apoyo, la deslealtad de los amigos o cualquier otra contrariedad. Y en tales casos, el sentimiento natural que nos

invade es el desaliento, la falta de energía para retomar la senda. Es decir, por lo general no tenemos suficiente perseverancia. Sea porque comenzamos con mucho entusiasmo una empresa y luego aflojamos, o porque caemos y no sabemos levantarnos para continuar, el hecho es que por falta de constancia a menudo fracasamos donde podríamos triunfar.

El cristiano es una persona que sabe perseverar. En su anhelo de hacer lo recto y crecer espiritualmente, puede tener alguna caída, pero no por eso se abandona. Sabe que Dios lo acompaña y que le ofrece su ayuda. Y eso le infunde renovado aliento cada día. De ahí que el sabio Salomón declara: "Siete veces cae el justo, y vuelve a levantarse; mas los impíos caerán en el mal" (Proverbios 24:16). Sí, mientras a nuestro lado podemos ver almas sin voluntad para proseguir, confiando en Dios podemos tener el ánimo necesario para superar cualquier caída, hasta llegar a la meta.

Fórmula contra el desaliento

¿Quién no tiene días nublados y de sombra, en los cuales falta el aliento? Aun los hombres más valientes y enérgicos tienen caídas pronunciadas en su estado anímico. Tal vez el ejemplo más típico y aleccionador lo encontremos en el insigne profeta Elías. Acababa de realizar una importante obra de limpieza espiritual en medio de su pueblo. Había dado un golpe mortal al paganismo corrupto que se había instalado en todos los niveles de su nación. Sin embargo, ante la amenaza de la pagana reina Jezabel, estaba desanimado. Hasta prefirió morir. Pero en ese estado, Elías hizo cuatro cosas: descansó,

comió, oró a Dios y en seguida se puso a trabajar. Horas más tarde estaba totalmente repuesto y fortalecido.

Es común que el desaliento esté ligado al cansancio y a la falta de fortaleza física. Por lo tanto, si descansamos las horas necesarias cada día y si nos alimentamos bien, tendremos parte de la batalla ganada. Será mucho más fácil conservar el espíritu radiante y animoso. ¿Descansa usted lo suficiente cada día, y se alimenta en forma correcta?

Pero además, Elías oró a Dios y de inmediato continuó con su trabajo. Y esta es la segunda parte de nuestra fórmula. Cuando el ánimo está caído y nos falta entusiasmo para cumplir nuestros deberes, lo mejor que podemos hacer es pedir a Dios fortaleza espiritual y sin demora continuar el trabajo que tenemos entre manos. Si rumiamos nuestro abatimiento, más nos desalentaremos. Pero si ocupamos nuestra mente en algo útil, el mal se irá más rápidamente y con menor esfuerzo.

En el reloj de sol de un viejo monasterio europeo, se lee esta inscripción sobre la esfera: "Solo señalo las horas de sol". ¿No sería este un buen lema para nuestra vida? Ocuparnos solamente en lo positivo y constructivo, en aquello que pueda tonificarnos a nosotros mismos y también a los demás.

Sea cual fuere la causa de nuestro posible abatimiento —la soledad, el dolor, el fracaso—, en Dios hay sobrado poder para vigorizar nuestro espíritu y alegrar nuestro corazón. Por eso él nos dice: "No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia" (Isaías 41: 10).

La carga se aliviana

Muchas mujeres campesinas del África son capaces de llevar cargas pesadísimas sobre sus cabezas o sobre sus espaldas. Algunas de ellas llevan cargas de treinta y hasta de cuarenta kilos a lo largo de muchos kilómetros. Cierta mujer contratada para llevar materiales de construcción, una vez caminó 35 km de ida, para luego regresar en el mismo día con una carga de 55 kg a través de toda esa distancia. Deja sin aliento también el caso de aquella otra mujer que llevaba madera sobre su cabeza; y cuando fueron a pesar la carga en una balanza de 50 kg, la aguja indicadora pasó el límite máximo de su capacidad. Es sencillamente increíble lo que son capaces de llevar esas sufridas mujeres africanas.

Pero no solo en el África hay gente que lleva cargas pesadas. En todo el mundo hay hombres y mujeres que soportan una carga aún más terrible, ya no sobre la espalda o la cabeza, sino en el corazón. Allí mismo donde usted vive, sea en el departamento de un elevado rascacielos o en la modesta vivienda de un apartado pueblecito, allí encontrará vecinos que estarán sobrellevando esta clase de carga.

O quizás usted mismo esté soportando una prueba dura, que haga penosa su vida cotidiana. La carga física de las mujeres africanas produce un gran cansancio, pero esa fatiga se va con el reposo. En cambio, esta otra carga del espíritu no deja descansar del todo. Quita el sueño de la noche, ahoga la alegría del corazón, arruina la armonía del hogar y hace miserable la existencia. Porque se trata de la carga de la angustia y del pecado.

Desde que existe el mal en la tierra siempre ha habido gente con esta clase de carga en su alma. En los días de Jesús, muchos de sus oyentes soportaban precisamente este peso agobiante dentro de su ser. En esas grandes multitudes el público era heterogéneo. Había ricos y pobres, cultos y analfabetos, hombres y mujeres, viejos y jóvenes; pero todos tenían una necesidad en común. Iban a escuchar a Jesús porque anhelaban alivio para sus almas. Y la palabra del Maestro era como el rocío que humedecía sus resecos corazones. Pero nunca quedaron tan impresionados como cuando él les dijo: **“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.** Llevad mi yugo sobre vosotros. . . y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (S. Mateo 11:28-30). Estas palabras obraron verdaderas maravillas en aquellos oyentes.

Y hoy el Enviado de Dios repite su milenaria invitación, prometiendo que todo aquel que acepta el yugo de su amor y de su enseñanza encontrará descanso para su alma. Acudir a él con fe es la única garantía de paz para nuestros corazones trabajados. ¿No aceptaremos, por tanto, esta invitación divina?

El factor decisivo

Su edad, 38 años. Su profesión, empleado público. Instrucción, escuela secundaria terminada. Estado civil, casado. Tales los datos personales del Sr. Carolli, quien tenía un pasar medianamente aceptable, pero una vida emocional negativa, que le impedía gozar de alegría y de bienestar. Muy pocas veces solía estar animoso y con buena disposición para tra-

bajar. En general, se declaraba deprimido. Prácticamente había que empujarlo para todo: para levantarse por la mañana, para que llegara a tiempo a su oficina, para que rindiera en su trabajo, incluso para que hablara y sonriera a los demás.

Esclavizado por semejante depresión crónica, el Sr. Carolli parecía ver todo de color gris, y pocas cosas le despertaban verdadero interés. En realidad, vivía enfrascado en sí mismo. Y al no mostrarse cordial y amigable con los demás, no tenía amigos, se sentía solo, despreciado. En su trabajo se creía postergado, y en su casa destilaba la extraña melancolía de su enfermedad emocional. Pero gracias al oportuno consejo de su esposa, nuestro buen hombre decidió consultar a un médico psiquiatra.

Afortunadamente, el especialista era un profundo creyente en Dios. Después de dialogar con el paciente, advirtió que su problema principal era un enfoque torcido de la vida. Lo que necesitaba era aprender a vivir, tener ansias de vivir. De manera que, en visitas sucesivas, el profesional fue haciendo la psicoterapia correspondiente. Y hoy el Sr. Carolli tiene un rostro radiante, ya no está deprimido y es capaz de interesarse en otros. El ambiente de su hogar ha cambiado. Y en el trabajo sus compañeros no salen del asombro al ver la transformación de su personalidad.

¿Cuál fue el secreto del cambio? ¿Remedios, tratamiento o la acción del psiquiatra? Lo que hizo el milagro fue la fe religiosa que el médico supo transmitir a su paciente, de tal modo que este dejó de ser lo que era. Esa fe le hizo mirar la vida con otros ojos, le hizo comprender a Dios y amar a sus semejantes. Actualmente el Sr. Carolli se goza haciendo obras de bien, y procura compartir su nueva alegría con todos los que puede. Cuando comprendió que solo Dios podía ayudar-

lo, le suplicó: "Señor, hazme otro hombre". Entonces llegó a ser realmente una nueva persona.

¿Tenemos hoy alguna clase de tristeza, depresión o ansiedad? Volvamos en esta hora nuestro corazón al Señor de la vida, confiémosle todo nuestro ser y pidámosle la alegría del vivir. Él tiene plena capacidad para darnos vida nueva, porque "es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros" (Efesios 3:20).

Junto al guía

En una caverna de gran atracción turística, cierto guía acompañaba a un grupo de visitantes, hasta que llegaron a una formación natural que tenía el nombre de "El Pulpito", porque tal era su forma. El guía, entonces, colocándose junto al duro pulpito, anunció a los turistas: "Tengo un corto sermón que pronunciar". Y todo lo que dijo, fue: "Manténganse cerca del guía". ¿A qué obedecía ese sermoncito, o esa recomendación? Al deseo de que nadie se perdiera en medio de la oscuridad y de los muchos laberintos de la caverna.

La vida podría ser comparada con una caverna llena de laberintos, entre los cuales es muy fácil perder el rumbo si uno no tiene un Guía seguro a quien seguir. A veces son las tinieblas que nublan la conciencia, o el mal ambiente de un hogar, o el consejo errado de un amigo, o la ausencia de un ideal sano. Tales los factores que pueden llevarnos por senderos tortuosos y que pueden crearnos aflicción innecesaria. Pero para prevenir situaciones de este carácter y para librarnos de

toda clase de error, hay un Guía Supremo a quien nos conviene seguir. Ese Guía es Jesús de Nazaret. Quienes transiten sobre las huellas dejadas por su paso, no podrán errar. Quienes se orienten por la luz de verdad que él encendió, jamás podrán vivir en tinieblas. Quienes se mantengan unidos a él, como el pámpano a la vid, gozarán de nueva vitalidad cada día y jamás dejarán de dar buenos frutos.

El guía de la caverna dijo a los turistas: "Manténganse cerca de mí". Y palabras muy semejantes son las que pronunció Jesús, al indicar a sus oyentes: "Síguenme"; "Permanezcan en mí"; "Aprendan de mí". Y en tales palabras no había ninguna señal de arrogancia. Como el Guía perfecto de la humanidad, como el Creador de todo lo existente y el Redentor de la raza perdida, tenía sobrada autoridad para expresarse de esa manera. Y la historia vivida por incontables personas a lo largo del tiempo, atestigua que quienes siguieron al Maestro no se equivocaron, su confianza no fue defraudada y su dependencia de él fue ricamente recompensada.

Lo que nos ocurre hoy es que buena parte de los cristianos sigue a Jesús de lejos, a distancia. Admiran su vida y su doctrina, pero temen identificarse plenamente con él. Consideran, sí, que Jesús es el Guía del mundo, pero no lo aceptan como su Guía personal. Usted y yo, ¿no hemos de ser diferentes?

Aun en medio del dolor

El dolor y el sufrimiento, detestables como son, pueden ofrecer perspectivas luminosas mediante un enfoque cristiano y positivo de la vida.

El dolor y el sufrimiento forman parte inevitable de la vida del hombre. Por más que luchemos por ser felices, el dolor se nos mete en el alma como un fiero invasor. Y esta ha sido siempre la suerte del ser humano. Ya el rey David, quien vivió mil años antes de Cristo, dijo: “Me he consumido a fuerza de gemir; todas las noches inundo de llanto mi lecho, riego mi cama con mis lágrimas. Mis ojos están gastados de sufrir” (Salmo 6:6, 7).

En el Museo de El Cairo tuve la oportunidad de observar las lagrimeras que utilizaban las antiguas mujeres de Egipto: pequeños recipientes donde guardaban sus lágrimas como una síntesis de su dolor. Y desde entonces hasta hoy, ¡cuánto

ha sufrido y llorado el hombre! Hagamos un simple cálculo. Si cada persona de la tierra derramara apenas una lágrima por semana, al cabo de un año tendríamos doscientos mil millones de lágrimas, una cantidad suficiente para llenar setenta mil barriles de un metro de altura. Y ahora, pensemos que detrás de cada lágrima hay un drama humano, un corazón desgarrado, y tendremos un cuadro más o menos fiel de los sufrimientos que afligen a la humanidad.

Pero el dolor, indeseable y amargo como es, puede convertirse, sin embargo, en la gran escuela formadora de los hombres.

Repasemos la historia de un modesto canto rodado, tal como la cuenta el educador y prosista Ernesto Nelson. Aunque simple, es una historia muy larga, porque comienza hace miles de años, cuando cierto día una piedra se desprendió de la montaña y fue a caer en un torrente de agua. Ese primer día la piedra era grande, llena de ángulos y asperezas. Pero el impetuoso río comenzó a arrastrarla día y noche. Y en ese viaje, a menudo debió chocar con otras piedras que tenían igual origen e igual destino. En esos frecuentes choques, la piedra se iba fraccionando y achicando. Y luego de tanto viajar y chocar, el ahora pequeño canto rodado estaba liso y, en la compañía de muchos otros de igual condición, era buscado y acariciado por los niños que llegaban hasta la playa. La piedra puntiaguda, que antes lastimaba, ahora estaba pulida y redondeada, lista para ser empleada en la edificación de viviendas o en la construcción de anchos caminos para dar bienestar a los hombres.

La historia del canto rodado bien puede simbolizar la suerte de los seres humanos. De niños, quizá gozábamos de plena seguridad física y afectiva al lado de nuestros padres. Pero un

día, como la piedra del arroyo, nos echamos a correr por la vida. Dejamos el hogar paterno, formamos el propio, y así comenzó la lucha ardua por abrirnos paso y alcanzar éxito en todas nuestras empresas, en nuestro matrimonio, en nuestra familia, en nuestra profesión. . . Y entonces, como le pasó al canto rodado, la vida comenzó a golpearnos: a veces fueron los desengaños, los contratiempos, las crisis personales, las angustias, la enfermedad, la incomprensión y hasta la muerte de algún ser querido. En fin, fueron y son las pruebas, los golpes de toda clase, tan implacables como inevitables; pero si bien nos hacen sangrar el alma, a la postre pulen nuestro carácter y nos acercan a Dios.

Alguien ha dicho acertadamente: "Toda perla comienza con un dolor en el vientre de la ostra". Y así como el dolor de la ostra da origen a las perlas legítimas, el sufrimiento humano —bien tomado— eleva, engrandece y da brillo al carácter del hombre.

Con razón, en una expresión difícil de aceptar, el apóstol Santiago dijo: "Tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas" (Santiago 1:2). Y un autor anónimo declaró: "Las aflicciones no son sino la sombra de las alas de Dios". Efectivamente, cuántas veces la hora sombría del dolor es también la hora de la bendición y la compañía del Altísimo.

Sordera fecunda

El famoso compositor Beethoven sentía verdadero horror cuando pensaba qué sería de él si alguna vez enfermaba de sordera. Y lo que más temía le sucedió. Al notar la primera

pérdida de su capacidad auditiva consultó a varios médicos y curanderos, y usó diversos instrumentos para evitar la calamidad. Pero todo fue en vano. Su sordera fue aumentando hasta el punto de que solo podía comunicarse con sus amigos por medio de la pluma. Y entonces, cuando su carrera parecía truncada por la pérdida total de la audición, precisamente entonces compuso las obras más célebres que hoy inmortalizan su nombre. El silencio completo en que quedó sumido inspiró sus mejores composiciones.

¡Qué dura prueba para un compositor es perder el oído! ¡Qué golpe duro, también, para un obrero es perder su trabajo, o que alguien sano pierda la salud, o que un hombre próspero pierda toda su fortuna! No obstante, con cuánta frecuencia se dan estos contratiempos. Pero, como en el caso de Beethoven, a menudo lo que parece ser el fin puede ser el verdadero comienzo del triunfo en la vida. Tal vez usted lleva largo tiempo lamentando alguna pérdida de importancia en su vida. Piensa que esa desgracia lo mantendrá aplastado hasta el fin de sus días. Pero ¿no le resulta alentador el caso del gran compositor alemán? Sí, las desgracias pueden convertirse en bendición, si en lugar de quedarnos inmóviles en el dolor sabemos sobreponernos y levantarnos de nuestras caídas.

Cuántas veces ocurre que la Providencia quiere derramar sobre nosotros ciertos beneficios. Pero, por estar tan absortos en nuestra vida mundanal, no tenemos tiempo para atender a Dios. Entonces él suele permitir que perdamos alguna cosa para encontrar, en cambio, otra mejor. Y así, con las pruebas y las aflicciones de la vida acontece como con las nubes del cielo: nos quitan transitoriamente la luz del sol, pero derraman la lluvia bienhechora, que da vigor y crecimiento.

¿Quién puede afirmar, entonces, que los infortunios son

para desgracia del hombre? Bien tomados, constituyen la parte más aleccionadora de la vida, fortalecen nuestra fibra moral, nos enseñan cuán pasajeros son todos los bienes de este mundo y, lo que es más, nos muestran el valor permanente de las cosas de Dios.

Ante las pruebas duras, cuando el alma siente su soledad y su impotencia, nos volcamos espontáneamente al Altísimo, en busca de seguridad y de confianza. Es entonces cuando surge la fe sencilla en nuestro corazón y se presenta un porvenir mejor para nosotros. De este modo, las pruebas se convierten en una llamada de atención por parte de Dios, para recordarnos que cuando lo perdemos todo todavía nos queda lo mejor: la ayuda del Omnipotente y nuestra dependencia de él.

Cielo sin sol

¿Quién podría negar que aun el cielo nublado tiene su razón de ser? La lluvia que produce mantiene la fecundidad del suelo y la misma vida sobre la tierra. Los días de sol radiante son necesarios. Pero, como se ve, también los días grises y oscuros cumplen una función útil. Y en esto la naturaleza tiene una lección que enseñarnos. ¿En la vida de qué persona no hay luces y sombras, ambas igualmente útiles para la formación del carácter y el desarrollo de la personalidad?

Un señor decía tiempo atrás que estaba atravesando por una dura prueba, y que no sabía si debía tomarla como la ruina de todo su futuro o como una simple contrariedad. En verdad, no importa qué nombre le demos a nuestros infortunios. Lo que sí interesa saber es que todos ellos pueden ser

aprovechados para nuestro bien, si podemos tomarlos con la actitud debida y vivir luego de tal manera que nuestro propio proceder no sea causa de nuevos contratiempos.

Las pruebas amargas de la vida pueden ser tan beneficiosas que en algunos casos han despertado talentos dormidos, han estimulado las virtudes y han creado una amplitud de mente y una bondad de corazón que no se habrían logrado de otra manera. Como le ocurrió a aquel soldado enfermo de la antigua Grecia, quien siempre se destacaba en el campo de batalla. Tenía un valor a toda prueba; no temía la muerte. Hasta que un día Alejandro Magno lo hizo tratar de su enfermedad, y después de un penoso tratamiento sanó completamente. Entonces, a partir de esa hora, en lugar de luchar con mayor energía y denuedo, el soldado se volvió temeroso e inútil en la guerra. Ahora que gozaba de salud, no quería por nada arriesgar la vida por servir a su patria.

Si usted está sobrellevando alguna carga que parece empañar su felicidad, no se desaliente. Dios no permitirá que derrame una sola lágrima innecesariamente. Si confía en él, y con una mente serena procura aprender la mejor lección de su trance adverso, este podrá convertirse en la experiencia más fructífera de todos sus años.

¡Cuántos, en medio de su desventura, aprendieron a ver el amor de Dios y terminaron agradeciendo al Cielo por la copa de dolor que debieron beber!

¡Lepra bendita!

Es curioso cómo en medio del dolor puede lograrse una experiencia de triunfo y aliento para la vida. Tal es el caso de una hermosa señorita, que cierto día advirtió unas manchas extrañas en su piel. Por consejo de sus familiares fue a consultar al médico. Después de una detenida observación y de varios análisis, el diagnóstico fue que la señorita tenía lepra. Horrorizada y desesperada al conocer su enfermedad, a instancias de su médico decidió internarse en un leprosario. Entre llantos y lamentos desgarradores, se despidió de sus padres, de sus hermanos y de su novio.

Al principio, la vida en el hospital se le hizo insoportable. Le parecía que tendría que morir en ese lugar. Sin embargo, a las pocas semanas comenzó a condolerse de los otros internados, a muchos de los cuales les faltaban la nariz, las orejas, parte de las manos y de los pies. Se propuso entonces ayudarlos en la medida de sus posibilidades. Los animaba, les hacía las curaciones y escribía las cartas que ellos le dictaban para sus familiares.

Después de un año de internación y tratamiento, la joven sanó por completo. Pero salió del leprosario con una nueva visión de la vida. Ya no le atraían la vanidad ni el deseo de agradarse a sí misma. Formó un hogar feliz con su esposo, y ambos decidieron vivir para servir al necesitado. Y en ese modo de obrar encontraron su propia felicidad y la de muchas otras personas.

¿Está usted experimentando algún sufrimiento, alguna enfermedad o alguna angustia que tiene abatida su alma? Quizá le parezca que esa es la mayor calamidad que le podría ocu-

rrir. Si así fuera, convendría recordar que, como en el caso de la citada joven, el dolor ha sido la mejor disciplina para muchos, mediante la cual aprendieron a despojarse de sus egoísmos y sus mezquindades.

De ser necesario, ¿no hemos de soportar el sufrimiento físico o moral para aprender a simpatizar con el caído y para saber colocarnos en las manos del Todopoderoso?

“Sufrí, pero aprendí”

Cuando la enfermedad llama a la puerta de nuestro hogar, parece que la felicidad huyera del corazón. Nos sentimos impotentes, y no nos queda más que resignarnos a soportar la dolencia y darle el tiempo necesario para que cure. Fuera de toda duda, la enfermedad —cualquiera que sea— es uno de los peores flagelos de la humanidad, al extremo de que muchos prefieren morir antes que estar enfermos; sobre todo, si se trata de una enfermedad muy dolorosa o aparentemente incurable.

Pero también abundan las personas a quienes les ha hecho bien el haber enfermado. El tiempo que debieron pasar en cama los ayudó a levantarse con una nueva disposición mental. Así le ocurrió a cierto legislador operado de cáncer. Era un hombre excesivamente detallista y minucioso. Pero después de la operación, mientras convalecía en su casa, llegó a decir: “Ya no me afecta si mi esposa saca el dentífrico por un extremo o por el otro del tubo, si las tostadas se queman o si la sala de la casa no está tan ordenada”. Y añadió: “Nadie madura realmente hasta tanto no se siente cerca de la muerte”.

Y este dista mucho de ser un caso único. Quien vivía afechado a su dinero; quien pensaba que el mundo se detendría si faltaba una vez a su trabajo; quien amaba el placer como a un dios; quien creía que la vida solo consistía en acumular bienes materiales; todos estos pueden aprender en la enfermedad lo inútil que es el afán terrenal, si no va unido a la dependencia de Dios. Y a veces una lección tal no se puede aprender mientras gozamos del vigor de la salud. Frecuentemente tenemos que perder primero las fuerzas físicas para encontrar luego las espirituales. Tenemos que despojarnos de nuestra suficiencia y convencernos de nuestra fragilidad humana, antes de poder sentir nuestra necesidad de Dios. Y si la enfermedad es capaz de brindarnos estos bienes, entonces ¿no se ha convertido en una bendición?

Tomada con el debido espíritu, la enfermedad nos vuelve más humanos, más sensibles al dolor ajeno, menos superficiales y, especialmente, más dispuestos a cuidar del tesoro de la salud, cuando la recuperamos. Quizás el ejemplo más destacado en esta materia lo presente San Pablo, quien padecía de una afección física que, según él mismo, le servía para no envanecerse y para mantenerse humilde. Por eso llegó a declarar: “Me alegro de ser débil, para que se demuestre en mí el poder de Cristo. . . Porque **cuanto más débil soy, más fuerte me siento**” (adaptado de 2 Corintios 12:9, 10).

Tal fue la experiencia de un cristiano que tomó la enfermedad con una actitud positiva, y transformó —gracias a la confianza en Dios— su debilidad física en una verdadera fortaleza espiritual.

Dureza productiva

En la península mejicana de Yucatán se encuentran los mayores cultivos de la planta de pita, con la cual se fabrica el hilo sisal. El terreno de Yucatán es duro, de poca riqueza nutritiva.

Cierta vez, un grupo de extranjeros visitó el lugar, con miras de establecer una gran plantación de pita en la península de Florida, Estados Unidos. Una vez terminada su visita, los hombres se dijeron: "Allá el suelo es superior, y la pita crecerá mejor". Así diciendo, compraron una gran extensión de tierra en Florida y plantaron las pitas, las que crecieron y adquirieron un tamaño enorme. "Ahora sí —pensaron estos nuevos agricultores— vamos a tener el mejor sisal del mundo. Les mostraremos a los yucatanenses cómo se cultiva la pita".

Y llegado el tiempo, levantaron la cosecha para extraer las fibras. Pero ¡con gran chasco y asombro! vieron que las plantas no tenían fibras. Eran pura pulpa. Entonces comprendieron que el suelo muy bueno no servía, en tanto que la tierra dura y pobre, con vientos y sol candente, era el mejor ambiente para producir buenas fibras.

Traslademos esta lección de la naturaleza al mundo de los seres humanos. ¿No son a menudo las dificultades y los vientos adversos de la vida los que más nos ayudan a triunfar? Mientras la vida fácil y regalada suele producir pocos frutos de verdadero valor, los contratiempos y las pruebas templan nuestro carácter y nos dan la firmeza necesaria para triunfar.

Un ambiente de algodones, en que todo nos viene a pedir de boca, que no exige de nuestra parte ningún sacrificio, puede resultar más perjudicial que beneficioso. La historia

nos enseña que la mayoría de los hombres encumbrados, que dejaron algo útil en la tierra, fueron personas que muchas veces debieron sufrir la pobreza, el olvido, la persecución, la enfermedad y toda suerte de infortunios. Pero a pesar de ello, o quizá dicho mejor, *gracias* a ello, alcanzaron un triunfo tan marcado. Nadie entonces debe desesperar cuando está pasando un mal momento, ni mucho menos darse por vencido porque deba soportar transitoriamente una carga pesada para su corazón.

Frecuentemente debemos llegar al último escalón de una mala racha antes de alcanzar el primero de un tiempo feliz. Dondequiera nos encontremos, la vida podrá sorprendernos con un Yucatán duro y hostil. Pero ¿comprendemos cuántos beneficios pueden brindarnos las pruebas, si nos colocamos en las manos de Dios y dejamos que él sea nuestro Escudo protector?

¡Tiene que ser así!

Tú no envías, Señor, la enfermedad. Tú de la pena no eres el autor. Queriendo tú a la pobre humanidad, ¿cómo podrías darle su dolor?

Yo sé que si sufrimos tanto aquí, no es porque tú lo ordenes, mi Señor; es a pesar de ti.

Es a pesar, sin duda, de tu amor.

Yo sé, por el contrario,
que tú estás junto al árbol del Calvario,
y en las angustias del Getsemaní.

Y que es tu mano, que sobre la herida pone una tregua de bondad y vida. ¡Tiene que ser así!

Claudio Gutiérrez Marín

¿Castigo o lección?

Cuando un severo contratiempo golpea la vida, son frecuentes los lamentos y las exclamaciones de todo tipo. Muchos dicen: "Pero ¿quién hubiera pensado que a mí, nada menos que a mí, me vendría esta prueba? ¡Nunca lo hubiera esperado! ¡Yo, que nunca hice mal a nadie!" Muy común también es la siguiente exclamación dolorida: "¿Qué habré hecho yo para que me pase esta desgracia?" Estas y otras expresiones parecidas son muy humanas, pero adolecen de un defecto. Dan a entender que quien sufre una prueba es porque la merece como un castigo de Dios.

Pero ¿a qué obedecen los contratiempos de la vida? No pocas veces somos nosotros mismos los causantes de ellos. Quizá se nos escapó una palabra ofensiva contra alguien; tal vez no supimos aprovechar una brillante oportunidad; o hemos sido demasiado audaces en la iniciación de una empresa. El hecho es que nuestros propios errores fueron motivo de problemas, fracasos y caídas. Y en tales casos, ¿podríamos decir que se trata de un castigo de Dios? Simplemente fue una falta nuestra.

Por supuesto, también existen las otras adversidades, que nosotros *no* provocamos y contra las cuales solemos rebelarnos. Estas son las que ponen a prueba nuestra verdadera capacidad para soportar el dolor y para desarrollar nuestra fe. Pueden ser desgracias personales terribles, que no sabemos a qué atribuir. Pero ya que han llegado hasta nosotros, debemos saber afrontarlas. Rebelarnos, amargarnos, deprimirnos o renegar de Dios; nada de eso puede mitigar la prueba. La actitud más sabia consiste en aceptar la adversidad tal cual es, y rogarle a Dios que nos muestre qué lección podemos aprender en esa hora de angustia. Y cuando nos acercamos con humildad al Altísimo, descubrimos que la adversidad nos ayuda a ser más fuertes espiritualmente.

Es decir, en lugar de ser un castigo, la prueba se ha convertido en una disciplina permitida por Dios para el desarrollo de nuestro carácter y para acrisolar nuestras virtudes.

Después de la oscuridad

Cierta vez, un conocido pintor europeo invitó a un amigo suyo para mostrarle uno de los cuadros que acababa de pintar. Al llegar a la casa, el visitante debió esperar un momento en una sala bastante mal iluminada. Al cabo de quince minutos de espera, el pintor entró en la habitación y le dijo a su amigo: ‘Quizá te habrá parecido extraño que te haya hecho esperar tanto tiempo en esta pieza. Pero la razón es que si tú entrabas al estudio con el resplandor de la calle en los ojos, no podrías apreciar el colorido de la pintura. Por eso te dejé un rato a oscuras, hasta que se te fuera el deslumbramiento’.

En el trato con sus criaturas, cuántas veces Dios obra de la misma manera. Permite que pasemos primero por la sombra de la aflicción y de la prueba, antes de que podamos apreciar la hermosura de su amor y de su carácter. Como el amanecer de cada día está precedido por la oscuridad de la noche, así también, antes de que amanezca la luz de Dios en el corazón, el alma a menudo debe pasar por las tinieblas de la soledad y de la angustia.

Cuando estamos encandilados o deslumbrados con las luces vanas de la vida mundana, no podemos ver a Dios. Por eso, feliz de aquel que, en medio de la hora oscura del alma, en lugar de protestar y desesperar levanta su vista al cielo y ahuyenta sus tinieblas con la luz de Dios. Sí, quienes viven tristes, abatidos, solitarios, enfermos o desorientados pueden descubrir en Dios la luz que sus almas necesitan, para gozar luego de una vida mejor que la que habrían conocido si nunca hubieran padecido.

Pedro aprendió la mayor lección de confianza en Dios cuando se hundía en el mar. David alcanzó la mayor dependencia del Altísimo cuando era perseguido por sus enemigos. Y Salomón se dispuso a buscar a Dios de todo corazón cuando comprendió que los placeres sensuales eran simple vanidad. Así somos los humanos: tenemos que caer primero en el pozo antes de anhelar vivir en la superficie.

Puede ser que usted esté pasando en este día por un trance de aflicción. Si así fuera, recuerde que hoy puede comenzar una experiencia victoriosa, si se dispone a confiar en la bondad divina. Porque el mismo que en el origen de todas las cosas dijo: “Sea la luz”, y fue la luz, puede hoy eliminar de nosotros para siempre toda oscuridad espiritual.

Una vía de salida

Días pasados debí salir tarde por la noche, para atender un compromiso impostergable. Cuando avancé por un sector de la ciudad que no conocía bien, me introduje en una calle que resultó no tener salida. Retrocedí varias cuadras, y cuando ya creía estar en buen camino descubrí que la nueva calle que había tomado tampoco tenía salida, razón por la cual tuve que retroceder otra vez, antes de tomar finalmente la dirección correcta. ¡Qué desagradable me resultó en esa noche tan oscura perder el camino y no saber para qué lado tomar!

Y mientras avanzamos por la vida, cuán a menudo también nos metemos sin querer en callejuelas que no tienen salidas y que por un tiempo nos mantienen atrapados y confundidos. Así le pasó a Teodoro Gómez, un joven esposo que esperaba

ansiosamente el nacimiento de su primer hijo. Aquellos días de espera se deslizaban normalmente, hasta que de pronto Teodoro quedó cesante en su trabajo, sin recibir una explicación satisfactoria por su despido. Se puso entonces a buscar un nuevo empleo. Pero antes de encontrarlo, su esposa enfermó y perdió la criatura que estaba gestando.

Ese era el callejón sin salida de Teodoro: sin trabajo, dolorido por la pérdida de su hijo, angustiado por el grave estado de salud de su esposa, y con muchas deudas. Un panorama para quebrantar el ánimo a cualquiera. Pero Teodoro era un buen cristiano. Y como tal, no quedó postrado. Actuó. Buscó y consiguió un nuevo empleo, mejor remunerado que el que había perdido. Con agradecimiento a Dios, pidió la salud para su esposa. Dos semanas más tarde ella mejoró, y su médico le informó que si la criatura perdida hubiera vivido, habría tenido serias anormalidades. Teodoro ahora era un hombre feliz: tenía trabajo, su esposa estaba sana y, al no nacer el hijo que esperaban, ambos se habían librado de una carga difícil de sobrellevar.

En un callejón sin salida, Teodoro y su esposa recurrieron a Dios, y él les abrió el camino. El rey David de la antigüedad también debió soportar muchas horas difíciles, sin soluciones a la vista. Pero su fe triunfadora y su dependencia de Dios siempre le permitieron salir de la estrechez y de la angustia.

Y como el Teodoro del relato y el David de los días de ayer, cualquiera de nosotros puede tener la seguridad del auxilio divino cuando está soportando las pruebas más severas. Dios sabe cómo abrirnos puertas, cómo despejarnos el camino y cómo aliviar nuestras cargas, si acudimos a él con fe, en procura de su ayuda.

Salvados de la muerte

Tiempo atrás, un gigantesco avión comercial estaba a punto de caer sobre las aguas de la bahía de San Francisco. Uno de sus motores se había incendiado y, juntamente con una parte del ala, había caído en el mar. En circunstancias normales, ese solo hecho habría producido un desequilibrio tal que nadie hubiera podido controlar. Sin embargo, providencialmente el avión se mantenía en vuelo, aunque al parecer sería imposible aterrizar en algún lugar. La muerte era segura para la tripulación y todos los pasajeros.

Pero en ese momento, cuando todo parecía perdido, uno de los pasajeros se adelantó resueltamente hacia la cabina de comando, y le dijo al piloto: "Ud. no podrá aterrizar con el avión en estas condiciones. El tren de aterrizaje no funciona. Pero yo soy uno de los ingenieros que ha trabajado en la construcción de estos aviones Boeing. ¿Me permite que dirija el aterrizaje?" Como de todas maneras no había esperanza alguna de salvación, el piloto consintió en que ese hombre desconocido dirigiera el descenso; el cual, después de varias maniobras sumamente delicadas, se produjo con total seguridad, y todos se salvaron de una muerte que parecía inevitable.

Como caminantes en el viaje de la vida, ¿no solemos tropezar con obstáculos que parecen insalvables, con reveses y contratiempos que detienen nuestra marcha de progreso? Y a pesar de nuestros esfuerzos, más de una vez llegamos a la conclusión de que todo está perdido. Quizás es el matrimonio que está al borde del naufragio, el trabajo que estamos a punto de perder, o el hijo rebelde que no quiere entrar por la buena senda. En fin, muchos pueden ser los motivos que nos detengan en el camino o que impidan nuestra prosperidad.

Es entonces cuando llega la hora de Dios.

Al igual que el ingeniero aeronáutico que salvó el avión y su pasaje de una muerte segura, porque conocía a la perfección el aparato por haberlo construido, Dios —nuestro gran Artífice— puede librarnos de nuestros males si tan solo dejamos que él actúe para nuestro bien. Si el piloto se hubiera resistido y no le hubiese dejado el comando del avión al ingeniero, todos habrían perecido.

Pero el piloto confió en ese hombre desconocido. ¿Confiamos nosotros de esta manera en Dios?

No siempre nuestra mente alcanza a comprender cómo Dios puede tendernos su mano de ayuda. Pero eso no interesa. Lo que sí importa es que él **puede hacerlo** si se lo pedimos, si confiamos en él y si lo dejamos actuar. Porque cuando el hombre agota todas las soluciones para sus males, Dios todavía tiene **mil** para ofrecer.

La indeseada

Si hay algo que los hombres tememos, es la muerte. Y quedamos tan aturdidos ante su presencia que cuando tenemos que expresarle a alguien nuestra condolencia parecería que nos faltaran las palabras. La muerte produce un vacío y crea una confusión tan grande para los que quedan que la vida pierde todo atractivo.

Comentando él fallecimiento inesperado de su hijo, cierta madre decía: “Mi esposo y yo estamos como muertos en vida”. Esta es la trágica consecuencia de la muerte: dolor,

lágrimas, angustia y soledad. Y aunque queremos rehuir el tema, la realidad no puede ser eludida: la muerte es tan cierta como la vida. Pero frente al dolor que provoca, hay una actitud que puede traer consuelo a los deudos que lloran la partida de un ser querido.

Una fiera batalla se estaba librando entre los ejércitos de Media y Lidia, hasta que un eclipse total de sol puso fin a la lucha. La oscuridad de esa hora infundió tanto temor entre los soldados que depusieron sus armas e hicieron la paz. Más de un comentarista ha visto en este hecho una ilustración de lo que puede acontecer entre los miembros de una familia cuando las sombras de la muerte se ciernen sobre ella. Hermanos separados se vuelven a unir ante la desaparición de uno de los padres. Esposos divididos se reencuentran ante la pérdida de su único hijo. Y así como la noche oscura deja ver mejor el fulgor de las estrellas, la oscuridad del alma a causa de la muerte puede sacar a luz bondades, perdones y amores que antes no se habían conocido.

Lo dicho no significa que la muerte sea algo agradable. Pero sí es cierto que, aun en medio del dolor que produce, el enlutado puede ver hechos y verdades que antes no veía, o incluso lanzarse a empresas que antes habría considerado imposibles. Lograr esto es tomar por el lado constructivo y favorable la única desgracia irreparable de la vida humana.

Además, la muerte es solo un paréntesis. Y hoy siguen siendo válidas las palabras del Hijo de Dios: “Yo soy la resurrección y la vida; **el que cree en mí**, aunque esté muerto, vivirá” (S. Juan 11:25).

¿Tres caminos, o uno?

En su hora de mayor dolor y desolación, un padre hizo este comentario: “Cuando un hombre llega a cosas como esta, tiene solo tres caminos a seguir: la bebida, la desesperación o Dios”.

¿No hay en estas palabras una buena dosis de razón? Cuántos son los hombres, y también las mujeres, que frente a alguna dificultad que los aflige buscan refugio en la bebida. Como le está ocurriendo a un hombre joven, a quien tuve oportunidad de decirle: “Amigo, Ud. tiene que abandonar el alcohol, porque de lo contrario no podrá resolver sus problemas”. Pero, con toda franqueza, el hombre explicó que el alcohol lo “ayudaba” a olvidar sus penas, aunque luego admitió que solo contribuía a aumentarlas. Sí, el pobre escapismo del alcohol no brinda ninguna solución a nadie. Ante el dolor y las adversidades de la vida, es necesario descubrir un camino mejor.

La mera desesperación tampoco encierra ayuda alguna. Quien permanece desesperado frente a las pruebas está inhabilitado para superarlas. Porque la desesperación nubla la mente y no deja pensar con serenidad. Desesperarse equivale a rebelarse contra la mala suerte; es vivir angustiado, sin provecho alguno. Es gastar las energías nerviosas en quejas y lamentos, en lugar de reservarlas para la búsqueda de una solución. El célebre poeta inglés Juan Milton, que quedó ciego a los 43 años, cierta vez declaró: “No es una desgracia ser ciego. Es desgracia no ser capaz de soportar la ceguera”. Y con estas acertadas palabras, el valeroso Milton indicó la importancia de adoptar *una actitud mental adecuada* ante los contratiempos de la vida.

Ahora bien, ¿en qué consiste esta “actitud mental adecuada” y cómo es posible poseerla? Todos sabemos cuán amargas pueden ser las pruebas, y cómo a veces no hay ayuda humana suficiente para poder vencerlas. Es entonces cuando uno comprende que es menester buscar el sostén y el aliento que provienen de Dios. Porque ¿quién mejor que él podrá darnos la resignación o la paciencia para sobrellevar con valor el infortunio? Sólo él puede fortalecer nuestro espíritu, para superar nuestras aflicciones.

San Pablo afirma que mediante la ayuda divina “somos más que vencedores” en todas nuestras pruebas. Y San Juan añade: “Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, *nuestra fe*” (1 S. Juan 5:4). ¡Cuánto puede lograr un cristiano que confía en Dios, tanto en la hora de la bonanza como de la adversidad!

¿Necesita usted fuerza y ánimo para proseguir la lucha de la vida? Entonces, ¿por qué no busca a Dios con fervor?

Cambio de pregunta

¿Sería exagerado decir que nuestro planeta es el mundo de los dolientes? Adondequiera que vamos nos encontramos con escenas de pena y sufrimiento, de dolor y desencanto, de fracaso y frustración. Cuán a menudo hasta el hombre más recio se quiebra frente a sus propios pesares, y la mujer que aparenta alegría termina derramando lágrimas. ¿No existirá alguna forma eficaz de mitigar el dolor humano?

El hijo del corazón, de tan solo cinco años de edad, fue arrebatado violentamente por la muerte. Había estado tan concentrado con su juego infantil que, cuando la pelota se fue a la calle, el niño corrió engeguedo detrás de ella. Y la fatalidad quiso que en ese momento un automóvil pasara por el lugar y arrollara al pequeño de tal manera que lo dejó sin vida sobre el pavimento.

Durante muchas semanas los padres de la tierna criatura padecieron el tormento de un dolor ilimitado. Ambos por igual, juntos o separados, se preguntaban en el silencio de sus almas: “¿POR QUÉ? ¿Por qué Dios lo permitió? ¿Acaso no pudo haberlo evitado, o él no tuvo compasión de nuestro hijito?” Felizmente, poco a poco estos padres encontraron resignación y consuelo para su dolor. Pero ¿de qué manera? Simplemente cambiando su pregunta por otra más realista. Durante mucho tiempo se habían preguntado “¿POR QUÉ?” Y, al no encontrar respuesta, lo único que habían conseguido fue aumentar su pena. Entonces comenzaron a preguntarse “¿CÓMO?” Es decir, *cómo* hacer para soportar esa dura prueba con valor y entereza.

A partir de ese momento marido y mujer aceptaron la realidad. Pidieron fuerzas a Dios para resignarse y para recobrar el ánimo perdido. Y Dios los alentó y les dio una visión más profunda de la vida. ¿Le ha ocurrido a usted alguna vez algo parecido? Frente a un infortunio o a una adversidad cualquiera, ¿se ha preguntado insistentemente “por qué”? En tal caso, ¿qué consiguió? Quizá confundirse más, y hasta dudar de Dios. ¿No es más razonable buscar una salida de fe a nuestras penas, en lugar de endecharlas sin beneficio alguno? Aunque nosotros no lo entendamos ni menos lo aceptemos, el Altísimo sabe el porqué de cada tribulación que nos toca padecer.

Discutir con Dios o maldecir su nombre no tiene sentido. Semejante actitud nos vuelve hostiles y amargados, y nos deja abierta la herida del dolor. Por otra parte, el Eterno es un Dios de consolación; y con espíritu paternal siempre anhela mitigar nuestros pesares. Jesucristo afirma que los que lloran “recibirán consolación”. Y esta es una promesa que no falla, porque “Dios es amor” y nunca permite que suframos más de lo que podemos soportar.

¿No recordaremos a partir de este día que frente al dolor es más cristiano y más útil preguntarnos **CÓMO** y no **POR QUÉ**?

Libre de malos hábitos

“El vicio. . . si se lo mira con mucha frecuencia, familiarizándonos con su rostro, primero lo soportamos, luego lo compadecemos y después lo abrazamos” (A. Pope).

Todos nos movemos y actuamos sobre la base de los hábitos que cultivamos. De esta manera, la vida se nos hace más fácil. Adquirimos una modalidad y, como si fuese una huella bien definida, transitamos por ella rutinariamente sin mayor esfuerzo mental.

Pero cuando el hábito es perjudicial y, sin embargo, se lo retiene, se convierte en un vicio, en una acción repetitiva que va en detrimento directo de quien la realiza. Alejandro Pope declara que “el vicio es un monstruo de tan terrible aspecto que para odiarlo basta con verlo. No obstante, si se lo mira con mucha frecuencia, familiarizándonos con su rostro, primero lo soportamos, luego lo compadecemos y después lo abrazamos”.

Esta es precisamente la trampa mortal del vicio. Nadie se vuelve vicioso de repente. Por el contrario, la persona dirá: "Yo sé que esto no es lo mejor, pero me gustaría probarlo para ver cómo es. Solamente por curiosidad". Y una vez que la víctima cae en la celada y prueba, quizá probará una segunda y una tercera vez. Hasta que por fin, eso que parecía tan aborrecible en un comienzo será buscado ciegamente como necia fuente de placer.

"Es el único vicio que tengo"

El señor con quien conversaba era un hombre cordial, de trato muy agradable. Pero en su hablar se percibía el aroma característico del bebedor sin moderación. Y a poco de iniciar nuestro diálogo, el hombre se abrió, diciendo: "Mire, yo soy una persona de trabajo y vivo bien con mi familia. Mi problema es que me gusta un poco la bebida. Pero felizmente este es el único vicio que tengo".

No le hubiera dado mucha trascendencia a estas palabras si solo las hubiese escuchado esa vez. Pero con términos parecidos y en diferentes ocasiones, escuché esa misma idea de fumadores inveterados, de hombres iracundos, de libertinos sexuales y de fanáticos por el juego de azar.

Cada uno de ellos tenía ese "solo" defecto. En todo lo demás eran personas íntegras, de buen corazón. Sin embargo, quizá lo peor que tenían esas personas no era ese único vicio que las consumía, sino el hecho de que se sintieran tranquilas y satisfechas porque "solo" las dominaba ese vicio. Y con esa engañosa manera de pensar, no se esforzaban en absoluto por

mejorar. ¿Cómo alguien puede sentirse casi orgulloso por el hecho de tener solamente un vicio? ¿Es que acaso uno solo no basta, a veces, para destruir a una persona, o para llevar desgracia a todo un hogar?

¡Cuántos bebedores, que no tenían otro defecto que tomar alcohol, han llevado vergüenza, miseria y ruina a toda su familia! ¡Cuántos fumadores, que solo tienen la debilidad de fumar, viven enfermos, rinden a medias en sus tareas y queman su dinero porque siguen adictos al tabaco! La lista podría hacerse muy extensa. Y en todos los casos veríamos que un solo vicio —no importa cuál sea— puede bastar para arruinar la vida entera. Por eso usted, señor, que es sensato, jamás diga: "Felizmente, tengo este único vicio"; como dando a entender que usted es una persona virtuosa porque no tiene cinco o diez. Un solo vicio es suficiente motivo para que usted se ponga a luchar a fin de vencerlo por completo. ¿No le parece?

La actitud del que se siente satisfecho por tener un vicio solo resulta tan insensata como si un enfermo del corazón dijera con orgullo que solamente tiene ese "problemita" de salud, pero que el resto de su organismo está en perfecto estado. El hombre sensato no puede conformarse con la idea de que es casi bueno, casi sano, casi feliz, casi cristiano. Somos o no somos. Ser realmente completo y disfrutar de una vida agradable es posible con la ayuda divina. ¿No cree usted que con la fuerza de Dios se puede vencer todo mal hábito y cultivar toda virtud?

La botella que fue rota

León Tolstoi cuenta el caso de una familia que vivía en la miseria a causa del alcohol. Los niños, delgados y desnutridos, siempre carecían de todo. La pobre esposa, fatigada y abatida, no sabía más qué hacer. Y cuando los hijos le pedían pan o necesitaban zapatos y ropa, ella señalaba hacia un rincón y les decía: "Allí, en esa botella, están la comida, el calzado y la ropa que Uds. necesitan".

Efectivamente, allí permanecía siempre la nauseabunda botella. Un día, el menor de los hijos tomó una piedra y rompió en pedazos la botella. Pero en ese momento acertó a llegar el padre, y preguntó encolerizado: "¿Quién rompió mi botella?" El hijito, presa de temor y espanto, confesó: "Fui yo, papá". "¿Y por qué lo has hecho?" "Porque mamá nos dijo que nuestro pan, nuestros zapatos y nuestra ropa estaban allí adentro, y yo creí que los encontraría". "Está bien, ¡ni una palabra más!", respondió el padre, en forma cortante.

Aquellas palabras infantiles se clavaron como un dardo en el corazón del padre bebedor. Desde entonces el hombre comenzó a verse triste, pero sobrio. Y León Tolstoi termina su relato diciendo que poco tiempo después el hombre llegó a su casa con un gran paquete, y le dijo a la familia: "Aquí están el pan, los zapatos y la ropa que Uds. pedían. Con la ayuda de Dios no beberé más, porque he resuelto abandonar para siempre la botella".

Señor, usted que viene arrastrando desde hace años el vicio del alcoholismo, ¿no cree que debería tomar la valiente resolución del padre del relato? Hace largo tiempo que su familia está esperando que usted se decida. Piense un poco.

¿Qué ha logrado hasta aquí, consumiendo sin control bebidas embriagantes? No ha solucionado ninguno de sus problemas, no ha rendido más en su trabajo ni ha hecho feliz a nadie. Incluso, usted mismo ha perdido la alegría de la vida, aunque paradójicamente diga que bebe para "alegrarse".

Su familia quiere su recuperación, y Dios se la puede dar si usted lo pide con fe sincera. La Biblia declara que

Dios "es **poteroso** para socorrer a los que son tentados" (Hebreos 2:18). De manera que él podrá socorrerlo y darle fuerzas para no volver a caer. ¡Pruébalo!

"De algo hay que morir"

Estas palabras son para usted, estimado fumador, que dice: "De algo hay que morir". Usted está en su derecho. Ciertamente, si desea morir de algún mal provocado por el consumo del tabaco, no le faltará oportunidad. La fría información estadística declara que el fumador que consume unos treinta cigarrillos por día acorta su vida en un promedio de diez años. Pero cuando usted afirma: "De algo hay que morir", ¿está deseando realmente adelantar el día de su muerte? ¿Está dispuesto a correr el serio riesgo de contraer cáncer pulmonar o alguna afección cardiovascular que precipite su hora postrera? ¡No!, por cierto. Entonces, ¿por qué pretende conformarse a usted mismo o tranquilizar a sus allegados diciendo: "De algo hay que morir"? Este pretexto para seguir fumando no lo excusa de su mal hábito. Más bien lo señala como alguien que subestima el valor imponderable de la vida humana.

El que voluntariamente acorta su vida, ¿no es un suicida? Sí, por más elegante que parezca el hábito de fumar. Además, al tronchar deliberadamente sus días, el fumador no solo se daña a sí mismo, sino también a su familia y a la comunidad. Deja a una viuda sumida en el dolor y la soledad. Priva a sus hijos del padre y amigo que necesitaban tener por más tiempo. Todo, por pensar desaprensivamente: "De algo hay que morir". Pero quien insista en este pensamiento, ¿qué va a conseguir, sino morir de veras? Y lo único que podrá hacerse por él será enterrarlo.

Estoy seguro de que si usted ha pronunciado alguna vez estas palabritas, no creía en absoluto en ellas. ¿Cómo podría jugar así con su vida? Usted valora su existencia, y por instinto desea conservarla a todo precio. La idea de la muerte no le es grata, porque usted es un ser normal. Entonces, ¿por qué fuma? ¿Por qué daña su salud y su bolsillo con cada cigarrillo que consume? ¿No le preocupa saber que el tabaco contiene treinta venenos? ¿No le importa que la nicotina sea casi tan mortal como el cianuro, tanto que la dosis contenida en tres cigarrillos bastaría para matar al hombre? Acaso ¿no recuerda que el alquitrán del tabaco es un agente productor del cáncer? Sí, usted sabe todo esto. Y sabiéndolo, ¿se atreve a seguir fumando?

Sin duda, usted no desearía que sus hijos fumaran. Pero, para tener esta satisfacción de buen padre, usted sabe que debe darles el ejemplo. De lo contrario, ¿cuánto valdrán sus buenos deseos e insistentes ruegos para que ellos no fumen? Aunque sus hijos no se lo confiesen, más de una vez habrán querido decirle: "Papá, no fumes; necesitamos de tu buen ejemplo", o, "Papá, no fumes, no nos prives prematuramente de tu compañía; en casa te necesitamos".

Por amor, entonces, a su familia; por respeto a su propia vida y por la utilidad que pueda brindarle con salud a la sociedad, ¿podría usted seguir fumando, pensando que de todos modos "de algo hay que morir"?

Voluntad para vencer

He aquí un hombre que, al igual que muchísimos otros fumadores, comprende los peligros del consumo de tabaco y por eso desea abandonarlo. Este señor dice textualmente: "Ya he recibido toda la ayuda médica posible. Creo haber leído todo lo publicado sobre la materia. No obstante, sigo envenenándome a plena conciencia, sin lograr que mi voluntad me dé la victoria". Y el hombre termina diciendo: "Sé que es imprescindible la fuerza de voluntad, pero ¿dónde se compra ese bendito remedio?"

En vista de que son tantas las personas que tienen esta misma inquietud, digamos de qué manera es posible desarrollar una fuerza de voluntad suficientemente firme como para vencer el tabaquismo y cualquier otro hábito malsano para la salud.

En primer lugar, convendrá saber que nadie carece totalmente de fuerza de voluntad. Puede estar enferma, debilitada o aun casi muerta, pero siempre existe —aunque esté latente. Y lo que corresponde hacer es reactivarla, sacudirla, ponerla en acción. Esto es posible.

Cuando una persona tiene el sincero *deseo* de abandonar algún mal hábito, lo que necesita es *convertir ese deseo en voluntad*. Y la voluntad comienza a surgir: 1) cuando se la

desafia, 2) cuando se la estimula con pequeñas victorias, 3) cuando se ayuda a otra persona igualmente necesitada, 4) cuando se concentra el esfuerzo, 5) cuando se evitan los lugares de tentación, y 6) cuando se ruega la ayuda poderosa del Altísimo. Estos seis pasos, sencillos como son, pueden mover la voluntad más débil y dormida. Reiteremos y amplíemos:

Desafiar la voluntad, diciéndose uno mismo: “¿Cómo no podré pasar una o dos horas sin el vicio! ¿No soy acaso una persona normal, capaz de esto y mucho más?”

Estimularse y animarse al ver que es posible obtener pequeños triunfos. Esas cortas y leves victorias prepararán el camino para otras mayores.

Ayudar a otro que tiene el mismo problema. Esta es una forma muy eficaz de ayudarse a uno mismo. Viendo en otros los estragos del vicio, uno puede comprender mejor su propia situación. Y al tenderle una mano de ayuda al compañero necesitado, el beneficio recae también sobre uno mismo.

Concentrar todo pensamiento, todo intento, todo esfuerzo para lograr el éxito que se busca. El vicio suele ser tan dominante, que a menos que se lo combata con decisión sostenida será imposible vencerlo.

Evitar los lugares de tentación, donde se expende o se consume el producto enviciador. Asimismo, evitar la compañía de quienes viven presa del vicio, y cuya influencia podría resultar perjudicial.

Pedir la ayuda divina. La oración dirigida a Dios con fe, en busca de una voluntad victoriosa, produce resultados increíbles. No existe mal que se resista cuando Dios comienza a obrar en una vida.

Quien ponga en práctica estos pasos se gozará como triunfador y adquirirá voluntad para cultivar los mejores hábitos de una vida sana.

“Una sola vez”

“No vayas a bañarte en esa laguna, porque sus aguas son muy peligrosas. ¡Hay muchos remolinos!” Así le aconsejaba una buena madre a su hijo único, un muchacho de 19 años. Y como respuesta al insistente pedido de su madre, dijo: “Mamá, solo por esta vez. Te prometo que no voy a ir más”.

El muchacho fue ese día, y efectivamente esa fue la última vez. Porque uno de los temibles remolinos de aquella laguna lo arrastró de tal manera que ninguno de sus compañeros pudo socorrerlo. El hijo querido fue, pero no volvió. “Una sola vez; por esta vez, mamá, y nada más”. Tales las palabras que llenaron de traicionera confianza a aquel corazón juvenil.

Cuántos otros, a semejanza de este joven, se animan a hacer ciertas cosas “por una vez, no más”, pensando que luego podrán librarse de ellas; o creyendo que, aunque se trate de prácticas no del todo inofensivas, el probarlas una sola vez no significará ningún peligro. Miles y miles de delincuentes, hoy reclusos en una prisión, un día cometieron su primer delito con la idea de que ese sería el único de su vida. Pero como no fueron descubiertos, se animaron a probar una vez más, hasta que su siniestra carrera de robo y de crimen fue a terminar en la vergüenza de una cárcel. Hay otros muchachos que por una sola vez se atrevieron a sacar el coche de su padre sin permiso, “Total, él no se dará cuenta”. Pero ese solo paseo a

escondidas resultó en un accidente de graves consecuencias.

Hoy, cuando la ingestión de drogas se va convirtiendo en algo cada vez más común, sabemos de muchos jovencitos y de otros mayores que la tomaron por primera vez simplemente "para ver cómo era", pensando que lo harían "una sola vez". Y cuando probaron la droga, aunque se sintieron mal, para no pasar por débiles ni miedosos delante de sus compañeros siguieron probando dos, tres y más veces, hasta que su gusto quedó pervertido y arruinada su salud física, mental y moral. Y algo parecido se podría decir de los que ponen entre sus labios el primer cigarrillo o la primera copa de alcohol. ¿Quién puede medir los trágicos resultados de una sola negligencia, de un solo mal paso? La niña que se lanzó a una aventura erótica una sola vez, ¿qué fuerza moral tendrá luego para no volver a caer?

Quien ante lo malo dice: "Lo haré esta única vez", está colocándose en la trampa que podrá arruinarlo por el resto de su vida. No de balde, por la preservación de la felicidad humana, los Escritos Sagrados nos instan a repudiar el mal, a luchar contra él, y a vivir con limpieza y rectitud. "No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal" (Romanos 12:21).

Arrancarlo antes de que crezca

Era un muchacho de buen corazón. Pero tenía algunos malos hábitos que no sabía cómo desarraigar de su vida. Hasta que un día su papá lo llevó al amplio jardín de la casa y le mostró tres arbolitos: uno muy pequeño, otro algo crecido

y un tercero bastante desarrollado. El padre le pidió a su hijo que arrancara con la mano los tres arbolitos.

El muchacho empezó por el más pequeño, y lo arrancó con toda facilidad. El segundo le dio bastante más trabajo. Pero cuando llegó al tercero, le fue imposible arrancarlo. Las raíces ya eran profundas y estaban muy afirmadas en la tierra. Entonces el padre le dijo: "Hijo mío, eso mismo pasa con tus vicios. Si los arrancas de tu corazón ni bien aparecen, te verás libre de ellos. Pero si dejas que echen raíces, difícilmente los podrás quitar de tu vida".

¡Cuánta razón tenía este padre! Si sabemos detectar a tiempo nuestro defectos de carácter, podremos desarraigarlos de nuestro corazón con relativa facilidad. Pero cuando dejamos que el vicio crezca, restándole importancia, llega un momento en que nos domina y deforma nuestra personalidad. Entonces, cuando queremos reaccionar, tal vez descubrimos que es demasiado tarde.

El vicioso incorregible, el ladrón y el mentiroso podrían haberse detenido a tiempo para cambiar su conducta. Pero pensaron que podrían hacerlo más adelante. Y esa idea traicionera fue su tragedia. Dejaron que las raíces del mal crecieran dentro de sus vidas, y hoy son seres fracasados y desdichados. De estos ejemplares está llena la humanidad.

¿Reconoce usted que en su vida hay algún defecto, algún error o algún hábito traicionero? Entonces no lo deje crecer. Desarraigúelo cuando todavía es posible, antes de que crezca y lo domine. Y tú, joven, si por imitar a alguno de tus compañeros te has iniciado en el vicio, recuerda que ese puede ser el motivo de tu ruina. El vicio —no importa cuál sea— siempre es destructivo. Cuando hace su asiento en el alma, poco a poco va dominando todo el ser. De ahí la necesidad de rechazar toda especie de mal aun en sus más leves manifestaciones.

El error de Zulema

El mayor interés de Zulema era resaltar el atractivo de su cuerpo. Para ella no había tiempo mejor aprovechado que el que pasaba frente al espejo con sus artículos de cosmética. Realmente era una muchacha hermosa, aun sin arreglarse. Pero, agraciada como pocas y bien proporcionada, Zulema dedicó tanto tiempo a realzar su belleza y sobre esa base cifró tanto sus esperanzas en la vida, que pasados los años, con su hermosura menguada, descubrió que no tenía otra virtud sobre la cual apoyar su existencia. Había caído en el vicio de la vanidad, de cuidarse por fuera y abandonarse por dentro.

En los días de su adolescencia, Zulema había sido el centro de atención de toda la gente del barrio. Al lado de ella, las otras chicas pasaban inadvertidas. Pero con el tiempo, sus amigas mucho menos atrayentes llegaron a ser algo en la vida. En cambio Zulema, aunque siguió atrayendo las miradas masculinas, no llegó a concretar sus sueños dorados. Hermosa, sí, pero frívola y superficial.

Estimada dama, si al igual que Zulema usted tuviera un especial grado de belleza, dé gracias a Dios por ello. Arréglese y manténgase atractiva, para conservar ese don de Dios. Pero, a la vez, luche para no caer en la vanidad y para conservarse humilde. Además, recuerde que el tiempo es demasiado valioso como para dedicarlo solamente al arreglo personal.

El cultivo del espíritu es tan importante que sin él no hay verdadera belleza. Si usted es soltera, no podrá soñar con hacer feliz a ningún hombre como esposo, si se ocupa únicamente de su atractivo exterior. Y si es casada, sabe muy bien que su papel de esposa y madre demanda tal riqueza afectiva

y equilibrio interior que usted, forzosamente, debe cultivar su alma, tanto como conservar su belleza física.

Si usted es bonita, evite la ostentación y la provocación por su modo de vestir, porque eso sería inmadurez y egocentrismo. Y si la belleza de su cuerpo es motivo de atracción para otros, no por eso pierda su naturalidad en el caminar, en el mirar y el hablar. No caiga en la sofisticación ridícula de tanta otra gente.

Y como su belleza puede ser motivo de codicia y concupiscencia para muchos, si quiere mantener limpia su moral procure conservar sus amistades por el atractivo de su personalidad más que por el de su cuerpo. La mujer hermosa es más asediada, más codiciada, más tentada. Por lo tanto, necesita de la ayuda de Dios, a fin de poder mantenerse íntegra y fiel. Que el Cielo la ayude, señora o señorita, a ser una mujer cristiana noble y feliz, mientras une a su belleza física la hermosura del corazón.

Para que no vuelva a repetirse

En esta época, cuando muchos jóvenes caen en la red de la drogadicción, ¿sabemos qué piensa el drogadicto en el fondo de su alma? ¿Qué resorte misterioso lo incita a convertirse en esclavo de la droga?

Patricio tenía dieciocho años de edad. Durante varios años había usado y abusado de las drogas. Y una noche, sintiéndose vencido y arruinado, escribió esta carta: "He estado usando toda clase de drogas, desde marihuana y LSD hasta heroína.

Lo único que puedo decir es que todas ellas son horribles. Los vendedores de drogas no las usan, porque saben muy bien en qué forma lamentable lo dejan a uno. Lo que conseguimos usando drogas es arruinar nuestras vidas". El muchacho terminó diciendo: "El que no puede luchar por sí mismo contra las drogas, debe buscar ayuda con urgencia". Y concluida su carta, Patricio se quitó la vida con la escopeta de su abuelo. Incapaz de seguir sufriendo o de hacer algo para vencer su maldito vicio, prefirió suicidarse.

La experiencia real de Patricio nos dice que nadie descubre la felicidad consumiendo drogas alucinógenas, o huyendo de la realidad para refugiarse en el mundo de la fantasía. ¿Puede alguien, aunque más no sea por curiosidad, atreverse a probar la droga, y al mismo tiempo pretender que no dañe su salud? Estos compuestos químicos siempre producen cambios en el cuerpo, especialmente en el cerebro. Alteran las funciones de la mente y lanzan al drogadicto a una conducta descontrolada, que termina por agotarlo.

¿Por qué suelen drogarse los adolescentes? Tal vez porque viven agobiados por la frustración o por carecer de ideales; quizá porque se sienten incomprendidos y solitarios dentro de su propio hogar. A veces un fracaso en los estudios, un sentimiento de inferioridad, o el simple deseo de imitación o de aparentar cierta valentía pueden ser factores que empujen al joven hacia la mala dirección. Pero una cosa es cierta: nadie resuelve nada con las drogas. Al contrario, todo se complica mucho más.

Si tenemos problemas y conflictos, seamos jóvenes o adultos, lo que corresponde es encararlos con fe y no huir de ellos. Para los problemas del corazón, únicamente Dios tiene la respuesta. Sólo el Dador de la vida proporciona la liberación de

los conflictos más íntimos. El sí da paz al espíritu y salud a la mente turbada. Es una maravilla cómo Dios puede conducir para bien nuestra vida. Cuando vivimos en amistad con él y ordenamos nuestros actos según su divina Palabra, el Altísimo se encarga de asegurar nuestro bienestar y de remediar todos nuestros males.

El escultor

Te hablaré de un escultor
que con gracia insuperable
convierte en obra de arte
el más tosco material.

Mármol, arcilla, metal,
con sus manos acaricia,
y cincela con pericia
que nadie puede igualar.

¿Sabes tú lo que es cambiar
un ladrón en hombre honrado?

¿Un insensato en sensato?

¿Un mentiroso en veraz?

Bien sabes tú que el cambiar
al humano es imposible,
pues el yugo que le oprime
no puede el hombre aflojar.

Pero el Escultor lo hará,
porque el corazón bien conoce,
y el corazón que él cincela
nueva forma ha de tomar.

¿Por qué quieres aguardar?
Tu corazón ve a llevarle,
y verás que al cincelarlo
nuevo corazón tendrás.

Dolores Pérez

9

No estamos solos

“Yo soy tu Dios, quien te sostiene de tu mano derecha, y te dice: No temas, yo te ayudo” (Isaías 41:13). He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Jesucristo).

En plena acción de la Segunda Guerra Mundial, cierto paracaidista belga fue capturado por la Gestapo y confinado en un encierro solitario. En la celda contigua a la suya había un clérigo belga acusado, igual que él, de espionaje. Al cabo de algunos días, estos hombres descubrieron que podían comunicarse entre sí a través de la pared medianera, empleando el código Morse. En cierta ocasión, el paracaidista transmitió esta frase: “Es un infierno estar solo con uno mismo”. Pero en seguida el religioso le contestó del otro lado: “¡Es un cielo estar solo con Dios!”

Y a partir de ese curioso diálogo, el clérigo y el paracaidista siguieron comunicándose cada día mediante el sistema Morse, hasta que la fe se encendió en el corazón del joven soldado. Como resultado, Jesús entró en su vida y lo transformó

en su solitario encierro! Cuando días más tarde era sacado para ser ejecutado, el soldado paracaidista, ahora cristiano, le transmitió suavemente esta frase al clérigo vecino, que tanto había hecho por él: "Voy al encuentro de la vida, y no de la muerte". Así transformó Dios la vida de un hombre solitario.

Cuántos otros, como aquel paracaidista, viven también aislados como en una celda, afectados por un sentimiento de orfandad interior que los tortura continuamente. Personas que se han encerrado en sí mismas y han cortado su conexión humana con los demás; o, simplemente, personas cuya suerte las ha dejado sin familia y sin amigos. En todos los casos, la víctima de la soledad aborrece su aislamiento y se dice para sus adentros, como aquel prisionero de guerra: "Es un infierno estar solo con uno mismo". En cambio, cuán diferente es la experiencia del que, estando también solo, se siente espiritualmente acompañado, y su corazón expresa: "¡Es un cielo estar solo con Dios!"

¿En qué radica la diferencia entre el uno y el otro? Sencillamente en que uno está sin Dios y el otro está con él. Uno, en su aburrimiento, su hastío y su angustia, desconoce que en Dios tiene a su Padre amante y que en sus semejantes puede encontrar multitud de hermanos. El otro, en cambio, ha aprendido a gustar de la compañía del Altísimo. Y al tratar cordialmente a los demás, descubre que ellos le responden de la misma manera. Inicia así una corriente de comunicación humana y ahuyenta su soledad.

¿Usted se siente solo a veces? ¿Por qué no recordar entonces que hay Alguien que puede brindarle buena compañía? Ese Alguien es Dios, quien a través de su Espíritu quiere ofrecerle su amistad y alojarse dentro de su corazón. Mediante la fe es posible ser amigos de Dios y gozar de sus abundantes bendiciones.

Nuestro gran sostén

El famoso Nicolás Paganini y un cantor de París acababan de presentar un concierto en el teatro "La Ópera" de la Ciudad Luz. El numeroso público presente había aplaudido entusiastamente cada pieza interpretada. El concierto no podía haber tenido un éxito mayor. A la salida del teatro, junto a la puerta exterior del edificio, había un pobre hombre de avanzada edad tocando el violín, para que el público que salía pudiera darle alguna limosna.

Naturalmente, después de tan brillante concierto, ninguno de los concurrentes se detenía para escuchar y ayudar a ese mediocre violinista. Pero en medio de todo el gentío apareció el propio Paganini, quien, al ver la indiferencia del público, tomó el violín del anciano y comenzó a tocar una de las piezas que había interpretado dentro del teatro. Entonces, sí, todos se detuvieron a escuchar embelesados al célebre artista. Cuando terminó, el mismo Paganini tomó el sombrero del viejecito y, pasándolo entre el público, recogió una abultada suma de dinero que gustosamente entregó al despreciado mendigo.

Así como este anciano violinista había hecho lo mejor de su parte, pero sin éxito alguno, cuántos son los hombres de este mundo que luchan y se esfuerzan, y aparentemente no prosperan en lo que hacen. Quizá les falta capacidad, o tal vez son resistidos por quienes los rodean. El hecho es que no triunfan en la tarea que realizan. Y como resultado, los tales sufren luego el desánimo y hasta el fracaso. Una buena proporción de la gente que nos rodea se encuentra en esta situación. Sin aliento, sin alegría, sin estímulos, porque las cosas no les salen como sería de esperar. ¿Quién no se ha sentido alguna vez de esta manera?

Pero cuando nos invada esta sensación de impotencia o insuficiencia, hemos de recordar que Dios puede apoyarnos y sostenernos. Como Paganini ayudó al anciano necesitado, así el divino Artista puede tomar el modesto violín de nuestra vida para arrancar de él melodías de éxitos, que no habíamos conocido antes. El anciano no le negó su violín a Paganini. ¿Le negaremos nosotros nuestra vida a Dios? ¿Quién mejor que él para conducirnos y para suplir toda necesidad que tengamos? Si sufrimos, él también sufre a nuestro lado. Si reímos, él se alegra con nosotros. Si los hombres dejan de apoyarnos, él nos da su sostén. Si nos sentimos débiles y abatidos, él nos llena de valor y de fortaleza espiritual. Y todo apenas por confiar en él.

Esta es la única forma de asegurar nuestro bienestar: depender de Dios y confiar nuestra vida a su sabia dirección. Cuando procedamos de esta manera, veremos los maravillosos resultados.

Socorro oportuno

Cierta vez, le preguntaron a una persona de color por qué entre ellos eran raros los suicidios. Y el hombre contestó: "Creo que los blancos se desesperan demasiado ante los problemas, y al no poder resolverlos se pegan un tiro. En cambio nosotros, cuando tenemos un problema difícil nos ponemos a pensar, pero antes de mucho nos quedamos dormidos". Y el hombre de color terminó diciendo: "Cuando nos despertamos, a menudo descubrimos que el problema se ha resuelto solo, o bien que nos hemos olvidado de él".

Quizá sea un tanto simple la filosofía de este hombre; tal vez un poco errónea. Pero, ¿por qué no reconocerlo? ¿No tenía también buena parte de razón? ¿Cuán a menudo nos desvelamos y agobiamos nuestro espíritu con morbosas preocupaciones! Y quedamos inmóviles, temiendo lo que vendrá, sin saber por dónde encontrar una vía de escape para los problemas. A veces las personas más cultas son las que menos preparadas están para soportar los reveses de la vida. Sufren una quiebra económica, padecen de algún mal incurable o tienen un amargo desencuentro familiar, y en tales circunstancias toman decisiones trágicas, que provocan desde el desaliento más profundo hasta el propio suicidio.

En la historia de la humanidad ha habido pocos personajes más perseguidos, angustiados y afligidos que David. Ese mismo David que más tarde llegó a ser el rey de su nación vivió atormentado, amenazado y rodeado de enemigos. Su vida estuvo en constante peligro durante largo tiempo. Víctima de la envidia diabólica del rey Saúl, fue perseguido día y noche. De día debía permanecer oculto y de noche no podía dormir. Hambriento y cansado, cuántas veces habrá preferido la muerte antes que la vida. Sin embargo, en medio de la agonía de su alma, nunca desfalleció su confianza en Dios. Cuanto más negras eran las tinieblas que lo rodeaban, con mayor fervor buscaba la luz del Altísimo. Y basta con leer los numerosos salmos que escribió, para comprender que esa fe en el Sustentador de la vida le dio fuerzas, constancia y finalmente la victoria.

¿Estamos enfrentando algún problema que nos impide conciliar el sueño de la noche? Si este fuese el caso, no hay razón para que desmayemos, ni mucho menos para que tomemos decisiones fatales. Lo que corresponderá es que nos acerquemos confiadamente a Dios y le pidamos, en oración,

una amplia medida de valor, sabiduría y soluciones. Y cuando Dios conteste nuestro ruego hecho con fe, comprenderemos cuán omnipotente y amante es él. Entonces reconoceremos que es saludable depender de Dios *siempre*.

“Invócame”

Nuestra vida está poblada diariamente de necesidades de la más variada índole. La parte positiva de este hecho es que son precisamente las necesidades y nuestro deber de atenderlas lo que llena nuestra vida y da razón a nuestra existencia. Pero la parte negativa de esta realidad es que a veces afrontamos necesidades de tal naturaleza que no sabemos cómo satisfacerlas.

Hay ocasiones, por ejemplo, cuando el espíritu atribulado necesita de una paz que no sabe cómo obtener. Y así como puede ser la paz, puede ser también la salud, el trabajo, la felicidad, la inteligencia o cualquier otro bien legítimo lo que más nos esté haciendo falta. Pero quizá no siempre sepamos el modo de suplir tales necesidades. Y en tal caso, ¿qué habremos de hacer? ¿Resignarnos a vivir con limitaciones, antes de haber agotado todos los recursos posibles? Cuando la fuerza humana llega a su punto final, comienza la oportunidad de Dios.

“Invócame en el día de la angustia; [y yo] te libraré” (Salmo 50:15), nos promete el Creador. Y con estas palabras nos revela su disposición de atender nuestros ruegos y de salir al encuentro de nuestra necesidad, sea esta cual fuere. Es sorprendente cómo una plegaria elevada a Dios con sinceridad

puede ofrecernos lo que no habíamos conseguido con nuestro solo esfuerzo.

Pruebe usted en esta hora el poder de la oración, ese sencillo pero maravilloso acto de comunicarse con el Eterno, en demanda de ayuda. Una cosa hemos de comprobar, y es que después de la oración percibiremos alguna clase de cambio.

Quizá no cambiarán las circunstancias, pero sí cambiará la persona que pronuncie la oración. Y al fin, ¿no es esto lo más importante? Porque muchos de los contratiempos y las necesidades que tenemos en la vida se deben a nuestra propia negligencia, o tal vez a un modo imprudente de actuar. Así que, si en respuesta a nuestros ruegos Dios no cambia tanto aquello que nos rodea, sino más bien nuestro mundo interior, habremos recibido una bendición mayor que la solicitada. De esta manera, transformados nosotros mismos por obra de la Providencia veremos la vida con otros ojos, y en lugar de necesidades tendremos sobreabundancia de bendiciones espirituales y materiales.

La fuerza para vivir

En una gran iglesia de Nueva York acababa de instalarse un nuevo órgano de tubas. Era un instrumento costoso, y los feligreses reunidos aguardaban con expectativa el momento de escuchar su música. Pero precisamente en el instante cuando iba a comenzar el oficio religioso, se produjo un desperfecto en la instalación eléctrica.

De inmediato se llamó al electricista, quien, después de arreglar la falla, le hizo llegar un papelito al organista, con estas palabras: "Después de la oración llegará la fuerza". El técnico se refería a que una vez terminada la oración introductoria del servicio religioso, el organista podría disponer del instrumento. Pero sin darse cuenta, con esas simples palabras hizo una valiosa declaración: ‘**Después de la oración llegará la fuerza**’.

¿Había pensado usted alguna vez en esta verdad? ¿Sabía que la oración es poder? Sin embargo, hay quienes sostienen que es un simple proceso de autosugestión que permite al individuo estimularse a sí mismo. Por otro lado, están los que creen que la oración consiste en vencer la mala voluntad de Dios, cuando en realidad es asirse de su buena voluntad.

Pero, por encontradas que sean las ideas existentes acerca del valor de la oración, no puede dudarse de sus efectos benéficos en la vida de quienes la practican. Tomemos el caso de un hombre con situaciones enredadas que no sabe de qué manera resolver, y veamos cómo por medio de la oración sus problemas parecen desaparecer o, por lo menos, mitigarse.

Situémonos también en la posición del hombre que todo procura arreglarlo sin el auxilio divino, y veremos a un ser abrumado con las cargas de la vida, que no tiene a su alcance un poder sobrehumano del cual depender.

La oración nos permite entrar en audiencia con Dios. Y cuando es la expresión sentida del corazón, se convierte en una conversación amigable con el Creador, que nos da fuerza en la debilidad, sabiduría en la ignorancia, consuelo en el dolor y paz en la aflicción. Pero, para que nuestras plegarias sean contestadas, existe una condición, y esta es la fe. Amonesta el apóstol Santiago: "Pida con fe, no dudando nada; porque el

que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra" (Santiago 1:6).

El propio Jesús enseñó que la plegaria de fe aun podría mover montañas, las montañas de dificultades que a veces se presentan en la vida. También él enseñó: "Al que cree todo le es posible" (S. Marcos 9:23). Tal es el maravilloso valor que tiene la fe en la vida de quien hace de la oración un hábito de permanente relación con Dios. Por lo tanto, **pruebe hoy** elevar una plegaria al Altísimo, para que él ilumine y conduzca su vida. Haga de esta práctica su hábito diario. Ore con fe, y Dios atenderá su petición, porque la promesa no falla: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá" (S. Mateo 7:7).

Padre nuestro que habitas en los cielos, te doy gracias porque sabes atender mis ruegos y porque en la oración hay poder. En esta hora vengo a ti en busca de tu dirección. Líbrame de todo lo malo, prospera mis actividades, bendice a mi familia. Dame el valor para hacer siempre lo recto, para amar a mi prójimo y para perseverar en la lucha cotidiana. Que mi vida sirva para bendición de otros. Que el éxito y la dicha no se aparten de mí. Llena mi mente con pensamientos elevados, y que tu presencia sea real en mí. En el nombre de Jesús te lo pido. Amén.

Si comenzáramos y termináramos cada día con una plegaria semejante a ésta —con todas las variantes que queramos introducir—, ¿no le parece que caminaríamos más seguros y felices por la vida?

“Mi papá es el maquinista”

Un convoy se deslizaba en rápida carrera por los rieles que se abrían paso en medio de los escarpados montes alpinos. Por un momento pareció que se había perdido todo control de la velocidad. Los vagones comenzaron a menearse como si quisieran saltar de las vías. El pánico cundió entre los pasajeros, quienes preveían un desenlace fatal.

En uno de los asientos iba una señora que se tomaba fuertemente del respaldo delantero, cuando alcanzó a ver en otro asiento cercano a un niño que jugaba con toda calma. La mujer entonces le gritó, y le ofreció un lugar a su lado. Pero el niño prefirió seguir jugando despreocupadamente donde estaba. Por fin la señora le preguntó: “Pero, ¿no tienes miedo de que nos matemos por la velocidad que lleva el tren?” “No señora —contestó con tranquilidad el pequeño—, *porque mi papá es el maquinista*”.

Ante la inesperada respuesta infantil, la mujer recobró lentamente la serenidad, y luego quedó pensando en las palabras: “No tengo miedo porque mi papá es el maquinista”. ¿No nos invita este incidente a la reflexión? Todos en la vida somos como pasajeros de un convoy veloz, donde la ansiedad y la agitación nos hacen vivir presa del temor y de la angustia. Y a nuestro lado encontramos a otros pasajeros tambaleantes, que también parecen haber perdido la calma y el equilibrio de su mente.

Pero, en esta condición tan generalizada y tan típica de nuestro tiempo, hemos de saber que quien dirige el tren expreso de la humanidad es nuestro Padre, Dios. ¿Necesitamos entonces desmayar? ¡No! Lo que sí necesitamos es confiar en la sabia conducción del Altísimo.

Cuán a menudo el trajín de la vida moderna puede descontrolarnos. Los hechos siniestros que ocurren cada día a nuestro alrededor pueden abatirnos y desconcertarnos. Sin embargo, a pesar de todo, hemos de vivir confiados y seguros. Porque el que todavía maneja el timón del destino humano es Dios. Como el niño del relato confiaba plenamente en su padre maquinista, ¿no hemos de confiar nosotros en el Omnipotente ante cualquier embate o sacudida de la vida?

¿Andan mal nuestros negocios? ¿Alguno de nuestros seres queridos está enfermo? ¿Estamos rodeados de problemas que no sabemos cómo resolver? Por supuesto, en tal caso tenemos que esforzarnos en busca de una solución. Pero a todo lo que nosotros podamos hacer, debemos añadir una fe firme en Dios, quien en un minuto puede eliminar esos mismos males que nosotros solos no supimos arreglar en un año entero.

Tengo un amigo

Yo le debo todo a él. Él me reveló el significado de la vida. Me inspiró el deseo de ser bueno. Encendió mi alma con un noble propósito. Me da fuerzas para sobreponerme al mal.

Cierta vez le preguntaron a un ciego de nacimiento cómo creía que era el sol. Y él respondió: “Lo imagino tan importante como la amistad”. Él consideraba que la gloria del sol debía ser semejante a la luz espiritual que, en medio de su oscuridad, recibía de sus amigos. ¿Y quién podría negar que la bondad de un amigo es como un rayo de sol, para el corazón?

Los antiguos simbolizaban la amistad mediante un joven de buen parecer, en cuyo vestido se leían estas palabras: *“Para vivir y para morir”*. En su frente se leía: *“En invierno y en verano”*. Y con un dedo señalaba su corazón, sobre el cual estaba escrito: *“Lejos y cerca”*. Así se comporta un buen amigo: está con nosotros en la vida y en la muerte, cuando nos va bien o cuando nos va mal, cuando vive

a nuestro lado o cuando viaja al extranjero. Por eso, un amigo sincero nos acompaña y nos enriquece espiritualmente. Nos brinda su afecto y se muestra siempre leal. Su influencia es constructiva y nos ayuda a progresar.

Sin embargo, ¡cuán difícil es encontrar un *verdadero* amigo! Que nunca nos falle ni traicione; que siempre nos comprenda y apoye.

Quisiera presentarle a mi amigo

Mi amigo es fuerte, varonil y sociable. Se distingue en cualquier grupo y es un ejemplo perfecto de caballerosidad y bondad. No obstante, todo su ser reacciona con severidad ante la injusticia y la hipocresía.

Entiende a la gente, y es particularmente considerado con los pobres, los solitarios, los enfermos, los abandonados y aun con los de mala reputación. A decir verdad, parece ver algo de bueno en cada persona.

Este amigo me ha mostrado que el amor nunca muere. Su amistad es la explicación de cuanta cosa buena hay en mi vida. En realidad, es el amigo de muchas personas cuyos sentimientos hacia él son como los míos, porque sus vidas han sido transformadas por su amistad.

Este amigo mío es tanto amado como odiado. Millones de personas rehúsan su amistad. Me pregunto por qué. ¿Podrá ser que no comprendan quién es él? Seguramente por eso los

hombres lo mataron. Él no había hecho ningún mal.

Yo le debo todo a él. El me reveló el significado de la vida. Me inspiró el deseo de ser bueno. Encendió mi alma con un noble propósito. Me da fuerzas para sobreponerme al mal. Me ha enseñado que, pase lo que pasare, puedo confiar en Dios como mi Padre celestial.

La tumba no lo pudo retener. Y porque venció a la muerte, puede también vencer al mal. Por eso, el mundo algún día será mejor y más feliz.

Cuando pienso en este amigo, surge en mí el anhelo de que cada persona sobre la faz de la tierra lo conozca. Él no le impondrá su amistad. Pero si usted lo acepta como su más caro amigo, él lo acompañará hasta el fin de sus días.

Él lo hará feliz, valiente, victorioso.

Él cambiará el vacío en satisfacción, el temor en valor, la debilidad en fuerza, el dolor en alegría, el conflicto en paz y la muerte en vida.

Mucho quisiera que usted conociese a mi amigo. ¿Sabe cómo se llama? Su nombre es JESUCRISTO.

Este trozo, de autor anónimo, pinta la belleza de la amistad que el hombre puede cultivar con Jesús. Así como antaño él convivió con los hombres, hoy nos ofrece su cálida compañía y amistad. Porque él no ha variado. Dice la divina Palabra: "Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos" (Hebreos 13:8).

Puedo hablar con él

Una de las mejores características que tiene este Amigo es que se toma tiempo para escucharnos. Más aún, se deleita cuando hablamos con él. Nunca está tan ocupado como para hacernos esperar. Jamás exige que le pidamos audiencia con anticipación. Podemos hablarle en cualquier instante y desde cualquier lugar. ¿De qué manera? **Mediante la oración.** Precisamente, **orar** es hablar con Dios, o con Jesús, como con un amigo. San Pedro asegura: “Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones” (1 S. Pedro 3:12).

Un grupo de niños estaba jugando en la hora del recreo escolar. Finalmente se pusieron a discutir acerca de quién tenía el papá más rico. Uno de ellos dijo con tono de orgullo: “Mi papá tiene más plata que el de todos Uds. Acaba de comprarse un auto nuevo”. “¡No! —repuso otro de los chicos—, ¡mi papá tiene mucho más! Imagínense que acaba de comprarse una hermosa casa solamente para los fines de semana”. Un tercero tomó la palabra, y dijo: “¡Bah. . . eso no es nada! ¡Si Uds. supieran todo el dinero que mi papá tiene en el banco, reconocerían que él es el más rico!” Y el cuarto niño del grupo no se animaba a hablar, porque su padre no era muy adinerado. Pero cuando sus compañeros quisieron humillarlo, preguntándole cuánto tenía su papá, el niño hizo una pausa y luego contestó: “Creo que mi papá es más rico que el de Uds. **Porque él tiene fe en Dios, y cuando necesita algo se lo pide a Jesús, y él se lo da**”.

El niño tenía razón. Orar equivale a **pedir** y **recibir**, para enriquecer la vida. ¿Por qué, entonces, solemos orar tan poco?

CINCO RAZONES PARA ORAR MAS:

1. Jesucristo existe. Nos escucha y nos contesta.
2. Sólo la persona que busque la ayuda divina será completa.
3. Todos podemos pronunciar una oración: niños y adultos por igual. Con nuestras propias palabras, espontáneamente.
4. La oración nos eleva a Dios, nos hace más buenos y nos llena de paz interior.
5. La plegaria nos amista con Jesús y nos asegura la riqueza de las bendiciones divinas.

Dijo el renombrado Dr. Alexis Carrel: “La oración es. . . la forma más poderosa de energía que sea dable poner en acción. . . Es una fuerza tan real como lo es la fuerza de la gravedad”. “La oración eficaz del justo puede mucho” (Santiago 5:16).

Él habla conmigo

En toda amistad el diálogo tiene una doble dirección. El que habla, también debe saber escuchar. Y el que escucha, tiene derecho de hablar. Esto es lo que ocurre en nuestra amistad con Jesucristo. Nosotros hablamos con él mediante la oración. Pero, ¿de qué manera nos habla él a nosotros? A través de su Palabra, las páginas de su divina revelación. Allí están expresadas su verdad y su enseñanza de amor. Allí, en la Sagrada Biblia, hay consejo oportuno para los jóvenes y para los adultos, para el sabio y para el ignorante, para la persona alegre y para el alma afligida.

Este es el Libro supremo de la humanidad. No hay otro que se le pueda igualar. Los escritos de los hombres pueden tener amplia difusión, pero con el tiempo se vuelven caducos. En cambio, la palabra escrita de Cristo tiene vigencia permanente. Él mismo declaró: “El cielo y la tierra pasarán, pero **mis palabras no pasarán**” (S. Mateo 24:35). Además, se nos dice: “La palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Hebreos 4:12).

¿Comprendemos cuán íntimas y penetrantes son las palabras de Cristo? Llegan hasta lo más profundo de nuestro corazón, sea para enseñarnos, alentarnos o corregirnos. Pero siempre serán palabras de amor y de verdad, provenientes de nuestro mejor Amigo, cuyo máximo interés consiste en asegurar nuestra felicidad y nuestra eterna redención. Por eso, San Pedro le dijo a Jesús: “Señor, ¿a quién iremos? **Tú tienes palabras de vida eterna**” (S. Juan 6:68).

Cierta señorita, estudiante de Filosofía, siempre protestaba contra uno de sus libros de texto porque su contenido era muy árido y difícil de asimilar. Pero una mañana, en la misma facultad donde ella estudiaba, conoció a un joven profesor que pronto llegó a ser su novio. El libro aquel seguía siendo detestable para la muchacha, hasta que se lo confesó a su novio, quien le preguntó de qué libro se trataba y quién era el autor. Cuán grande fue la sorpresa de la joven cuando su novio le dijo que ese nombre era el seudónimo de él mismo. ¡Casi no lo podía creer! Desde ese día, el libro antes despreciado pasó a ser el predilecto de la estudiante. A tal punto que cierta noche su madre le dijo: “Hija, vete a dormir, que es demasiado tarde”. Y la hija le contestó: “Es que estoy leyendo mi libro preferido”.

¿Por qué había cambiado tanto el concepto de la señorita acerca de ese libro? Simplemente porque ahora **conocía** y **amaba** a su autor. ¿No podría acontecer lo mismo a nosotros con respecto a la Palabra de Dios? ¿Nos ha parecido alguna vez la Biblia un libro antiguo y aburrido? Si amamos a su divino Autor, este Libro puede llegar a ser el más querido para nuestro corazón. Le encontraremos mayor atractivo, y en cada una de sus expresiones descubriremos la bondad, la sabiduría y el poder de nuestro Amigo incomparable.

El valor práctico de su Palabra

Siete siglos antes de que Jesús naciera, el profeta Isaías ya lo había llamado anticipadamente “Consejero” (Isaías 9:6). Y llevando con justicia ese título, el Maestro fue un maravilloso consejero para todos los que se acercaron a él. Y esos divinos consejos todavía nos alcanzan. Están a nuestra disposición en la Sagrada Escritura para orientar nuestros pasos hacia una vida mejor.

Ciertamente, la Palabra de Cristo y de todos sus profetas y apóstoles —desde el Génesis hasta el Apocalipsis—, tiene enseñanzas adecuadas para cada una de nuestras necesidades. Notemos qué nos dice: **En la hora del temor**

“Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida” (Salmo 46:1, 2).

Frente al desaliento

“Jehová es mi pastor; nada me faltará. En lugares de deli-

cados pastos me hará descansar; junto a aguas de de reposo me pastoreará. Confortará mi alma” (Salmo 23:1-3).

En medio de la soledad

“Aunque mi padre y mi madre me dejaran, con todo, Jehová me recogerá” (Salmos 27:10).

Para el alma cargada de ansiedad y preocupación

“Echando toda vuestra ansiedad sobre él [Dios], porque él tiene cuidado de vosotros” (1 S. Pedro 5:7). “No os afanáis por el día de mañana. . . Basta a cada día su propio mal” (S. Mateo 6:34). Y la lista podría hacerse casi interminable. Pero quizá los ejemplos precedentes alcancen para dar una idea de las palabras alentadoras que Jesús nos dirige, por medio del Texto Sagrado, en los momentos de mayor apremio. Así es como nuestro Amigo nos aconseja, fortalece y ayuda en todo momento.

Sin embargo, la Biblia no solo contiene palabras de aliento. En sus páginas también encontramos indicaciones precisas sobre el matrimonio, el hogar, los hijos, el trabajo, la moral y la buena convivencia con los demás. ¿Y qué diremos acerca de sus biografías? Son múltiples, veraces y aleccionadoras. De ellas podemos aprender cómo evitar el error y cómo desarrollar un carácter equilibrado.

Pero, además, la Biblia narra el origen de todas las cosas, a la vez que contiene maravillosas profecías que nos muestran hacia dónde vamos y lo que vendrá. Sus páginas también están saturadas de la eterna verdad que redime a los hombres.

Bien podemos hacer nuestras las palabras de Gabriela Mistral, y decirle a este Libro divino: “Canción de cuna de los pueblos, eterna nodriza con candor y sabidu-

ría, te necesito para siempre. No me dejes. Siempre me bastarás, hasta colmar mi vaso hambriento de Dios”.

El Amigo que ayuda

Durante los días de la Primera Guerra Mundial se practicó la conocida “prueba de Kitchener”, por medio de la cual se probaba a los regimientos ingleses para ver si estaban preparados para ir al frente de lucha. La prueba consistía en caminar un largo trayecto por los peores caminos. Y, al fin, cada soldado debía encontrarse en su respectivo lugar, en correcta formación.

Cierto regimiento de infantería que fue sometido a esta dura prueba, tenía entre sus soldados a un muchacho inexperto y de poca fortaleza física. La prueba se realizaba en el norte de la India, sobre un camino desértico de arena, un día de mucho viento y calor. Durante los primeros quince kilómetros todo anduvo bien. Pero el viento que arrojaba polvo sobre la cara, unido al calor insoportable de ese día y a la arena que se hundía debajo de los pies, determinaron que el joven soldado comenzara a flaquear. Felizmente, su compañero era un soldado experimentado y fornido, a quien el joven le dijo: “Me estoy cansando”. “¡Animo, que falta poco! Todo el regimiento está en juego —le respondió el avezado compañero—. Si tú fallas, nos reprueban a todos”. “¡Pero no puedo más!”, repuso llorando el muchacho. “¡Pásame tu fusil!” Y unos kilómetros más adelante: “¡Dame tu mochila!” Y así, poco a poco, el agotado joven fué aligerando su carga.

Finalmente se ordenó detener la marcha. El regimiento estaba en perfecta formación. El difícil examen fue aprobado. Pero entre todos los soldados había uno con sus espaldas vacías, porque le había pasado todo su equipo al aguerrido compañero que tenía a su lado. ¡Qué hermoso gesto de comprensión y amistad tuvo el experimentado soldado!

¿Sabía usted que, en el camino de la vida, cuando la carga se hace pesada y desmayamos, tenemos a nuestro lado a nuestro mejor Amigo? Por amor a nosotros, al igual que el soldado del relato, este Amigo nos ayuda y convierte en éxito nuestro paso por el mundo. Se coloca a nuestro lado para quitar la carga del dolor, del pecado o del fracaso que pueda hacernos desfallecer.

Siendo Dios, este Amigo tomó la forma humana, y por amor a nosotros murió para asegurar nuestra redención. Por eso, él mismo declara: "Nadie tiene mayor amor que este, que uno ***ponga su vida por sus amigos***". Y a continuación añade: "Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando" (S. Juan 15:13, 14).

Nuestras manos; sus manos

Nuestras manos: dos fabulosos instrumentos del cerebro humano, capaces de realizar setecientos mil movimientos diferentes. Con sus numerosos huesos y sus 37 músculos, las manos realizan admirablemente sus movimientos de flexión, extensión, rotación, aprehensión y desplazamientos laterales hacia adentro y hacia afuera. Solo el dedo pulgar encierra toda una maravilla. Tanto que el famoso Isaac Newton llegó

a decir: "A falta de otras pruebas, el pulgar me convencería de la existencia de Dios".

Las manos, al igual que los ojos, a menudo hablan elocuentemente de una persona. Hay manos que hablan de ociosidad, y otras que hablan de laboriosidad. Están las que se extienden y se abren solo para recibir, y están las que lo hacen para dar. Hay manos hermosas y bien cuidadas, pero que son solo para exposición; mientras que hay manos ajadas y curtidas, que hablan de férrea labor y sacrificio. Hay manos lisas, que hablan de juventud; y las hay arrugadas, que encierran en cada pliegue el paso fructífero de los años.

Hay manos para todo. Unas se repliegan inútilmente en los bolsillos, otras se elevan en la plegaria. Unas se cierran para golpear, otras se abren para acariciar. Unas señalan para criticar, otras se posan en el hombro para simpatizar. Las manos hablan con tanta elocuencia porque son la revelación de lo que tenemos en el corazón. La pluma puede convencer y la palabra seducir, pero el lenguaje de la mano subyuga y define. ¿De qué hablan cada día nuestras manos, sea en la oficina, en el taller o en el hogar? ¿Se mueven en actitud servicial para aliviar la carga del hermano, o para enjugar la lágrima del amigo?

No se conocen manos más tiernas y más activas que las manos de Cristo. Siempre se extendieron para hacer el bien. De joven, Jesús usó sus manos con esmero en la carpintería de su padre. Ya crecido, con ellas sanó a los enfermos, bendijo a los niños, alimentó a las muchedumbres, purificó el Templo profanado y lavó los pies de sus propios discípulos. Pero esas mismas manos también supieron quedar inmóviles frente a la traición, al escarnio y la provocación. Sin duda, nunca existieron en la tierra manos tan sabias, tan nobles y tan llenas de

amor. Y por fin, esas manos besadas por muchos terminaron siendo clavadas en la cruz. ¿Para qué? Se dejaron clavar con el único objeto de brindar eterna redención a quienes acepten a su Dueño como el Salvador personal de su vida.

Y hoy, esas mismas manos, que aún conservan las cicatrices de la crucifixión, se extienden desde los cielos para que usted y yo nos tomemos fuertemente de ellas y vivamos así una vida victoriosa. ¿Estrecharemos, entonces, esas manos amigas y redentoras?

¿Qué te daré, Maestro?

Cantar, Señor, tus dones desearía;
cantarlos no, gritarlos ante el mundo.
Decirlos en un himno, tan rotundo,
que resonara siempre: noche y día.

Así mi voz sincera llegaría
a ensalzar tu poder magno y fecundo;
así también mi amor, grato y profundo,
estampado en sus notas quedaría.

Era yo nada: tú de ella me sacaste;
manchado vine: y tú me redimiste;
mucho pequé: mas tú me perdonaste;

Maldito estaba: y tú me bendijiste.
¡Gracias, Señor, por cuánto me otorgaste!
¡Gracias sin fin, por lo que tú me diste!

José A. Aguirre

Dio su vida

Una antigua alegoría china cuenta que cierto campanero terminaba de fabricar una gigantesca campana que sería colocada en lo alto de la torre de la ciudad. Una vez terminada, se puso a examinar su sonido. Pero, desilusionado, comprobó que estaba lejos de tener esa resonancia límpida que se le había encargado. Una y otra vez se decía: “¡A esta campana le falta vida, le falta vida!” Y, sin más vacilación echó la campana de nuevo en el crisol. Y tras ella, a su hijita que se encontraba a su lado. La vida que le faltaba a la gran campana sería ahora suplida por la de su tierna hijita. La historia termina diciendo que el campanero sacó luego del crisol la mejor obra de cuantas hubiera hecho anteriormente.

Este incidente alegórico ilustra apropiadamente la condición en que Dios vio al mundo después de que el hombre se rebeló contra su gobierno y eligió sus propios caminos. El mundo quedó manchado, opacado, perdió su resonancia espiritual. Entonces, también Dios —al igual que el campanero— dijo: “Al mundo le falta vida”. Y voluntariamente envió a su Hijo, para revitalizar a nuestra humanidad empobrecida y descarriada.

Es como dice San Juan: "De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (S. Juan 3:16). Y el propio Jesús dijo: "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia" (S. Juan 10:10). Pero Jesús no solamente vino al mundo, sino además murió por cada uno de sus habitantes. Para dar vida plena al hombre, sacrificó la suya propia. Fue injustamente condenado, fue maltratado y considerado como el peor criminal, y entre malhechores sufrió la muerte de la cruz.

Si "dar sangre es dar vida", como enseñan los institutos de hemoterapia, entonces Jesús ciertamente dio su vida, porque derramó su sangre al pie de la cruz. Así moría el Justo por el injusto, el Creador por su criatura.

¿Había pensado usted que el Hijo de Dios murió por la redención de nuestra vida? ¿Se ha tomado el tiempo para adoptar una correcta actitud frente a semejante sacrificio de amor? Pero el que dio su vida hace dos mil años, ha resucitado. Y hoy vive y reina sobre todos los mortales, y ofrece su propia vida inmortal a todo aquel que confía en él, que acepta su amor y se dispone a caminar en sus huellas de rectitud y de verdad. ¿No viviremos entonces sabiamente, en unión con el Redentor?

Nos promete una vida mejor

En el año 1966, Bertrand Russell, premio Nobel de Literatura, declaraba para la revista francesa *Réalités*: "Dentro de veinte años el mundo será muy distinto del actual, en un aspecto sobre todo: **No habrá más seres humanos**". ¿Qué

visión tan trágica del porvenir! ¿Por qué Russell se habrá expresado de esa manera?

Una rápida observación de la marcha actual del mundo puede dejarnos perplejos y vacilantes. Por un lado, asombra el alto desarrollo científico de nuestra época; pero por el otro vemos problemas de tal magnitud que no dejan lugar al optimismo. De ahí la predicción de Russell.

Un mal, que hasta ahora parece no tener fin, es el hambre. Mientras miles de personas directamente mueren de hambre cada día en el mundo, una tercera parte de la humanidad padece los efectos mayores y menores de la desnutrición por causa de una alimentación deficiente.

La superpoblación mundial es otra realidad que aterra. Si faltan alimentos hoy, ¿qué será mañana? Para fines del presente siglo tendremos unos siete mil millones de habitantes.

El temor a una tercera guerra mundial es otro signo fatídico de nuestros días. Los arsenales existentes en el mundo contienen armas nucleares suficientes para destruir toda vida de nuestro planeta en el espacio de una hora. Por lo tanto, hay razón para que la, inseguridad y el temor dominen el corazón humano.

¿Y qué podríamos añadir acerca de la contaminación ambiental, marítima y fluvial, que está poniendo en peligro la vida? ¿Qué decir del paulatino agotamiento de muchas de las reservas naturales de la tierra? ¿Y cuánto podría hablarse sobre la violencia y la subversión que están confundiendo y desangrando a pueblos enteros! Y de la corrupción moral, de la delincuencia y de la drogadicción, ¡cuántas páginas podrían escribirse! Tales comentarios no harían más que mostrarnos un mundo en crisis y en decadencia.

Un párrafo aparte merece la mención del hogar moderno. Si bien muchos padres luchan por mantener su casa en orden, una gran proporción de hogares sufre la desdicha de la infidelidad matrimonial, la rebelión filial y la desunión familiar. Los naufragios conyugales dejan su secuela de hijos solitarios, desorientados y rebeldes contra la sociedad, hijos que en muchos casos irán a engrosar las filas del vicio y la delincuencia.

No es extraño que frente a los problemas expuestos, haya hoy gente tan pesimista como el citado Bertrand Russell. Por ejemplo, el ex secretario de estado de los Estados Unidos, Henry Kissinger, declaró tiempo atrás: "El mundo occidental parece estar flotando sin fuerza y dirección sobre un mar lleno de acontecimientos destructivos". El ex presidente francés Valéry Giscard d'Estaing, dijo, por su parte: "El mundo es desdichado. Desdichado porque no sabe hacia dónde está yendo, y porque si lo supiera, sabría que está yendo hacia la catástrofe".

Como se ve, para muchos esta puede ser la hora de la angustia y la desesperanza. Sin embargo, los Escritos Sagrados nos informan que esta es la hora de Dios, cuando en breve el Redentor regresará a nuestra tierra para instaurar su Reino de paz y de amor. Aliéntese entonces nuestro corazón, porque **vivimos bajo el signo de la esperanza**. Los hechos sombríos que hoy nos estremecen no son más que la medianoche que precede al amanecer de la eterna aurora de Dios. Son signos anunciadores del inminente retorno de Cristo en gloria y majestad. Son las "señales" a las cuales se refirió el mismo Jesús, cuando dijo: "De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas [mi regreso]" (S. Mateo 24:32, 33).

Nadie necesita sentirse confundido o temeroso, ni mucho menos pesimista, si recuerda que pronto habrán de desaparecer todos los males que hoy nos aquejan. En el Reino de Dios ya no habrá hambre, ni guerra, ni contaminación, ni violencia ni maldad de ninguna clase. Todo esto habrá quedado atrás para siempre. Hasta el dolor, la enfermedad y la muerte dejarán de ser (Apocalipsis 21:4). Será una vida tan dichosa que, aludiendo a ella, San Pablo escribió: "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, **ni han subido en corazón de hombre**, son las que Dios ha preparado para los que le aman" (1 Corintios 2:9).

En ese Reino de gloria terminarán definitivamente nuestras aflicciones. Pero a la vez, allí comprenderemos muchos de los enigmas para los cuales ahora no tenemos explicación. Entenderemos la razón de los pesares y de las pruebas que hoy nos toca padecer. Allí se cumplirán las palabras de Jesús: "Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después" (S. Juan 13:7). Entonces, con el alma agradecida alabaremos a Dios por la forma tan sabia y amante en que condujo nuestra vida terrenal.

Jesucristo regresará a nuestra tierra, para darnos el mundo mejor que los hombres no supimos crear. Y regresará en breve. "Aún un poquito, y **el que ha de venir vendrá, y no tardará**" (Hebreos 10:37). En vista de ello, mientras seguimos viviendo bajo el signo de tan gloriosa esperanza, ¿no hemos de preparar nuestro espíritu para recibir al Rey de reyes, a fin de tener acceso a su Reino y vivir por la eternidad? "Estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él [Dios] sin mancha e irreprochables, en paz" (2 S. Pedro 3:14).

Prolongación de vida

De tanto en tanto, como por oleadas de entusiasmo, la opinión pública es sacudida con noticias que hablan del descubrimiento de nuevas drogas y sueros capaces de llevar la vida humana más allá de los 150 años de extensión. No obstante, hasta aquí todo lo que se informa al respecto no pasa de ser una dorada ilusión. Y todavía sigue siendo cierto lo que decía Moisés en la antigüedad, que la vida del hombre no sobrepasa el promedio de los setenta años. Incluso, las llamadas “drogas rejuvenecedoras”, por momentos tan publicitadas, hasta ahora no han ahuyentado la enfermedad ni han extirpado el decaimiento propio de la vejez.

Todos queremos vivir más y mejor. Pero ¿es esto posible? ¿Puede la ciencia satisfacer este anhelo universal del hombre? La respuesta verdadera y satisfactoria solo la tiene Dios.

Mientras los científicos bien inspirados siguen buscando la fórmula para prolongar la vida, Dios ya hace siglos la reveló, para llenar nuestro corazón de esperanza. Dijo Jesucristo: “El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (S. Juan 11:25). Esta es la esencia del evangelio y la respuesta máxima de Dios para la breve existencia del hombre.

Si analizamos la vida humana en sus más íntimas motivaciones, descubriremos que lo que todos queremos es perpetuarnos, perdurar, y no convertirnos en polvo de la tierra. Y Dios sabe muy bien que el hombre no quiere morir, sino vivir. De ahí que toda la prédica del Maestro y todo el esfuerzo actual de Dios concurren en un solo gran interés: ***dar vida eterna al hombre.***

¿Cómo se obtiene esta vida sin fin? Sencillamente aceptando por fe el amor divino, manifestado en la vida y en la muerte de Jesucristo. Y gracias a la fe, nuestra vida se une a la de Dios. Llegamos a ser nuevas personas, preparadas para habitar en el Reino eterno prometido por Dios. Esta es la gran solución para el problema de la vejez y de la muerte.

Vivir con futuro

La generación actual se caracteriza por su actitud de vivir exclusivamente para el presente. Serios estudios sociológicos sobre el particular revelan que el hombre promedio de hoy, y sobre todo la generación joven, ha perdido el sentido de la trascendencia de la vida. Cree solo en lo que ve, y espera solo aquello que puede alcanzar. Vive para el día presente, sin inquietudes referentes al mañana, cuando cruce la línea final de la existencia. La consigna pareciera ser: “No nos preocupemos por el futuro, gocemos del presente. Tenemos una sola vida, y disfrutemos en ella del máximo placer posible”.

Esta filosofía popular, sin proyección ni promesa de un más allá eterno, ha ido sumiendo a muchísimas personas en un neo-materialismo, que si bien no las lleva a descartar a Dios tampoco las induce a buscarlo como la finalidad suprema. Quien vive solamente interesado en su corto paso por el mundo y no vislumbra más allá de su horizonte terrenal la aurora de la eternidad, es como el que queriendo escribir un libro lo concluye a la altura del prefacio; o como el que deseando recorrer el mundo abandona su viaje en la primera escala del avión.

A través de su infalible Palabra, el Creador confirma la existencia de una vida inmortal, a la cual pueden llegar todos los que caminan por la senda del bien y de la fe. Vivir, entonces, solo para el momento presente es arrancarle las alas a la existencia para limitarla a lo material y transitorio de este mundo. Y si alguien se entrega al placer sensual, con el pretexto de que quiere gozar de su vida, olvida que los goces auténticos y más duraderos del hombre se encuentran en la búsqueda sincera de Dios y en una conducta honorable.

Cuando el hombre que ignoró la eternidad llega al borde final de la vida y mira, agonizante, el negro crespón de la muerte, intuye dramáticamente que está perdido: sin el mundo, porque ya se despidió de él; y sin Dios, porque no lo buscó ni lo conoció durante su vida. Este es el trágico fin de todo el que solo vive para hoy, y no se prepara para un mañana feliz y eterno en el Reino de Dios. Por eso, en la Escritura Sagrada se nos aconseja multitud de veces “echar mano de la vida eterna”. Si la eternidad no existiera, o fuera de poco valor, el Hijo de Dios no habría muerto para garantizárnosla.

Camino a Emaús

¿Cuándo y cómo llegó? No sé la hora ni el instante preciso, pero un día él llegó a mi camino, quietamente, sin rumor, sin estruendo. Como se inicia el alba. Como empieza el rocío a formarse en el cáliz de las flores. Como empieza la estrella a afirmarse en los cielos del crepúsculo.

Como empieza a formarse
en las duras entrañas de la tierra,
el subterráneo manantial que un día
aflorará en riachuelo, y se irá transformando en
río y en torrente.

Así fue. Entre el polvo de mi sendero abrupto
y solitario apareció —no sé cuándo ni cómo— y
silenciosamente se colocó a mi vera. No supe
que era él, mas yo sentía más firme ahora el
báculo, más fuerte y más ligero el pie, más puro
el aire, y menos fatigosa la jornada. Y empecé a
ver que el polvo del camino se me iba haciendo
polvo de oro al sol de aquella su Presencia
misteriosa, y a sentir que cautivo iba quedando
del dulce Compañero mi albedrío, y que
empezaba a arder mi corazón...

Así fue. ¿Cuándo y cómo?
No lo sé, pero un día,
tuve ya un Compañero en mi camino.
¡Y era él!

Gonzalo Báez-Camargo

La mejor elección

Tiempo atrás, visitando Tierra Santa, me encontraba a orillas del Mar de Galilea. ¡Qué emoción estar junto a ese lago, que en lo pasado fue escenario de hechos tan relevantes! Cuán grato fue el corto viaje que hicimos en barco atravesando parte del lago. Sus aguas cristalinas, bañadas por el sol del mediodía, constituían un marco ideal para imaginar a aquellos pescadores de antaño, que cierto día fueron invitados a dejar sus redes para ir en pos del Nazareno. Si en aquel tiempo abundaban tanto los peces y la pesca era tan productiva como actualmente, según pudimos apreciarlo, sin duda, entonces, que el abandonar las redes suponía dejar de lado un oficio bastante lucrativo.

Pero Juan, Pedro, Santiago y Andrés recibieron la invitación del Maestro, y no vacilaron un instante. En seguida dejaron sus redes y cambiaron de oficio. Al parecer, era una locura lo que habían hecho. Ya no iban a ganar como antes. Sin embargo, el tiempo se encargaría de revelar que los discípulos habían elegido bien. Durante tres años y medio aprendieron del Maestro de los maestros; y llegaron a impregnarse tanto de sus divinas enseñanzas que, años más tarde, dejarían atónitos a quienes los escucharan.

Estos cuatro ex pescadores continuaron la obra iniciada por su Maestro; y con su prédica de amor y de verdad transformaron al mundo de sus días. Nunca se arrepintieron de identificarse con la causa y la persona de Cristo. En realidad, gracias a esa identificación sus nombres y sus acciones perduran en el tiempo.

Aquellos pescadores de antaño fueron invitados a ser cristianos, y *no se equivocaron* al aceptar la invitación. *Nada perdieron, y todo lo ganaron.*

A veintiún siglos de entonces, parado a orillas del Mar de Galilea, me pregunté: ¿Por qué será que hoy son tantos los hombres y las mujeres que, cegados por un falso concepto de los valores, desprecian aquella vieja invitación del Maestro, y siguen su rutinaria conducta materialista de siempre? ¿Es que temen perder su prestigio, su posición económica o su influencia siguiendo en las huellas del Nazareno? ¿Qué es lo que puede dar el mundo, en comparación de lo que da Dios?

Y si hay algo que el hombre debe abandonar para ser un cristiano cabal y genuino, eso es la maldad y el egoísmo. Nada más. Dijo Jesús: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame” (S. Mateo 16:24). Eso es todo: abandonar el egoísmo humano por el amor divino, cambiar los estrechos horizontes del mal por la vida justa que Dios puede dar. Solo así nuestra vida puede experimentar dicha y tener una proyección sin límites en el tiempo.

Únicamente quien se entrega sin reservas a Cristo, convirtiéndose en un fiel cristiano, puede sentir en lo profundo de su alma lo que decimos en nuestro título: A PESAR DE TODO... ¡QUÉ LINDA ES LA VIDA! Porque precisamente es el cristiano el que disfruta más que nadie del diario vivir. Pero además, mientras el cristiano tiene aquí una existencia feliz, alienta la segura esperanza de morar junto a Dios en el Reino de la eternidad.

Este es el destino que el divino Hacedor tiene previsto para aquellos que lo aman: felicidad perpetua y eterna juventud en un mundo donde todos podrán cantar con alborozo ilimitado: “¡QUÉ LINDA ES LA VIDA!” Amigo lector, si deseamos

recibir este inefable galardón, ¿no cree usted que la mejor decisión que podríamos hacer ahora mismo es la de entregarle nuestra vida a Dios, para que él la conduzca por la buena senda, hacia las playas de la eternidad?

FIN